

UN NUEVO DESPERTAR (Continuación de Vientos de Esperanza)

Heather Smith, 2000



Capítulo 1

"Mi amado es para mi como el saquito de mirra
que duerme entre mis pechos".
Del Cantar de los Cantares

PROLOGO

Buenos Aires 1854

Mi inolvidable Rafael:

Tu ausencia me consume, tu silencio me arrastra hacia abismos insondables. Me hundo en el cieno profundo, no tengo donde hacer pie; he llegado a lo profundo de las aguas y la corriente me anega.

¡Maldita Parca, asesina de ilusiones! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te ha separado de mi lado? Dos...para mí una eternidad.

De tanto extrañarte se me desgarró el alma. Por las noches, mis lágrimas amargas no son capaces de apagar el fuego abrasador que incinera mi corazón herido.

La abuela Mercedes, mi puntal en esta oscuridad en la que vivo, me consuela diciéndome que en nuestros hijos, Miguelito y Alba, está escondida tu sonrisa, tu amor...ese amor que nos une como eslabones en la cadena del tiempo.

Tanta sangre derramada en luchas fútiles, ¡tu sangre amor mío!...¿para qué? Hasta la misma tierra la vomita asqueada de tanta matanza.

El General Urquiza, el Supremo, en el que depositaste tu confianza para construir un país libre, continúa con la persecución feroz de sus enemigos. Para él todos somos sus enemigos...

Los fusila, los ahorca y cuelga los cadáveres de los árboles de Palermo.

Ahí los deja por días pudriéndose. Entre ellos estuvo tu padrino, aquel que nos persiguió y hostigó. El gran Ciriaco Cuitiño, terror de La Mazorca, se balanceaba de una cuerda con los ojos mirando al cielo como buscándote.

Urquiza asesina igual que el tirano que lo precedió. Es peor aún que Rosas. Prometió la paz y la unidad, y el muy traidor entró en la ciudad con poncho colorado y sombrero con cinta punzó. ¡Una afrenta siniestra!

Ignorante de sus planes, el pueblo lo vitoreó como si fuera el salvador de la Nación. ¡Pobres ilusos! La masacre continúa hasta eliminar al último opositor.

El tío Lorenzo, que siempre lo apoyó, está envenenado por la desilusión y la rabia contenida.

Urquiza proclama: "Quienes se creen estos imbéciles, unitarios díscolos que se empeñan en reclamar la herencia de la Revolución que no les pertenece".

¡Cómo osa afirmar semejante disparate! ¡Qué sabrá él de las penurias por las que hemos atravesado para ver depuesto a Rosas, el sanguinario!

Sobre todo, nosotras, las mujeres, a las que nos han arrebatado maridos, hijos, padres, todo en favor de la bienamada Revolución.

Mujeres que hemos visto como en un pestañar destruían nuestras familias, quedando huérfanas de seguridad, corriendo detrás de nuestros hombres en el exilio y siempre cobijadas por la desolación.

¡Ay Rafa!, diste tu vida por la grandeza de esta Nación, una Nación rebelde y caprichosa que se alimenta de la sangre de sus héroes.

Los celos me torturan, me convierten en una arpía que reniega de su patria, pero poco me importa la grandeza de esta Nación si no te tengo.

Maldigo mil veces a la política, amante absorbente y ávida de espíritus apasionados y necios que se enredan en sus propios argumentos buscando soluciones mediante discusiones interminables que no admiten diálogo alguno.

Luchas sin tregua, decisiones erróneas...Así está mi presente sin tu amorosa presencia.

Mi Rafa, ¿cómo expresar este torbellino de sentimientos que me sofoca y frustra?

Te juro que siempre estarás grabado en mi corazón Amor de mis amores. Tuya. Lourdes.

Capítulo 2

"Podrá la muerte cubrirme con su negro crespón;
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor".
Gustavo A. Becquer

Caseros, febrero de 1852

La noche anterior a la batalla no pudo conciliar el sueño. Mucho estaba en juego: la liberación de la Patria sojuzgada por un hombre ambicioso y cruel; instaurar el diálogo y el derecho de opinión denegados en favor del partido federal; instaurar un Gobierno justo que bregara por una Patria soberana.

Sin embargo lo que más inquietaba a Rafael era el destino de Lourdes y sus hijos. ¿Qué sería de ellos si la rebelión fracasara? Si Rosas, el Dictador, los vencía... "¡No, no hay que ser pesimista, lo derrotaremos!", se prometía Rafael una y otra vez ahuyentando la oscuridad de sus pensamientos.

La imagen de Lourdes, bella y serena, lo confortaba. ¡Cómo amaba a esa mujer! Casi una niña cuando la conoció aquella mañana en el atrio de la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar. Se le enardecía la sangre al recordar la manera en que esos dos sucios mazorqueros le tiraban con saña del cabello, ese cabello dorado como los rayos del sol, para pegarle con alquitrán el lazo punzó, símbolo federal impuesto por el Tirano Juan Manuel de Rosas.

Sonrió al recordar la forma en que lo miró luego de haberla rescatado de los zafios.

"Señorita, la próxima vez no olvide adornar su peinado con la cinta punzó. Por su bien, claro". Rafael intentó sujetar uno de los rulos rebeldes, pero ella levantó el mentón con petulancia y lo fulminó con la mirada.

"Gracias señor, voy a tener en cuenta su consejo", le respondió con hosquedad.

Ese fue el momento en que le robó el corazón.

Rafael se palpó el pecho. Allí estaba el relicario que contenía su mayor tesoro. Al abrirlo, el retrato de Lourdes consoló su desazón. Una joya exquisita, regalo de su mujer, en cuya tapa ella mandó grabar en francés: Plus que ma propre vie. "Más que a mi propia vida, de esa manera te amo Rafael", le susurró en una noche de placer entre besos y caricias.

"¡Señor, te ruego que mañana me ampaes en la batalla! Debo vivir, por mi mujer, por mis hijos. Permite que regrese junto a ellos!", rezó abatido. De lejos un soldado lo observaba codiciando la joya que su comandante acunaba en las manos.

A las nueve de la mañana el coronel Chilabert que comandaba el ejército rosista y que tenía bajo su mando tenía treinta cañones, inició el fuego. Las alas del ejército de Rosas fueron fácilmente derrotadas, pero el centro enemigo peleaba con denuedo y la lucha se concentró por más de una

hora estrellándose contra la artillería de Chilavert.

Rafael luchó cuerpo a cuerpo como un salvaje. Nadie como él en el manejo del fusil y el facón. "Vencer o morir", el lema de Urquiza repicaba en su memoria dándole energía y entusiasmo al notar la cercanía de la victoria.

De repente, su caballo, su fiel Moro, tropezó y él cayó sobre un montículo de piedras recibiendo un fuerte golpe en la cabeza que lo desvaneció.

Un soldado de su regimiento al verlo tirado en el campo de batalla, indefenso y a merced del enemigo, corrió en su rescate. Sin embargo, la ambición primó sobre la nobleza y como un mísero chacal urgó en los bolsillos de Rafael y de un tirón le arrancó el relicario que la noche anterior, observando a hurtadillas, deseó.

Su vil pretensión fue su sentencia de muerte. Distráído en el botín robado, un soldado federal le clavó la bayoneta por la espalda atravesándole el corazón cayendo muerto a poca distancia de Rafael.

Al término de la cruenta batalla, Rafael se despertó tras varias horas de estar inconsciente cubierto de sangre y rodeado de cadáveres. Se sintió desorientado. ¿Qué había sucedido?

Carroñeros humanos, provistos de alicates, se afanaban en arrancar los dientes de los caídos, piezas de oro cuyo precio sólo podían permitirse sólo los oficiales del alto mando.

"¿Por qué me encuentro en este sitio?", se alarmó, mas aún cuando palpó la sangre del rostro.

Comenzó a desplazarse entre tanta muerte y desolación sorteando cuerpos deshechos por la metralla.

Unos soldados unitarios al ver su caminar tambaleante, se acercaron para auxiliarlo.

_ ¿Dónde estoy?, les preguntó, la voz rasposa, la garganta seca.

_ Ha finalizado la batalla, ¡hemos vencido a los malditos federales! ¡Muera Rosas, carajo! _ vociferaron exaltados.

Al comprobar por el uniforme que era un oficial, los hombres lo llevaron hasta la tienda que funcionaba como hospital. Él se dejó conducir totalmente desconcertado.

Un médico atendió la herida de la cabeza en silencio, luego lo hizo recostar en uno de las decenas de catres dispuestas para los soldados con diagnóstico optimista; a los desahuciados se los dejaba a la sombra de un árbol esperando la muerte.

A su lado, un joven lo miró con curiosidad.

_ Hemos peleado como diablos, ¿verdad amigo? _ le dijo intentando trabar conversación.

_ Eso parece _ respondió seco.

_ Me llamo Joaquín Insúa. Soy periodista y acérrimo enemigo de Rosas. El periódico para el que trabajo me envió a cubrir la batalla, pero en el fragor de la batalla recibí una bala en mi pierna derecha.

Como Rafael permanecía callado, Joaquín continuó.

_ Gracias a la Virgen del Pilar la saqué barata...Mi madre es devota de ella, sabe usted, y siempre me pone bajo su amparo.

Al escuchar esa advocación de la Virgen María, Rafael se estremeció sin

entender el motivo.

_ ¿Cuál es su nombre amigo? _ insistió Joaquín tratando de entablar amistad.

_ ¿Mi nombre?...No sé...no lo recuerdo...¡Dios mío, no sé quién soy!

Buenos Aires, Octubre de 1854

Era ya noche cerrada cuando un golpe en el portón de entrada las sobresaltó.

Lourdes y Mercedes estaban en la sala bordando unas sábanas para los pequeños de la casa.

Las puntadas de la abuela volaban, en cambio, la joven maldecía al pincharse el dedo a cada rato. Detestaba bordar, lo hacía para complacer a su abuela.

Lourdes amaba las plantas, pasaba horas en el jardín ocupándose de ellas. Regaba, podaba, fertilizaba. Verlas crecer vigorosas la complacía. Sus plantas la oxigenaban, y como las enredaderas que se aferraban a la pared para ascender, ella se aferraba a sus afectos para sobrevivir al dolor y a la añoranza.

_ ¿Quién será? Es muy tarde _ se alarmó Mercedes dejando caer la sabanita sobre la alfombra.

_ Voy a ver abuelita. ¡Lola!, acompáñame.

La criada, alta y desgarbada, apareció con un candil. La mano le temblaba. Lourdes al verla soltó una carcajada.

_ ¡Qué cara Lola!, ¡y esos pelos!...son un horror. Tranquila que el que golpea no es un fantasma.

_ ¡Ay niña!, no se me burle, me julepié toda. Es medianoche y a estas horas andan sueltas las ánimas _ al terminar de hablar la negra se santiguó tres veces seguidas.

_ Basta de tonterías y vayamos a ver quién es _ Lourdes la arrastró hasta el zaguán, mientras Lola rezaba por lo bajo.

El golpe de la aldaba volvió a resonar por toda la casa.

_ ¿Quién es?, ¿cuál es la emergencia? _ gritó la joven también asustada.

_ Soy el tío Lorenzo. Abrí chiquita, soy portador de tristes noticias.

_ ¡Tío Lorenzo! _ respiró aliviada.

Criada y ama quitaron la pesada tranca de la puerta. Lorenzo, un caballero robusto y con garbo. entró agitado, besó a Lourdes y corrió a la sala.

_ ¡Mecha!, Jose María acaba de fallecer _ se abalanzó sobre su hermana y se estrecharon en un sentido abrazo.

_ ¡Pobrecito!, cruel enfermedad que no perdona. Lo diezmó completamente, a él, un hombre aguerrido.

_ Sí, el cuerpo ya no le respondía. Había que darle de comer porque le era imposible tomar la cuchara. Estaba muy deprimido _ Lorenzo sin contener el llanto mesó sus cabellos canos.

El General José María Paz, apodado "el Manco" al quedar su brazo

derecho inutilizado de por vida debido a una herida de bala recibida en pleno combate, fue un estratega brillante, un hombre íntegro, fiel a sus creencias, pero por sobre todo, fue un amante esposo. Margarita fue su tesoro máspreciado.

__ Estuve a su lado hasta el final __ relató consternado Lorenzo __ Sus últimas palabras estuvieron dedicadas a su esposa. Con la voz estrangulada por la emoción alcanzó a pronunciar: "¿Dónde estás amor mío?, ¿por qué te escondes entre las sombras. Ya no sé el tiempo que te espero, cansado".

Al escuchar esas palabras preñadas de pasión y angustia, Lourdes estalló en un llanto amargo.

Mercedes, que estaba sentada a su lado, la rodeó con los brazos, protegiendo, consolando.

__ Calma, querida, calma __ Mercedes, apesar de pisar los setenta años, era el bastión de la familia, el refugio de Lourdes.

__ Los sentimientos expresados por el General, es lo que yo siento por mi Rafa. Abuela, lo extraño tanto. Yo también lo busco y no lo puedo encontrar. ¡No puedo!

__ Él está en tu corazón y allí permanecerá para siempre, mi niña linda. Tienes que ser fuerte.

__ No puedo ser fuerte, no quiero ser fuerte...¡quisiera morir! __ se descontroló.

__ ¡No digas sandeces! Miguelito y Alba te necesitan __ la amonestó Lorenzo

__ Sigue el ejemplo de José María. Margarita y él eran una sola carne.

Juntos soportaron persecuciones y miles de privaciones, pero fueron felices en medio de las penurias. Cuando ella murió dando a luz a su octavo hijo, el "Manco" no se derrumbó, sacó fuerzas del gran amor que se tenían y le presentó guerra a la vida luchando por sus ideales...

__ Los ejemplos no me sirven. Además estoy harta de los ideales patrióticos. Ya sabe lo que pienso de todo eso, tío __ respondió secándose con furia las lágrimas que corrían por el rostro encendido por la ira.

__ No te enojés, querida... aunque prefiero tus garras a tus lágrimas __ sonrió Lorenzo satisfecho del carácter belicoso de su sobrina.

__ Mis hijos son mi hálito de vida. Sin ellos nada tendría sentido. Cuando los veo sonreír veo la sonrisa de Rafael y mi día se ilumina. Ellos son mi esperanza.

__ ¡Claro que sí Lourdes! Jamás olvides que los grandes amores nunca se borran del alma __ afirmó Lorenzo con la voz quebrada.

El día comenzó agitado en la redacción del periódico "El Nacional". Todos estaban compungidos por la muerte del General Paz. La hemiplejía terminó por derribar al coloso defensor de los intereses de la Patria, al veterano de la Revolución de Mayo, al férreo opositor del Dictador Juan Manuel de Rosas.

Durante toda la mañana se trabajó en el diseño de la primer página en donde se anunciaba el deceso.

Bautista era el cronista responsable de la lamentable noticia. Ensimismado

en su historia no reparó cuando la tinta negra de la pluma, con la que esgrimía reflexiones que enaltecían al noble difunto, ensució su mentón. Al pasar junto a su escritorio, Joaquín comenzó a reír.

— ¿Cuál es la broma? — explotó malhumorado. Joaquín Insúa tenía el don de sacarlo de las casillas.

— El mismo distraído de siempre. Tenés la cara manchada de tinta. Sorprendido por la afirmación de su amigo, tomó una franela de uno de los cajones y se frotó con rabia.

— Parece que no es un buen día, ¿no? — lo interrogó jocoso.

— No consigo dar el final adecuado a esta crónica sobre los méritos del General Paz — contestó con preocupación.

— Te ayudo, falta poco para la tirada del mediodía — se ofreció amablemente.

Joaquín Insúa fue la persona generosa que ayudó a Rafael en el momento más crítico de su vida. Perdido y desorientado, dueño de un pasado envuelto en el misterio, sólo encontró un poco de solaz en la amistad desinteresada que Joaquín le ofreció desde su primer encuentro en la tienda hospital de Caseros.

Rafael no recuperó la memoria. Lo intentó con denuedo, pero fracasó.

— Es horrible esta sensación de vacío. Busco en mi memoria y sólo encuentro oscuridad. ¿Quién soy, Joaquín?, ¡quién soy, carajo! — solía repetir angustiado.

— No te angusties. Ya verás, cuando menos te imagines, recordarás — lo animaba.

De regreso a la ciudad, Joaquín invitó a Rafael a su casa.

— No se hable más, te venís conmigo. Mi casa es amplia, tiene varios dormitorios. Además está Candelaria, una negra que es como mi segunda madre y que cocina de maravillas. Su ambrosía es la mejor de todo Buenos Aires.

— ¿Y tus padres qué dirán? Soy un perfecto desconocido, ni nombre tengo — se preocupó.

— Mis padres murieron cuando era pequeño. Volvían de España de visitar a unos tíos y su barco naufragó. Desde entonces Candelaria me ha cuidado y consentido... ¡mi querida Cande! Ella estará encantada de recibirte. En cuanto a tu nombre... — pensó rascándose la cabeza — Que te parece Bautista Roldán. Tengo un amigo que te puede facilitar los documentos de identidad.

— ¿Facilitar?, dirás falsificar — se escandalizó.

— Que más da, facilitar, falsificar... ¡es lo mismo! Lo importante es que puedas acreditar tu identidad cuando te presentes en el periódico buscando trabajo.

— Yo, ¿trabajar en un periódico? — ironizó

— Que tiene de extraño, ¿acaso has olvidado escribir? — se preocupó.

— No, leer y escribir me acuerdo perfectamente, pero no sé si estaré a la altura...

— ¡Tonterías!, claro que lo estarás. El jefe de redacción es mi amigo, así que tu puesto en la redacción es un hecho.

Tal como lo auguró Joaquín, Rafael, desde ese momento conocido como

Bautista Roldán, pasó a formar parte del grupo de periodistas del emblemático periódico "El Nacional".

Ese mediodía, una vez terminada la nota, caminaron las pocas cuadras que separaban la mansión Insúa de la redacción. Conversaron animadamente sobre los últimos acontecimientos que mantenían en vilo al país.

_ Fue acertada la decisión de separarnos de la Confederación. La economía de Buenos Aires prospera a pasos agigantados gracias a los ingresos aduaneros _ sentenció Joaquín,

_ ¿Entonces estás de acuerdo en no compartir las ganancias con el resto de las provincias?

_ Me parece perfecto. Me juego enterito que Urquiza invertirá la mitad de esos ingresos en arriesgadas campañas militares.

_ Campañas militares cuyo único objetivo es hundir cada vez más al país _ aseveró con fastidio Bautista.

_ Exacto...y la otra mitad seguro irían a parar al bolsillo del "Morao" _ apodo con que los porteños denigraban la figura de Urquiza. "Morao" era sinónimo de vil, cobarde.

_ Seguramente invertirá en su palacete de Entre Ríos. ¡Habrased visto semejante desfachatez! Me enteré que está trayendo tallistas, herreros, pintores y jardineros del extranjero. En los jardines está proyectando levantar un palomar que podría albergar hasta 650 palomas.

_ ¿Y qué me decís del lago artificial? Clarita me contó que se rumorea que Urquiza está planeando un baile a la vera del mismo _ le confió Joaquín.

_ Así que Clarita...¿ya te has decidido a declararle tus sentimientos?

_ No, todavía no. Me falta coraje, amigo _ expresó frustrado.

_ Apúrate porque si no otro te ganará de mano _ se rió Bautista.

_ ¡Que dices! ¡No me asustes! El padre de Clarita, don Julio, me invitó a cenar mañana en su casa y cuando encuentre el momento oportuno ila encaro! _ suspiró esperanzado

Al llegar, se les hizo agua la boca con el aroma que venía de la cocina.

_ ¡Carbonada! ¡Cómo te quiero Cande, cómo te quiero! _ gritó Joaquín y mientras se desprendía de su chaqueta azul y la colgaba del perchero junto al sombrero de copa alta, corrió a sentarse a la mesa. Bautista lo siguió igual de entusiasmado.

_ ¡Jóvenes alborotadores! ¿Nunca van a madurar? _ chilló una negra que, a pesar de su gordura, se movía con donaire balanceando sus amplias caderas debajo de una pollera multicolor. En la cabeza lucía un turbante rojo fuego.

_ ¡Nunca! Basta de sermones y serví rápido que nos morimos de hambre _ ordenó con picardía Joaquín.

Candelaria, simulando enojo, les sirvió orgullosa su deliciosa carbonada. Joaquín y Bautista disfrutaron distendidos del excelente guiso a base de choclo, zapallo, orejones, zanahoria, batata y papa. Lo acompañaron con un buen vino carlón.

Antes del postre, escucharon unos golpes en el portón de entrada, gritos de bienvenida y pasos rápidos por el zaguán hasta el comedor.

Joaquín, al ver a los visitantes, se sorprendió y alegró.

_ Imanol, Amelia...¡qué sorpresa! Bautista, ellos son mis queridos primos de España.

Capítulo 3

"Soy un alma desnuda en estos versos
Alma desnuda que angustiada y sola
va dejando sus pétalos dispersos". Alfonsina Storni

Buenos Aires, marzo de 1855

Era una soleada tarde de otoño. Los niños dormían la siesta luego de un succulento almuerzo en el que disfrutaron de su postre favorito: ambrosía. La negra Tomasa siempre los consentía y su abuela Tina, los adoraba. En ese momento, estaba junto a ellos velando sus sueños.

Lourdes se miró coqueta en el espejo de su amplio dormitorio. Un escalofrío la hizo temblar. "Está refrescando", pensó mientras tomaba del ropero un mantón de lana oscura. Vanidosa, volvió al reflejarse en el espejo.

"¿Pero qué hago?, ¿para qué me arreglo tanto?", se avergonzó. Su Rafael ya no estaba.

_ ¡Lourdes, querida!, ¿estás lista? El cochero nos aguarda _ la llamó Mercedes desde el patio.

_ ¡Ya voy abuelita! _ a pesar de sus pensamientos sombríos volvió a mirarse en el espejo. Se arregló por quinta vez el cabello, tan rebelde como de costumbre. Una vez satisfecha, corrió al patio.

_ ¡Por fin, Lourdes! _ Mercedes la inspeccionó de arriba a abajo _ ¡Pero querida, toda de negro! ¡Basta de luto! ¿Por qué no te pones el vestido de seda violeta? Y por favor, cambia esas perlas negras por unas blancas.

_ No abuela, así estoy bien.

_ ¡Qué testaruda, Lourdes!, ¡qué testaruda! _ refunfuñó Mercedes.

_ A alguien habré salido, ¿no? _ y con un beso a su abuela zanjó la discusión _ ¡Tina!, regresamos dentro de dos horas.

Tina, la madre de Rafael, llegó agitada desde el dormitorio de los niños. La muerte de su hijo la envejeció prematuramente. El rostro macilento, delgada, el cabello cano y una mirada azul preñada de melancolía, así era Tina, así la había maltratado el destino.

_ Siento no poder acompañarlas, pero prefiero quedarme con los niños. Un beso a doña Laura.

Lourdes y Mercedes iban de visita a la casa de la viuda del General Insúa, otro de los héroes que coartaron la dictadura de Rosas.

_ Diles a Alba y a Miguelito que a mi vuelta les cuento la historia que les prometí, siempre y cuando no te hagan renegar _ se rió.

_ Esos chiquillos son dos angelitos _ los defendió la abuela Tina.

_ A los que a veces le crecen cuernitos... _ agregó sonriendo Mercedes. El traquetear del coche por las calles empedradas puso de mal humor a Mercedes.

_ Mis pobres huesos...¿falta mucho? _ dijo asomándose por la ventanilla.

_ Poco, dos cuadras más por San José y llegamos _ la alentó la nieta. En la puerta de una magnífica casona, las esperaba un negro vestido con elegancia.

_ Buenas tardes tengan las señoras _ solícito las ayudó a descender del carruaje _ Doña Laura las está esperando.

_ Gracias Justino. ¿Cómo anda tu patrona? _ quiso saber Mercedes.

_ Hoy se la ve contenta...será por ustedes que vienen de visita _ razonó el sirviente _ Adelante, doña Mercedes... doña Lourdes.

Laura Insúa las esperaba en la sala, una habitación espaciosa y muy iluminada. Un penetrante y agradable aroma a cera de abeja envolvía el lugar. Un hermoso ramo de magnolias situado en el centro de una enorme mesa de cedro llamó la atención de Lourdes.

_ ¡Laurita! ¿y esas magnolias?, ison un milagro!...¿cómo es que florecieron tan temprano? _ se sorprendió.

_ No sé, sólo florecieron _ respondió con desgano la anfitriona.

_ Se te ve bien querida.

_ Las apariencias engañan Mercedes _ respondió agobiada _ Son muchos los malestares que me aquejan últimamente.

Con movimientos teatrales, las invitó a sentarse en unos mullidos sillones de terciopelo bermellón que combinaban con los pesados cortinados que enmarcaban las amplias ventanas que daban al jardín.

_ Justino, el mate, por favor _ pidió con voz aflautada.

Con una rapidez increíble, Justino dispuso todo para servir con eficacia a las visitas.

_ ¿Gustan las señoras unos buñuelos de manzana recién hechitos?

Las mujeres aceptaron encantadas.

Entre mate y mate, Laura las atormentaba con sus desdichas.

_ Estoy tan sola...Esta casa parece un mausoleo. Todavía no me acostumbro a la muerte de Ramiro. Eramos muy unidos _ se lamentó.

_ Te comprendo Laurita, a mí me pasa lo mismo _ Rafael estuvo bajo las órdenes de Ramiro en la batalla de Caseros.

_ No es lo mismo Lourdes. Ramiro y yo estuvimos casados por más de treinta años, itoda una vida!

_ ¡Que tiene que ver los años de casados con el dolor de la pérdida! Con Rafa se me fue la mitad del alma _ explotó Lourdes.

_ Claro, claro, querida, sin embargo, vos tenes a tus hijos, a tu abuela, a tu tío Lorenzo; en cambio yo vivo en la desesperanza, en la soledad...

"Por algo será", pensó Lourdes harta de tanto gimoteo.

_ Muy ricos tus mates Justino. Laura, ¿ya pasaron los del censo? Por nuestra casa pasaron muy temprano por la mañana _ Mercedes intentó virar la conversación cansada también del lloriqueo de la mujer.

_ Por acá pasaron un rato antes de que ustedes llegaran. Un verdadero engorro, icuántas preguntas!, me dejaron exhausta.

Mercedes se refería al primer censo de la provincia de Buenos Aires como estado autónomo fuera de la Confederación Argentina teniendo pleno control sobre la Aduana y el Puerto.

Lourdes devolvió con una sonrisa forzada el mate a Justino y con la mirada le suplicó a Mercedes que se despidiera de Laura.

_ Bueno Laurita, nos retiramos _ dijo la abuela comprendiendo el mensaje de la muchacha.

_ ¡Tan pronto!, ¡que pena! Justamente esta tarde vendrá mi sobrino Joaquín con su amigo Bautista, un joven encantador. Me hubiese gustado presentártelo Lourdes, creo que congeniarían.

_ Será en otra oportunidad Laura. No me gusta dejar solos a los niños durante mucho tiempo.

_ ¿Tina no está con ellos?

_ Tina sufre un resfriado y está con fiebre, la pobre _ mintió descaradamente.

_ Entonces no las entretengo más. ¡Vayan, vayan! Justino, acompaña las al carruaje. Gracias por la visita queridas. Adiós.

_ Saluda a Joaquín de nuestra parte _ agregó Mercedes hastiada de la quejosa Laura Insúa.

En el viaje de regreso se prometieron no repetir la visita por un tiempo prolongado...muy, prolongado.

Al llegar, Miguel y Alba las estaban esperando ansiosos.

_ ¡Mamita!, ¡abuelita Mechu! _ se colgaron del cuello de su madre llenándola de besos _ Nos portamos requete bien, ¿no es cierto abuela Tina?

Tina lo confirmó con una amplia sonrisa.

_ Así que ahora...¡el cuento, mamita! _ chillaron.

Los niños se sentaron en un confortable sillón reclinados sobre su madre. Lourdes comenzó el relato y su voz tersa y melodiosa, los hipnotizó.

_ Hace mucho tiempo los hombres vivían tranquilos y felices en un valle fértil. Nada les faltaba; la tierra era rica y les brindaba todo lo que necesitaban. Sobre esa tierra no se conocía la muerte, ni el odio, ni la ambición. Los dioses de la montaña protegían a todos los hombres y a todas las mujeres.

_ ¿Y a los niños pequeños, mamita? _ se preocupó Alba.

_ También, tesoro...Los dioses les prohibieron sólo una cosa: nadie debía subir a la cima de la montaña donde ardía el Fuego Sagrado. Por mucho tiempo, los hombres no quebrantaron esa ley. Pero el diablo, espíritu maligno que vive en la oscuridad, no soportó la felicidad de los hombres.

_ Me da miedo el diablo, mamita _ lloró Alba.

_ ¡No interrumpas más, Alba! _ la retó Miguelito.

_ Si te da miedo, termino la historia.

_ ¡No mamita! _ le rogó el niño _ Alba, no tengas miedo, yo siempre te voy a defender de los malos.

_ ¿De en serio? _ se maravilló la pequeña.

_ Por supuesto, y se dice "en serio" _ la corrigió con cariño.

_ ¿Continúa entonces? _ preguntó enternecida por el amor que se profesaban los hermanitos.

_ ¡Siii! _ la ensordecieron

_ El diablo se las ingenió para dividir a los hombres sembrando peleas. Y un buen día les pidió probar su valentía: deberían buscar el Fuego Sagrado.

_ Pero lo tenían prohibido _ se ofuscó Miguelito.

_ Precisamente, el diablo quería que los hombres desobedecieran a los dioses y cuando comenzaron a escalar la montaña fueron sorprendidos por cientos de pumas que salieron de sus cuevas para comérselos. Los hombres gritaron pidiendo ayuda al diablo, pero fue en vano.

Alba, asustada, escondió la cabeza en el regazo de la abuela Mercedes mientras se lamentaba por el destino de los desobedientes.

_ Esta niña es insoportable _ estalló malhumorado el niño _ Que se la lleven a dormir, por favor.

_ ¡Que malo eres Miguelito! Yo también quiero saber como termina el cuento _ se defendió.

_ ¡Basta de pelearse! _ se enojó Lourdes.

_ Por favor, mamita, ¿que pasó con los hombres? _ insistió Miguelito.

_ Pasó que Inti, el dios Sol, se puso a llorar y sus lágrimas fueron tan abundantes que en cuarenta días se inundó el valle. Sólo se salvaron un hombre y una mujer sobre una barca de junco. Cuando el sol brilló de nuevo, se hallaron en un lago de aguas azules, en el que flotaban los pumas convertidos en estatuas de piedra. Los dioses no abandonaron al hombre como lo hizo el diablo, al contrario, le dieron una segunda oportunidad de ser feliz.

_ Nunca me lleves a ese lago mamita. Le tengo mucho miedo a los pumas _ volvió a llorar Alba.

_ ¡Que tonta! Todos los pumas están muertos. Los mató el dios Sol, ¿verdad mamita? _ exclamó Miguelito.

_ Verdad. Y ahora un abrazo y a dormir mis angelitos.

Cuando los niños abandonaron la sala de la mano de Tina, Lourdes se abrazó a Mercedes.

_ ¡Ay abuela!, ¿tendré yo una segunda oportunidad de ser feliz?

Capítulo 4

"Vienen hacia mí tu fragancia,
tus silencios y tu sonrisa,
más hermosa que el amanecer". Marco Matos

Como todas las mañanas, Bautista desayunó en la cocina. Joaquín y sus primos seguían durmiendo.

La negra Candelaria le daba charla mientras amasaba pan. Bautista no le prestaba atención, sus pensamientos estaban en otro lado.

"¿A quién pertenece esa mirada verde que me persigue? ¡Y esa fragancia de jazmines!, ¿de dónde proviene?...¿de mis recuerdos?, quizás. ¡Señor!, si pudiera recordar algo más".

_ Bautista, ¿me escuchás? _ Candelaria, negra confianzuda, acostumbraba a tutear sin reparos a todos los que vivían y frecuentaban la casa..

_ Por supuesto, por supuesto...¿que me decías? _ respondió sobresaltado volviendo al presente.

_ Te decía que esta noche me voy pa' lo de mi comadre, la Santina. Como ustedes se van de parranda...

_ De parranda, no, Candelaria. Esta noche se festeja el compromiso de Joaquín y Clarita. Por fin esta relación parece encauzarse. ¿No estás feliz por tu consentido? _ detuvo la taza de café humeante cerca de su boca asombrado de la parquedad de la mujer.

_ Pues claro que me pone contenta la felidá de mi niño. La señorita Clara es una dulzura, pero..._ se interrumpió ocultando el rostro en el delantal gris que protegía su colorida pollera.

_ ¿Llorás? _ Bautista se puso de pie y se acercó a Candelaria tomándola de los hombros _ ¿qué sucede?, ¿cuál es tu preocupación?

_ Es que...es que..itengo miedo! _ explotó angustiada.

_ ¿Miedo? _ Bautista estaba perplejo.

_ Miedo de que mi niño ya no me necesite, miedo de perder su cariño. Joaquín es pa' mí el hijo que nunca pude tener y si ahora se casa y me echa a un lao yo me muero de pena.

_ Candelaria, no seas tonta, Joaquín nunca te abandonaría, él te adora y sé que Clarita también _ la consoló.

_ ¿Es verdá?, ¿me lo jurás? _ preguntó hipando y secándose las lágrimas con su pañuelo rojo de lunares azules.

_ Verdad, y te lo juro _ lo dijo al tiempo que hacía una cruz sobre su corazón _ Así me gusta verte, negra linda, siempre sonriendo _ exclamó cuando Candelaria cambió de ánimo.

_ ¿Y vos?, ¿pa' cuándo? _ le preguntó sorbiéndose los mocos.

_ ¿Para cuándo qué cosa?

_ No te hagás el distraído. Pa' cuando te entreverás con una damita. La Amelia está que se muere por vo'.

_ ¿La prima de Joaquín? Estás equivocada, es encantadora, pero no, no creo que se interese por mí. Yo soy muy aburrido y ella es un cascabel _ confesó con un dejo de nostalgia. En ese momento, nuevamente aquellos ojos verdes regresaron hostigando su memoria herida.

_ ¡Ja!, cuando la Candelaria dice que el bichito del amor pica, ipica!. Nunca me equivoco. _ declaró ofendida.

A pocas cuadras de allí, en un suntuoso comedor, desayunaban Mercedes, Lourdes y los niños.

_ Abuelita Mechu, ¡cuántas cosas ricas preparó Tomasa! No sé que comer primero, si estas galletas con manjar blanco o la natilla de cacao _ el niño se rascó la cabeza expresando su indecisión.

_ Estos bocaditos de batata están para chuparse los dedos, Miguelito _ lo animó la hermana.

_ ¡Pequeños golosos!, coman cuánto quieran _ festejó Mercedes.

_ Abuela, que después lloran porque les duele la panza _ rezongó Lourdes

_ Por suerte Tina siempre tiene a mano el remedio indicado, que si no...

_ No exageres Lourdes...Niños terminen la leche y a estudiar.

_ Me aburre estudiar _ protestó Alba.

_ Siempre la misma ignorante. No hay nada más lindo que escribir y leer las fábulas de Esopo.

_ ¡Miguelito!, no le digas ignorante a tu hermana, ella es chiquita, ya aprenderá _ lo reprendió Tina que entraba al comedor con una jarra de café.

La niña le sacó la lengua a su hermano tomando revancha y él le pateó los tobillos por debajo de la mesa. Alba comenzó a llorar y Miguelito recibió una nueva reprimenda.

_ Basta ya de peleas y a estudiar. Busquen sus cuadernos y vamos al jardín. Es una mañana espléndida para estar encerrados. ¿Les gusta la idea? _ los animó Tina.

_ Nos encanta _ bailó Alba _ Después de la lección, ¿puedo pintar? Hoy quiero dibujar el naranjo de la abuelita Consuelo.

Al escuchar a la pequeña, cientos de recuerdos enturbiaron la mirada de Mercedes. Consuelo, su queridísima hija. Los años pasaron raudos, pero el dolor por la pérdida permanecía intacto en su corazón.

_ Abuelita, de pronto se te borró la sonrisa, ¿por qué? _ se alarmó Lourdes.

_ Nada querida, añoranzas, cosa de vieja...

_ ¡Arriba el ánimo doña Mercedes! Hoy me tiene que ayudar a elegir el vestido que me pondré en la fiesta de compromiso de Clarita.

_ Me imagino que no irás de negro _ la miró fijamente, tratando de descifrar los pensamientos de su nieta.

_ Con tal de verla contenta soy capaz de vestir de rojo.

_ ¿Lo harías? _ se ilusionó. Lourdes era demasiado joven para estar atrapada entre sedas negras.

_ La verdad, no me animo. Usaré el gris, ¿le agrada mi elección?

_ El gris es un comienzo para desterrar el negro de una vez por todas. Eso sí, lucirás perlas blancas y mis aros de zafiros.

Finiquitada la discusión y tomadas del brazo, cruzaron el patio hasta el dormitorio de Lourdes. Allí estuvieron seleccionando zapatos, mantillas, cintas para el cabello y abanicos. Se entretuvieron tanto que no se dieron cuenta del paso de las horas.

— ¡Amitas!, el almuerzo está servido — les gritó Lola golpeando la puerta — Por Diosito santo, ¡que zafarrancho, niña Lourdes! — se perturbó al entrar y ver el desorden. Tules, puntillas, encajes y medias de seda, tiradas por todas partes.

Luego de la siesta, Lourdes se dio un baño en la tina de cobre que la diligente Lola llenó con agua caliente y perfumó con esencia de jazmín, la fragancia preferida de la joven.

Con paciencia, la negra peinó el cabello, largo y ensortijado. Decidió dejárselo suelto sujetándolo los costados con dos peinetas de plata.

— Lola, a mi edad debo llevar el cabello recogido en un rodete — reflexionó mirándose al espejo.

— No diga pavadas niña. Así le queda divino.

— ¡Impertinente! — la retó, sin embargo, rió complacida.

Cuando la vieron aparecer en la sala, Mercedes, Tina y los niños quedaron boquiabiertos. Bella, bellísima; una fragancia a jazmines con una nota de ámbar precedía su elegante caminar; el cabello dorado derramado sobre su espalda constituía el marco perfecto para el vestido gris de amplio escote.

Era tiempo de cerrar una puerta y abrir otra a la esperanza. Olvidar, nunca. Rafael estaría plasmado por siempre en su corazón, pero era hora de secar las lágrimas y arrancar sonrisas al alma.

— ¡Mamita!, pareces un hada — Alba acarició el vestido con veneración.

— Gracias tesoro. Y vos Miguelito, ¿qué pensás?

— Estás horrible

— Mira que sos malo. No le hagas caso mamita, ¡estás hermosa! — la defendió Alba.

— Miguelito, ¿por qué estás enojado? Voy un momento al compromiso de Clarita, prometo regresar para darles el beso de buenas noches.

— ¿En serio no vas a tardar? — se ilusionó.

— Es una promesa, mi caballerito celoso — lo estrechó en sus brazos con ternura. Alba corrió a sumarse al abrazo.

Cuando llegaron a la casa de la familia Mendez la fiesta estaba en su apogeo. Sobre una tarima improvisada estaban los novios. Cerca de ellos estaban don Julio Mendez y su esposa, doña Azucena, y la tía patética de Joaquín, Laura Insúa.

— Llegamos justo para la entrega del anillo de compromiso, abuela — le susurró al oído Lourdes.

La voz potente de don Julio resonó en todo el salón.

— Brindemos por mi adorada hija y su futuro marido. ¡Que el Cielo los colme de bendiciones!

Un aplauso caluroso nació de los amigos reunidos por tan grato acontecimiento.

Joaquín y Clarita, arrobados, luchaban por frenar el impulso de besarse frente a los invitados.

Las notas de un vals invitó a las parejas a deslizarse románticamente por el salón tenuemente iluminado por cientos de velas.

Los novios abrieron el baile.

Lourdes observaba embelesada el movimiento de los cuerpos al son de la música.

Le llamó la atención la manera en que una mujer, una belleza de cabellos oscuros, acercaba descaradamente los pechos a su compañero. Él parecía disfrutar. Él...lo miró detenidamente.

"¡No, no puede ser!", se conmovió.

Lentamente, temblando, se acercó a la pareja. Se plantó delante de ellos impidiéndoles seguir bailando. La mujer y el hombre se sorprendieron ante la extraña actitud.

— ¡Rafael! ¡Rafa! — gritó arrojándose en sus brazos.

La música cesó y un silencio profundo se adueñó del lugar. Todas las miradas centradas en ellos.

Bautista, con delicadeza, la separó de él.

— Rafael, mi amor, ¡estás vivo! — intentó abrazarlo nuevamente pero él se lo impidió.

— Perdón señora, mi nombre es Bautista Roldán y lamento decirle que no la conozco.

Una densa oscuridad se apoderó de Lourdes y ya nada tuvo sentido.

Lourdes despertó en su cama. El rostro atribulado de Mercedes fue lo primero que vio.

— Abuela, he sufrido la peor de las pesadillas — dijo tratando de incorporarse, pero un vahío se lo impidió.

— Tranquila querida — Mercedes la ayudó a recostarse nuevamente.

Lourdes apoyó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Suspiró ahogando un sollozo.

— Fue tan real, abuelita. Soñé con Rafa, estaba vivo y no me reconocía.

— No fue un sueño querida... — Mercedes estaba perpleja, conmovida.

— ¡¿Cómo?! — Lourdes se sentó con brusquedad sobre la cama arrojando a un lado la manta que la cubría.

— No fue un sueño, Rafael está vivo, pero no recuerda su pasado...

— ¿No se acuerda de mí?, ¿de sus hijos? ¡Cómo puede ser! — se desesperó, su pesadilla era una cruel realidad.

— Así es querida, yo tampoco me lo explico. Cuando te desmayaste, corrí a tu lado y entonces lo ví. Te sostenía en sus brazos, la gente los rodeaba. Te recostó sobre un sillón y llamó a un amigo, supongo, porque apareció enseguida. En ningún momento me reconoció, yo estaba conturbada, no atiné a hablarle...

Mercedes, sosegadamente, fue narrando los extraños acontecimientos que enturbiaron un reencuentro que debió ser mágico.

Rafael sostuvo a Lourdes antes de que cayera desvanecida. Amelia los observaba desconcertada. "¿Quién es esta entrometida?", se irritó.

Sin saber como actuar, Rafael llamó a Imanol, el primo de Joaquín que disfrutaba de un excelente jerez en compañía de don Julio Mendez.

— Recuéstala en aquel sillón y vosotros, apartaos — ordenó a los invitados

que curiosos, rodeaban a Lourdes _ La señorita necesita aire _ continuó explicando.

Imanol era médico y estaba al tanto de la amnesia de Rafael. Joaquín lo había consultado cuando arribó de España.

"La amnesia es una enfermedad cerebral que hace que las personas olviden datos previamente almacenados en su memoria. En el caso de Bautista fue provocada por una lesión craneal, es decir, por el golpe que recibió al caer de su caballo. Puede ser transitoria o puede prolongarse indefinidamente. Podríamos probar con la hipnosis, aunque recomiendo que esperemos un tiempo para intentarlo. Estos casos requieren de paciencia , no se debe atosigar a Bautista pidiéndole que recuerde, los resultados podrían ser catastróficos, su memoria podría quedar suspendida en una nebulosa de la que no tendría retorno", fue su diagnóstico.

_ Amelia, tu frasquito de perfume _ pidió Imanol a su hermana, quién de mala gana se lo extendió.

_ No reacciona _ pudo decir Mercedes sobrepasada por los acontecimientos.

_ Será mejor llevarla a su casa _ aconsejó Imanol.

_ Señora, ella dijo conocerme _ Bautista trató de entablar conversación con Mercedes, pero Amelia se lo impidió.

_ Seguramente te confundió con algún conocido, no te preocupes. Ven, regresemos a casa _ le dijo tironeándolo del brazo.

Bautista se dejó llevar sin quitar su mirada de Mercedes.

_ ¡Señora! _ Imanol llamó la atención de Mercedes que estaba alelada _ Yo las acompañaré, no tema, soy médico, la señorita se recuperará.

Joaquín y Clara se pusieron a disposición de Mercedes preocupados por el desmayo de Lourdes. Imanol desestimó su ayuda.

_ No se preocupen, lo que le ha sucedido no es de cuidado.

Seguan disfrutando de la fiesta _ los serenó Imanol.

Una vez en la casa de la Santísima Trinidad, Mercedes condujo a médico que llevaba a Lourdes en brazos hasta el dormitorio de la joven.

_ No se intranquilice, pronto recobrará la conciencia. Sin dudas ha sufrido un gran impacto, todavía no entiendo que tiene que ver Bautista en ésto _ reflexionó desorientado.

_ ¿Bautista? Nosotras lo conocemos como Rafael y es el marido de Lourdes _ declaró agitada.

_ Explíqueme más _ la animó interesado.

_ Rafael luchó en Caseros. Un oficial le comunicó su muerte a Lourdes. En plena batalla un soldado federal le clavó una bayoneta por la espalda atravesándole el corazón. Nunca vimos el cadáver, lo sepultaron junto a todos los caídos en el campo de batalla. El mismo oficial le entregó a mi nieta el medallón con su retrato que Rafael guardaba celosamente entre sus pertenencias _ Mercedes hizo el relato con el alma estrujada.

_ Estoy impresionado

_ Dos años creyéndolo muerto y ahora... _ Mercedes por fin pudo desahogarse llorando.

_ Bautis...Rafael sufre pérdida de la memoria. Joaquín me contó que lo

conoció al término de la batalla. Estaba aturdido, confuso, no recordaba quién era. Probablemente cayó del caballo recibiendo un fuerte golpe en la cabeza. Doña Mercedes, mi consejo es que no nos apresuremos. Bajo ninguna circunstancia se debe presionar a Rafael para que recuerde, puede ser fatal. El deberá recordar paulatinamente, sin ayuda. Convenza a su nieta que así debe ser. Para acercarse a él deberán respetar la nueva personalidad de Rafael, mejor dicho, de Bautista.

_ ¿Eso te dijo? ¡Cómo se atreve a ponerme reglas para acercarme a mi marido! _ Lourdes protestó desahogada cuando Mercedes terminó su relato.

_ Imanol Pacheco del Prado estudió medicina en la Universidad de Madrid. Se recibió con honores.

_ ¡Mequetrefe petulante! _ estalló rabiosa _ Consultaré con otros médicos. En Buenos Aires los hay brillantes.

_ Como quieras, pero mientras tanto le haremos caso _ sentenció con determinación.

Imanol estaba a punto de perderse en un sueño reparador luego de una jornada nefasta cuando alguien lo sacudió con rudeza.

_ ¿Amelia?, ¿qué quieres? ¡Es más de medianoche, por Dios Santo! _ vociferó enfadado.

_ ¡Calla! o despertarás a todos. Quiero saber que pasó con esa mujer, la loca que dijo conocer a Bautista _ dijo con desdén.

_ No es una loca, es la mujer de Bautista... ¡su esposa!

_ ¡No puede ser! _ se sorprendió _ ¡No debe ser! _ se corrigió encolerizada.

_ Parece que hubo un error en el reconocimiento del cadáver. Ella pensaba que Rafael, ese es su verdadero nombre, estaba muerto _ le aclaró a la mujer que estaba fuera de sí.

_ Imanol, Bautista nunca debe recuperar la memoria, ¡nunca!, ¿has entendido? El es mío _ expresó ciega de rabia.

_ No te preocupes hermanita, Bautista está en mis manos... ¡nadie lo alejará de nosotros! _ rió con malicia.

_ ¿De nosotros? _ se extrañó Amelia

_ Quiero decir, de ti... ¡nadie lo alejara de ti _ y un brillo peculiar iluminó sus ojos negros.

Capítulo 5

"Vienen hacia mí tu fragancia,
tus silencios y tu sonrisa,
más hermosa que el amanecer". Marco Matos

Pasaba la medianoche y Bautista no podía conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza la imagen de esa mujer que creía conocerlo. Él no la recordaba, por mucho que se esforzara, no lo conseguía. Sin embargo, esos ojos, luminosos como esmeraldas ...y esa fragancia que percibió al acercarse a ella, una fragancia que le resultó familiar...ella olía a jazmines. Sonrió al percatarse de su primer recuerdo después de tanto tiempo. Pero, ¿quién era ella?, ¿de dónde la conocía?, ¿significó algo en su vida? Preguntas sin respuestas, interrogantes que caían en el vacío. Perdido en sus pensamientos no escuchó llegar a Imanol.

A la mañana siguiente, lo esperó ansioso en la sala. El desayuno estaba servido cuando apareció.

_ Imanol, ¿cómo está ella? _ dijo sin preámbulos.

_ Bien, más tranquila y avergonzada. Te confundió con su marido que murió en Caseros _ mintió con descaro.

La desilusión se pintó en el rostro de Rafael, Imanol lo advirtió y trató de consolarlo.

_ Bautista, ¿qué pensaste?, ¿que esa mujer venía a iluminar tu pasado?...¿Acaso la recuerdas? _ se preocupó.

_ No, sólo que por un momento el aroma de esa mujer y el color de sus ojos me sacudieron. Es la primera vez que esto me sucede, Imanol.

_ Quizás la presencia de Lourdes, así se llama, ¿te dice algo ese nombre?

_ preguntó en ascuas.

_ Nada.

Imanol respiró aliviado.

_ Como te decía, quizás la presencia de Lourdes removió vivencias escondidas en tu memoria sin que tuvieran necesariamente algún vínculo con ella _ explicó con autoridad mientras untaba una rodaja de pan con mermelada de naranja simulando indiferencia.

_ Puede ser _ la aparición de Amelia lo distrajo. "¡Que bella es!", pensó.

Se saludaron. Bautista le corrió la silla y ella, con una sonrisa coqueta, se sentó con elegancia muy cerca de él.

_ ¿Café?, ¿torta de manzana con canela? _ ofreció solícito Rafael.

_ Me acostumbras mal, Bautista. Aprende de él Imanol _ regañó salamera a su hermano _ Que sabes de esa loca _ continuó cambiando el tono de voz, ahora frío y severo.

_ Precisamente de eso estábamos conversando antes de tu entrada teatral _ dijo de malhumor.

_ ¡Hermanito!, siempre tan simpático _ ironizó.

_ Me contó Imanol que esa señora me confundió con su marido muerto en la batalla de Caseros, la misma en que me hirieron provocando mi amnesia _ le explicó _ ¿Está a tu gusto el café? _ preguntó restándole importancia a la información anterior.

_ No les dije que está loca. ¿Así que ve fantasmas? ¡Dios mío! Me imagino que le has recomendado un tratamiento, Imanol. No puede ir por la vida incomodando gente _ se alteró.

_ Amelia, despreocúpate, ya no molestará a Bautista con sus desvaríos _ aseveró contundente Imanol.

_ Mejor así, mejor así. ¡Hummm!, esta torta es una delicia, realmente Candelaria es una cocinera magnífica _ exclamó volviendo a ser la mujer risueña de costumbre _ Y tú, ¿de qué te ríes? _ continuó extrañándose de la actitud de su hermano.

_ Simplemente estoy feliz de estar aquí en tan agradable compañía y lejos, muy lejos de nuestro querido padre _ se refería a don Arturo Pacheco del Prado, duque de Nájera, hombre autoritario y de moral intransigente.

_ Deja tranquilo a nuestro padre que es un santo. Bien contento que recibes el dinerillo que nos envía todos los meses _ lo amonestó airada.

_ Dinerillo que envía, como tú dices, para tenerme sujeto en estos lares alejados de Dios sin perturbar su omnipotencia _ ante sus declaraciones, el ambiente se tornó tenso.

_ Imanol, me consta que tu padre te quiere _ intervino Joaquín que como de costumbre llegaba tarde al desayuno.

_ Me quiere ver muerto, primo _ dijo sorprendiendo a todos.

_ Perdoná mi curiosidad, pero, ¿cuál es el problema con tu padre? _ se interesó Rafael.

Amelia pateó suavemente a su hermano por debajo de la mesa.

_ Nada grave _ aclaró mirando con severidad a su hermana _ Sólo que hoy me levanté de un pésimo humor. Extraño mi tierra, Rafael. Hay días, como hoy, que quisiera subir a un barco y regresar a mi España adorada _ Imanol se mostró consternado.

_ ¿Y qué te lo impide? _ Rafael estaba intrigado con tanto misterio.

_ Negocios, amigo mío, negocios por resolver. Si bien amo la medicina, debo abandonarla por los negocios ganaderos. Y hasta que mi padre esté completamente conforme con las tratativas que estoy llevando a cabo con algunos estancieros importantes de la zona, tengo vedado mi regreso. Por suerte aquí están ustedes, amigos entrañables, que hacen mi estancia agradable.

_ ¡Desagradecido!, ¿te olvidas de mí? _ protestó ofendida Amelia.

_ Claro que no, hermanita. Tú nunca me abandonas, aunque sé que has hecho este viaje, más para huir de tu prometido que para compartir me destierro _ bromeó mejorando su ánimo.

_ No me recuerdes a ese pelmazo. Gracias a la Virgen de la Macarena y a nuestro padre, me salvé de ese cazafortunas. El muy necio supuso que padre le concedería mi mano sin investigarlo, ¡pobre tonto! Todo fue una parodia, una triste parodia que por poco provoca mi desgracia _ confesó apesadumbrada.

_ ¿Lo amabas? _ preguntó conmovido Rafael.
_ Sí. Cuando el engaño quedó demostrado, creí morir. Acompañar a Imanol en este viaje ha sanado mi herida; además, conocerte a tí, Bautista, me ha hecho bien _ Amelia le regaló una sonrisa provocativa.
_ ¡Cuidado Bautista! parece que mi hermanita te tiene en alta estima, no vaya a ser...
_ ¡Calla sopenco! No seas ridículo, sólo veo en Bautista a un gran amigo, comprensivo...Él me escucha, no como tú que sólo piensas en ti _ le echó en cara.
_ Bueno, bueno, basta de pelea primos _ terció Joaquín _ disfrutemos de este exquisito desayuno y de este maravilloso día.
_ ¡Se nota que estas enamorado! _ festejó Rafael.
_ Mucho, soy inmensamente feliz _ dijo soñador _ Y Amelia, ya conocerás en estas tierras alguien que te merezca _ le auguró.
_ ¡Que la Macarena te escuche primo! _ rió mirando con picardía a Rafael.

_ Pasando a un tema más interesante que los romances de mi hermana _ dijo ceñudo Imanol _ Joaquín, necesito que me presentes a un tal Lorenzo Escalante. En el club "El Progreso" me han comentado que posee unos campos excelentes y que su ganado es de primera calidad. Podría obtener buenas ganancias si lograra cerrar un trato con él. Mi padre estaría muy satisfecho y posiblemente me permitiría regresar...

_ ¡Qué manía la tuya hombre! ¿Acaso mi patria te trata mal? _ saltó Joaquín.

_ Claro que no, pero extraño mis raíces, ¿comprendes?

_ Te comprendemos, aunque te vamos a extrañar _ intervino Rafael causando satisfacción en Imanol.

_ Y a mí, ¿me extrañarás, Bautista? _ preguntó con dulzura Amelia.

_ Por supuesto, mi bella dama _ dijo con galantería besándole la mano y despertando ilusiones en Amelia.

Imanol disimuló el disgusto que le provocó la respuesta de Rafael atragantándose con el café.

_ Volviendo al tema de Escalante, me interesa lo referido a la curtiembre que le pertenece. Saben como se aprecia el cuero en España. ¿Qué opinas Joaquín?, ¿tendré alguna oportunidad? También me ha llegado el rumor que Escalante es reacio a negociar con España. ¿Tú sabes el motivo?

_ Me resultan insólitos esos comentarios, aunque las pocas veces que conversé con él fue únicamente sobre literatura. Te prometo que haré algunas averiguaciones al respecto. Un buen momento para que trabes relación con don Lorenzo será en la Ópera. Asistirá con doña Mercedes y su sobrina, Lourdes Aguirrezabala _ miró de reojo a Rafael temiendo su reacción.

_ ¿Lourdes? _ balbuceó Rafael.

_ ¡Esa loca otra vez!, no iremos _ determinó Amelia.

"¿Esa puta irá también?, ¿qué pretende esa descarada? Bautista es mío, sólo mío".

_ Nada de eso, iremos. ¿Cuál es el problema Amelia? Todo está aclarado, ella ya ha comprendido que nada la relaciona con Bautista. No lo

molestará más _ la tranquilizó.

Rafael se inquietó al escuchar las afirmaciones de Imanol. ¿Por qué sentía esa opresión cada vez que se la nombraba? Él no deseaba que ella se apartara de su vida, pero, ¿por qué?

Luego del desayuno, Joaquín decidió visitar a su tía Laura. Debía hablar con ella. Al llegar entró como un vendabal en la salita privada de la mujer.

_ ¡Hijo!, que manera de presentarte. ¿Acaso ha sucedido alguna desgracia? _ se alarmó y con el susto derramó su té de tilo sobre el mantel blanco que cubría una coqueta mesita, regalo de su difunto marido.

_ ¡Tía!, ¡cómo es posible que no hayas reconocido en Bautista a Rafael Cané?! _ exclamó el muchacho ofuscado.

_ ¿A quién? No comprendo a que te refieres, y por favor, no grites que se me parte la cabeza. Estas malditas jaquecas me están matando.

_ ¡Tía, tía!, ¿Puedes por un minuto dejar de pensar en ti y poner atención a lo que te estoy diciendo? _ se exasperó.

_ Ya, ya...¿quién es ese Rafael Cané y qué tiene que ver conmigo? _ respondió intentando tranquilizar a su sobrino.

_ Rafael Cané es Bautista Roldán, mi amigo...que sufre de amnesia, que no recuerda absolutamente nada de su pasado...el que me ha acompañado a visitarte en varias ocasiones...¿recuerdas ahora? _ explotó iracundo, esa mujer tenía la habilidad de sacarlo de sus casillas.

_ ¡Ay,ay! No grites muchacho, mis nervios se alteran con tanta gritería.

¡Justino! _ chilló con voz aflautada llamando a su mayordomo _ Más té de tilo, este está tibio y así lo detesto _ chilló.

Joaquín trató de calmarse, su tía podría aclarar varios puntos sobre el pasado de su amigo.

Justino apareció portando una tetera de plata. Alto, delgado, el fiel sirviente de Laura Insúa era el único que la soportaba impasible, siempre con una sonrisa.

"¿Cómo hará este hombre para aguantar a esta ególatra? Sin duda es un santo", pensó sorprendido Joaquín.

_ Gracias Justino _ agradeció Joaquín, mientras el negro servía el té, incómodo ante el silencio de su tía.

_ El señor desea un café. La cocinera lo acaba de preparar _ ofreció Justino.

_ Gracias, sí, pero amargo, por favor.

_ ¡Joaquín, cómo puedes tomar café amargo! Bastante amarga es la vida, sino mira todo lo que me ha pasado...sola, viuda, sin hijos que me adoren, encerrada en esta casa...._ se quejó melancólica.

_ Volviendo a lo que me interesa _ la interrumpió harto de sus lamentos.

_ ¿Es que no te interesa mi dolor? ¡Qué desaprensivo! _ se escandalizó.

Con un delicado pañuelo de encaje rosa comenzó a secar las lágrimas que amenazaba derramar.

Justino fue su salvación. Entró en la salita con el café y una novedad. No

prestó atención al llanto simulado de su patrona, estaba acostumbrado a ese ardid.

_ La señora Lourdes Cané desea verla _ informó.

_ Hazla pasar, por fin alguien que posee buenos modales, no como otros _ dijo echando una mirada reprobatoria a su sobrino que bufó fastidiado.

Lourdes se veía ojerosa y pálida. Todo su cuerpo hablaba de una profunda tristeza.

_ Querida, ¡qué alegría! Justino, traé más té, ¿de menta, verdad? _ ordenó recordando la preferencia de Lourdes. Todos se sorprendieron.

_ Me caería bien un té de menta, gracias. Joaquín, es una suerte encontrarte, contigo también deseaba conversar _ recalcó animada.

_ ¿A qué se debe tu grata visita, querida? _ la interrogó melosa.

_ Bautista Roldán es en realidad mi marido, Rafael Cané, al que dieron por muerto en la batalla de Caseros _ respondió sin rodeos.

_ ¡Ay no me recuerdes aquella trágica batalla en la que murió el amor de mi vida!, ¡Ramiro, cuánto te extraño! _ nuevamente recurrió a su pañuelo de encaje.

Joaquín, sin considerar los lamentos de Laura, intervino manifestando su preocupación.

_ Lourdes _ la contempló con fijeza tomándola de las manos _ conocí a Baut...Rafael al finalizar la batalla de Caseros. Parece que se cayó de su caballo perdiendo la conciencia. Al recuperarse todo había terminado y él no recordaba quién era, todo su pasado se diluyó en la incertidumbre. Enseguida congeniamos, sentí que no podía ni debía dejarlo a su suerte, lo invité a vivir en mi casa. No tenía familia...

_ Sí, la tenía...¡la tiene! _ Lourdes se agitó conmovida.

_ Claro que sí Lourdes, pero ni él ni yo lo sabíamos en ese momento. Como bien sabes por mucho tiempo estuve exiliado en Montevideo a causa de mis ideas políticas, por lo tanto, nunca conocí a tu marido. Recién regresé al país poca antes de la batalla de Caseros. Y ahora, permíteme continuar con el relato. Como no sabíamos su nombre, un amigo falsificó un documento de identidad en el que figura como Bautista Roldán. Gracias a unos contactos y a su capacidad, por supuesto, consiguió trabajo en la redacción del periódico "El Nacional"...

_ Cuando nos establecimos en Montevideo, también trabajó como reportero en un periódico que vapuleaba la gestión infame de Juan Manuel de Rosas _ agregó con nostalgia, la mano que sostenía la taza de té, tembló.

_ Lourdes, hasta la noche de mi compromiso con Clara, nunca descubrí algún dato que iluminara el pasado de Bautista, ¡nunca! Por un tiempo investigué sobre él, pero nada. ¡¿Quién iba a imaginar que las respuestas al enigma estaban tan cerca?! _ reflexionó con sorpresa y pesar.

_ Laura, ¿cómo es posible que no lo reconocieras? Rafael fue amigo de tu marido, muchas veces compartimos cenas y almuerzos. ¡No lo reconociste! _ la enfrentó aireada.

_ Lo siento mucho Lourdes, realmente no lo reconocí. Está distinto...con esa barba... _ se defendió mientras bebía su té _ Otra vez se enfrió, ¡Justino!

_ ¡Tía!, eres insufrible, nada te interesa sólo tú, tú y itú! _ explotó furibundo.

_ ¡Qué carácter, muchacho! Espero que Clarita te apacigüe, o si no... _ se inquietó Laura

_ O si no, ¿qué, tía? Pienso que al tío Ramiro no lo mató el enemigo, sino que se suicidó en batalla para no soportarte más. Lourdes, pasaré a visitarte para continuar con nuestra charla. No te preocupes, todo se solucionará. Confiemos en Imanol, él es un excelente médico, sigamos su consejo de no presionar a Bau...a Rafael. Verás como de a poco recuperará la memoria. Tengamos fe. Tía, otro día pasaré a verte _ y así, crispado por la actitud desdeñosa de Laura Insúa, se despidió de las damas dejando a una con una esperanza y a la otra escandalizada.

Lourdes antes de regresar a su casa se detuvo en la iglesia de San Ignacio. Oculta en las penumbras rezó en silencio: "Sola, me siento tan sola. Ya casi no tengo lágrimas, mi alma está seca, yerma".

Ella, que en otros tiempos era el sol, ahora vivía en la oscuridad. Rafael, su Rafa, se llevó la luz y ahora que la vida le presentaba un nuevo amanecer, nuevamente la oscuridad mezquina se cernía sobre ella.

"¿Qué nefasta maldición impide que me recuerdes? ¿Acaso no has visto en la profundidad de mis ojos el infinito amor que nos une? Te amaré más allá de la muerte, hasta la eternidad, me dijiste entre besos y caricias. ¿Dónde quedó tu promesa?, ¿dónde?", lloró acongojada, el corazón espinado.

_ No comprendo tus designios, Señor. Me arrebatas el amor y luego me lo devuelves, pero él no me reconoce, me ignora. ¿Qué mal hice para merecer este dolor?

Tan compenetraba estaba en su plegaria que dio un brinco cuando Lola, su sombra, le tocó el hombro.

_ No se asuste niña, soy yo. Acá hace frío, vamos pa' las casas, se me va a risfrir _ le pidió al oído mientras se inclinaba para abrirla con una mantilla de lana.

Lourdes afirmó con la cabeza y lentamente se puso de pie. Sin mediar palabra, salieron de la iglesia. El sol del mediodía la cegó, como ciego estaba su corazón.

Lola la seguía contenta de haberla arrancado de ese lugar sombrío. El recinto sacro le disgustaba, ella le temía a los sacerdotes, siempre vestidos de negro y de rostro severo. No, definitivamente no entendía como Dios podía vivir en las iglesias, lugares lóbregos con olores sofocantes. Para Lola, Dios estaba presente en las mañanas soleadas, en la lluvia que hacía germinar la tierra, en el perfume de las flores del naranjo de la finada amita Consuelo. ¡Ahí si podía ver a Dios!

El clamor de los vendedores ambulantes ofreciendo sus productos no distrajerón a Lourdes de sus cavilaciones. "Quiero ser feliz, que esta tormenta pase pronto".

Mercedes la esperaba ansiosa.

_ Querida, ¡cuánto tardaste!, ¿que averiguaste? _ la asaltó con preguntas ni bien Lourdes y Lola asomaron en el zaguán.

_ Laura, como de costumbre vive encerrada en sus preocupaciones, no

me prestó atención; pero Joaquín, que casualmente estaba allí de visita, me contó como conoció a Rafael. Me confirmó todo lo que nos dijo el doctor Imanol Pacheco del Prado y como él, me rogó que tuviera paciencia, que no lo presionara _ dijo abatida _ Estoy desorientada abuelita, realmente no sé que hacer.

_ Esperar, querida, esperar.

_ Ya esperé demasiado, ino quiero esperar! _ estalló en llanto desesperada.

_ Te entiendo Lourdes, pero por el bien de Rafael es necesario tener paciencia y con tacto ayudarlo a recordar _ la alentó causando sorpresa en Lourdes.

_ ¿Ayudarlo a recordar? Pero abuela, ¿me aconsejas no tener en cuenta las recomendaciones de Imanol y de Joaquín? Pero si estabas de acuerdo en ser tolerantes.

_ Sigo pensando igual, pero creo que si le damos pequeños empujoncitos a su memoria no le haremos daño, ¿qué piensas? _ un suave codazo conjuró la complicidad entre nieta y abuela.

El plan de Mercedes le alegró el día a Lourdes. Eso haría, se acercaría a Rafael respetando su nueva personalidad como le había recomendado Imanol, pero enviándole sucintos mensajes que tratarían de reactivar su memoria extraviada. "Basta de llorar, es hora de luchar por lo que quiero", se prometió enjugando sus lágrimas.

_ Niña, no me llore que se me retuercen las tripas al verla así _ ensimismada en sus reflexiones se sobresaltó cuando Lola le acarició con ternura el cabello.

_ ¡Qué cosas decís Lolita! y dame ese té que huele tan rico _ le dijo sonriendo aceptando el té de menta que le ofrecía la negra.

_ Cuando sonrís es entuavía más linda. Y usted doña Mercedes no me la haga llorar _ amonestó con insolencia a la mujer.

_ ¡Negra atrevida!, icómo se te ocurre hablarme de esa manera! Rápido, sal de mi vista _ Lola, asustada corrió a refugiarse en la cocina.

_ Abuela, no te enojés _ la defendió Lourdes.

_ Si, si, pero hay que ponerle un freno sino esta negrita...

_ ¿Qué hizo Lola ahora? _ Lorenzo entró en la sala dispuesto a poner paz.

_ Lo de siempre, hacer renegar a la abuela _ Lourdes fue a su encuentro con una sonrisa, feliz de abrazarlo.

_ ¡Que lindo recibimiento! _ besó a su sobrina en ambas mejillas, asombrado de su alegría _ ¿ Buenas noticias de Rafael?

Lorenzo estaba al tanto de lo sucedido en el compromiso de Clara Mendez con Joaquín Insúa. Mercedes se lo había contado con pelos y señales. La alegría inicial de saber que Rafael estaba vivo, se enturbió con la noticia de la amnesia.

_ Consultaré con el doctor Montes de Oca _ propuso a su hermana.

_ ¿Juan José está en el país? _ se alegró Mercedes. El doctor Juan José Montes de Oca, proscripto por razones políticas, tuvo que exiliarse en Montevideo durante la dictadura de Rosas. De allí, luego de desempeñarse como cirujano, se trasladó a Río de Janeiro, donde luchó contra la epidemia de fiebre amarilla que azotó a la ciudad en 1849.

_ Hace rato, ¿no lo sabías? Fue él el que le salvó la vida a Bartolo _
Lorenzo se refería a Bartolomé Mitre, futuro presidente de la
Argentina, herido en una escaramuza perpetrada por motivos políticos _
Cuando ese infame disparó contra nuestro amigo hiriéndolo en la frente,
fue Juan José quién lo operó exitosamente. El sabrá decirnos a que
atenernos y si ese tal Imanol Pacheco del Prado está en lo cierto.

_ Hoy visité a Laura Insúa y allí me encontré con Joaquín. El sostiene el
diagnóstico del doctor Pacheco, pero con la abuela pensamos que una
ayudita para recordar no sería tan peligrosa como sostienen ellos _ dijo
con esperanzada.

_ Estoy de acuerdo, eso mismo me dijo el doctor Montes de Oca. Siempre
con prudencia y mesura. Más adelante, me gustaría provocar un
encuentro entre Juan José y Rafael. No sé por qué, pero ese tal Imanol
me da mala espina.

Mercedes y Lourdes cruzaron la mirada, ellas compartían la misma
opinión.

Lola interrumpió la conversación. Se fregaba nerviosamente la manos en
el delantal, los ojos desorbitados.

_ ¡Lola!, ¿qué pasa?, ¿acaso viste un fantasma? _ ironizó Lorenzo.

_ Usté lo dijo, don Lorenzo. Ajuera, en la puerta, está el señor Rafael.

Capítulo 6

"Yo temblaba al mirarte,
yo temblaba como tiemblan las ramas
reflejadas en el agua movida por el viento". Silvina Ocampo

Lo vio salir nervioso, apenas la saludó, él siempre tan gentil con ella. Poco tardó Amelia en adivinar el destino de Rafael y la ira se apoderó de su corazón.

— ¡Por Lucifer!, irá a buscar a esa zorra — maldijo en voz alta sin poder reprimir la furia.

— ¿Por qué gritas? Candelaria puede oírte — Imanol, al escuchar a su hermana, salió con presteza de la biblioteca. La zamarreó sujetándola por los brazos para hacerla reaccionar.

— El imbécil de Bautista pretende encarar a Lourdes. Ha quedado muy perturbado desde la fiesta de compromiso de Joaquín — rabió.

— Déjalo, mujer, déjalo; que averigüe — dijo con calma destapando una botella de brandy, se sirvió una copa y suspiró radiante — Exquisito.

— ¡Cómo puedes estar tan tranquilo! ¡No lo quiero cerca de esa marrana! — Amelia le arrebató la copa de brandy a su hermano y la bebió de un solo trago.

— Perdiendo la compostura no lograrás tu cometido, hermanita. Aprende de mí, cuando me propongo algo acecho a mi presa como lo hace un depredador, estudio sus hábitos, lo vigilo y cuando menos lo espera caigo sobre él y lo devoro — una sonrisa glacial se abrió paso en su boca de labios finos.

— Me asustas cuando hablas de esa manera — instintivamente volvió a servirse otra copa de brandy, el líquido ambarino le quemó la garganta. Imanol se quebró en carcajadas erizando la piel a Amelia.

— ¡Basta Imanol! ¿Imagino que no habrás reincidido en aquello por lo que debimos abandonar España, no? — Amelia temió lo peor.

— ¡Cómo se te ocurre!, ¡claro que no! — aunque al responder ocultó el brillo siniestro de sus ojos.

— Imanol, siempre te he apañado, esta vez soy yo la que necesita de tu ayuda. Amo a Bautista, ayúdame a conseguirlo.

Amelia, desde pequeña siempre consiguió lo que se proponía. Niña caprichosa, supo enredar con artimañas tanto al padre como a la madre, quienes la consentían y transigían a sus más tontos devaneos.

— ¿A cualquier costa? — inquirió atravesándola con su mirada oscura.

— A cualquier costa — fue terminante.

Lourdes creyó morir cuando Lola anunció a Rafael; su corazón, como un tambor enloquecido, la ensordecía.

"¿Qué le diré? ¡Ay Señor, no me desampares!", rogó mientras Mercedes

autorizaba a Lola para que lo hiciera pasar.

_ Lo importante en este momento crucial es mantener la calma _ dijo Lorenzo acercándose a Lourdes que estaba pálida como la luna.

_ ¡Animo hijita! _ Mercedes se colocó en el otro costado de modo que la muchacha quedó escoltada por sus dos bastiones. Eso la tranquilizó y le dio seguridad.

Escucharon expectantes los pasos por la galería dirigiéndose al salón. La puerta vidriada se abrió y el rostro amado aceleró el pulso de Lourdes.

_ Buen día, perdonen mi interrupción, debí avisar con anterioridad _ se excusó, nervioso daba vueltas su sombrero de copa con sus manos sudorosas.

_ Por favor, es un placer recibirlo en mi casa señor Roldán _ Mercedes se adelantó y con gentileza lo invitó a tomar asiento.

_ Después de las señoras _ dijo turbado ante el escrutinio de Lourdes. Lourdes se acomodó en el sofá, a su lado Mercedes. Lorenzo y Rafael lo hicieron en los sillones, enfrentados a las damas.

Un grito rompió el silencio.

_ ¿Dónde está? _ Tina, desesperada, pugnaba por deshacerse de Lola que le impedía el paso. Estaba amasando pan en la cocina cuando la negra insensata le dio la noticia.

_ Si me disculpan debo atender un pequeño contratiempo _ Mercedes salió disparada hacia el patio para contener a Tina. Rafael la observó conturbado.

_ ¡Tina, Tina!, calmate. Rafael no puede verte en este estado. Te expliqué que él no recuerda a nadie y que si lo atosigamos puede ser perjudicial para su salud _ le habló con severidad conduciéndola hasta el patio trasero, lejos del salón. Tina no puso resistencia, sólo lloraba quedamente.

_ Lo sé Mercedes, lo sé. Es que esta situación me desespera. ¿Qué haremos? _ la tristeza la embargaba.

_ Primero quiero que te seques esas lágrimas, que te cambies el vestido... ¡ese está lleno de harina! _ el comentario las hizo reír _ y luego te presentas en el salón.

_ ¿Y después? _ preguntó ansiosa.

_ Ni yo lo sé Tina _ respondió atribulada.

Cuando regresó al salón escuchó a Lorenzo conversar animadamente. Entró seguida por Tina.

_ Aquí estás, ¿solucionaste el problema? _ Lorenzo paseó una mirada inquieta de Mercedes a Tina, luego respiró aliviado al ver sonreír a su hermana.

_ Señor Roldán, le presento a la señora Tina, suegra de Lourdes _ se adelantó Lorenzo.

_ Mucho gusto señora _ con gentileza le besó la mano temblorosa que ella le tendió con cierto reparo.

Una vez todos acomodados, la conversación continuó por el derrotero que había iniciado Lorenzo con el fin de romper el hielo.

_ Como le estaba diciendo Bautista, ¿puedo llamarlo así, verdad? _ ante un gesto afirmativo del joven Lorenzo prosiguió explayándose muy jovial

_ Con dicha expedición a Sierra Chica nuestro ejército pretende hacer frente a Catriel y Calfulcurá. ¿Usted que opina?

_ Pienso que esa expedición será un total fracaso. A los oficiales les falta experiencia y esos caciques son muy taimados _ expresó sin apartar los ojos de Lourdes.

Mercedes observaba a Lorenzo y a Rafael, dos hombres signados por un destino cruel y violento.

Los años no parecían pasar para Lorenzo, soltero empedernido; apenas unas cuantas canas en las patillas y las sienes, siempre optimista y animoso. Sólo ella, su hermana, conocía su profundo dolor. La vejación sexual y las cicatrices que surcaban como ríos tortuosos su cuerpo, eran testigos mudos del tormento que padeció en manos de los esbirros de La Mazorca en tiempos de Rosas.

Y Rafael, en apariencia pleno y avasallante, escondía el drama de la incertidumbre, el drama de no saber quien era en realidad.

_ Mercedes, ¡Mercedes!, ¿por dónde andas? _ demandó Lorenzo con energía _ Esta hermana mía otra vez en las nubes. ¡Es una soñadora incorregible! _ le confió riendo a Rafael.

_ ¡Tonto! _ se molestó Mercedes apartando sus pensamientos y volviendo a prestar atención a los que la rodeaban _ ¿Qué me decías?

_ Me contaba Bautista que Sarmiento trabaja en el mismo periódico que él.

_ Que coincidencia. Faustino es un buen amigo nuestro _ afirmó con calidez Mercedes.

_ El también esta organizando una expedición, pero de placer, al Delta _ agregó Rafael un tanto más relajado.

_ Sí, lo sabía...¡si hasta se compró una isla! _ exclamó divertida Mercedes.

Lourdes los escuchaba sin entender que se proponían su tío y su abuela con esa charla superflua, ella deseaba ir al fondo de la cuestión y estaba segura que Tina era de la misma opinión. Decidida intervino.

_ Lamento mucho mi confusión de la otra noche.

Rafael pegó un brinco que intentó disimular sin éxito.

_ Imanol ya me ha aclarado la confusión. Me duele que le recuerde tanto a su difunto marido, me duele entristecerla, señora. Por eso he venido, a pedirle perdón.

_ ¿Perdón? _ se extrañó Lourdes ahogando el llanto. Tina, a su lado, le apretó la mano. Ella también estaba desgarrada.

_ No quiero hacerla sufrir _ su voz era tan cálida, era la misma voz que se derramaba sobre ella prometiendo amarla más allá de la eternidad.

_ Todo lo contrario, su presencia me trae recuerdos felices del hombre que amé. Soy yo la que debo pedirle perdón por incomodarlo, sé que usted también carga con las consecuencias de esa batalla atroz _ arremetió Lourdes queriendo sacarle información.

_ Es verdad, durante la batalla sufrí un golpe en la cabeza que me provocó amnesia. Por eso, cuando usted pensó que me conocía, yo...

_ ¿Usted que creyó? _ se animó a preguntar Tina

_ Creí por un instante que el pasado nos unía...pero, no, no fue así. Las

tinieblas se empecinan en habitar mi memoria _ dijo cabizbajo.

_ Hijo, permítame llamarlo de ese modo. Es que se parece tanto a él _ Tina ya no luchaba por contener las lágrimas.

_ Por supuesto señora _ Rafael le sonrió con ternura y Tina frenó el impulso de abrazarlo.

_ Ya verá como un día sorpresivamente los recuerdos comenzarán a aflorar. Tengamos fe _ Tina se propuso en ese momento rezar todas las noches veinte rosarios a la Virgen de Luján para recuperar a su hijo.

_ Señora Lourdes, perdone mi atrevimiento, pero me gustaría saber el nombre de su esposo. La noche de la fiesta con el impacto del encuentro, no entendí como me llamaba _ titubeó.

Lorenzo y Mercedes se removieron nerviosos en sus asientos.

_ Rafael _ dijo escuetamente.

_ Como el arcángel _ reflexionó ante la sorpresa de todos.

Rafael se sentía raro, "¿qué me sucede?", pensó aturdido. "Será mejor que me vaya".

_ Ya los he molestado suficiente, me retiro _ pero en el momento que comenzaba a despedirse de sus anfitriones, la puerta se abrió de repente y dos niños entraron corriendo.

_ ¡Mamita, mamita!, Miguelito me quiere pegar _ chilló Alba refugiándose en el regazo de Lourdes.

_ ¡Mamá, esta gansa me perdió los lápices de colores! _ protestó escudándose en Tina.

_ ¡Niños!, ¡niños!, un poco de paz. Señor Roldán disculpe el alboroto _ Lourdes abrazó y besó a la pequeña bochinchera.

_ ¿Son sus hijos? _ Rafael se acercó a Miguelito y lo saludó dándole la mano _ Todo un caballero.

_ Un caballero pendenciero y una damita revoltosa _ acotó Mercedes.

_ ¿Quién es el señor mamita? _ preguntó intrigada Alba mientras hurgaba con un dedo en su nariz.

_ El señor Roldán es un amigo del tío Lorenzo _ los niños no reconocieron a su padre. Eran aún muy pequeños cuando sucedió la supuesta muerte de Rafael. Además la tupida barba castaña escondía sus rasgos.

_ Bautista, ¿almuerza con nosotros? Tomasa, nuestra cocinera, hizo un guiso de conejo exquisito _ lo animó Mercedes. Lourdes y Tina sonrieron complacidas con la propuesta.

_ Lamento declinar la invitación. La señorita Amelia, la prima de Joaquín, me espera _ esquivó la invitación.

"¿Amelia? Ah, sí, la hermosa morena que lo acompañaba en la fiesta.

¿Existirá algo entre ellos?" temió Lourdes y la desolación se adueñó de su alma.

Rafael regresó de la casa de Lourdes apesadumbrado y pensativo. Ver a esa mujer, estar tan cerca de ella lo perturbó. "Su fragancia despierta mis sentidos, ¿por qué?", se preguntó una y otra vez mientras caminaba a paso lento por las bulliciosas calles porteñas.

Amelia lo esperaba ansiosa. Cuando lo vio atravesar la puerta del comedor no pudo frenar el impulso de abrazarlo. Él, sorprendido, correspondió a la

muestra de afecto de la joven.

Amelia sintió que su sangre bullía por el contacto de esas manos viriles que rozaban la piel de su espalda. Ardió de deseo.

"Serás mío", se prometió. "Anhelo yacer bajo tu cuerpo, sueño con ese momento".

— ¡Cuánto has tardado! — le recriminó con una sonrisa que ocultaba su preocupación y enojo.

— Debía hacerlo, debía enfrentar a la tal Lourdes Cané, saber si despertaba en mí algún recuerdo...

— Pero si Imanol te dijo que todo había sido un error — lo interrumpió con brusquedad.

— ¡Amelia!, ya lo sé, pero igualmente debía...quería conversar con ella — la contradijo con fastidio.

— ¿Y?, ¿qué ha sucedido? — Amelia era un manojo de nervios.

— Nada, absolutamente nada — no quiso confesarle su inquietud, quizá todo era producto de su imaginación.

— ¿Has visto? — respiró aliviada — Hazle caso a Imanol y olvídate de esa mujer — le sugirió en tono meloso.

Lo tomó del brazo y juntos se sentaron a la mesa ya servida. Candelaria los esperaba con un cucharón de cobre en la mano.

— Señor Bautista le prepararé este guiso de lentejas especialmente pa' usted. Dice el Joaquín que las lentejas tienen mucho fierro, capaz de levantar a los muertos. Y créame, usted parece uno — la negra le sirvió un plato de loza hasta el borde; trozos de cerdo sobresalían entre las lentejas, las papas y las zanahorias.

— ¡Candelaria!, esa no es forma de dirigirte a tu patrón. No te tomes atribuciones que no te corresponden — la reprendió de mala manera.

— Amelia, por favor, ella sólo se preocupa por mí. Gracias Cande, está muy rico — dijo probando la succulenta comida. Candelaria se retiró ofendida con la petulante dama que siempre la corregía. "¿Cuándo se volverá pa' sus tierras esta arpía?", rumió entre dientes.

Luego del almuerzo, Rafael se retiró a su dormitorio. Ese día tenía libre en la redacción y lo aprovecharía durmiendo ya que la noche anterior se había desvelado pensando en Lourdes.

— ¿Me llevarás a dar un paseo por la Alameda esta tarde? — le rogó Amelia entornando las pestañas.

— Por supuesto, esta tarde soy todo tuyo — le prometió besando su mano y la joven voló al cielo.

Amelia leía una novela de Charles Dickens, David Copperfield, cuando Imanol llegó alterado de la calle.

— ¡Hombre!, ¡qué cara tienes!, ¿qué ha pasado? — se sobresaltó al notar a su hermano desencajado. Una mano revoleaba un sobre lacrado.

— El cartero me ha entregado una carta de nuestro padre. ¿Qué diantres querrá ahora? — se quejó malhumorado. Su padre representaba para él un tumor imposible de extirpar.

— ¡Abrela, así lo sabremos! — lo alentó Amelia, también en ascuas.

Imanol tomó asiento en la "chaise longue" de brocato azul, frente a su

hermana. Tiró con rabia el cigarro que fumaba en la chimenea que tenía a su espalda. De una mesita de palo de rosa tomó una copa de cristal que llenó con un jerez que trajeron de España como regalo para su primo Joaquín. La notable fragancia a nuez y a caramelo lo transportó a otro tiempo, no muy lejano, a un tiempo en el que fue feliz. El amor había obrado el milagro: no más rebeldía, no más indagar en los misterios del cuerpo humano. Por primera vez se sentía completo, bienaventurado...Hasta que su padre, enterado de la relación amorosa, desbarató todas sus ilusiones.

Con recelo rompió el sello y comenzó a leer en voz alta.

"Hijo, pecando de reiterativo no me apena recordarte que tu comportamiento en esas tierras lejanas no deshonre mi honorabilidad. Confío en ti Amelia, tú eres mis ojos, no lo olvides.

Imanol, tu último informe sobre la importación de cueros y grasa que finiquitaste con los señores ganaderos de la región me han satisfecho sobremanera, ¡felicitaciones!.

Sin embargo, aún arden por aquí las consecuencias de tu infame comportamiento, por lo tanto deberás permanecer en Buenos Aires un tiempo más.

Aprovecha tu estancia para ponerte en contacto con los principales terratenientes, deseo invertir en la compra de tierras. Busca un trato ventajoso para nuestra familia.

Me despido esperando buenas nuevas con respecto a los negocios que te he encomendado.

Y te repito, cuida tu reputación, el apellido Pacheco del Prado está en juego, no lo ensucies.

Amelia, cariño, vigila a tu hermano. Sé su sombra, tú sabes de lo que es capaz.

Arturo Pacheco del Prado, Duque de Nájera".

Con displicencia arrojó la carta sobre el regazo de Amelia.

— ¡Odio a ese viejo del demonio! — estalló, una vena le latía díscola en la sien.

— Relájate, padre está preocupado y con razón — expresó con severidad al tiempo que releía la misiva.

— ¡Sandeces! Soy un ángel.

— Un ángel maligno — sentenció sonriendo con malicia.

— Nadie me entiende, no son capaces de hacerlo. Yo estoy más allá del bien y del mal. Todo lo que hice no fue por placer sexual, en realidad, me producía paz mental — habló destilando superioridad, se acercó a una pitillera de plata, sacó un cigarro, lo golpeó contra la superficie ondulada y luego lo encendió.

— Paz mental para ti, para nosotros fue la hecatombe — se horrorizó Amelia.

— ¡Vamos querida!, no fue tan oscuro y obscuro como ustedes intentan hacerlo parecer. Te aseguro que me divertí bastante.

— ¡Estás completamente loco! Te advierto Imanol, compórtate o si no...

— O si no, ¿qué hermanita? — con la rapidez de una víbora cascabel la tomó del cuello apretándole la garaganta con saña. — ¿Se lo contarás a

papito? _ una carcajada siniestra reverberó en la sala.

_ No, claro que no. ¡Suéltame! _ le exigió sin amedrentarse _ Sólo te pido que lo que tengas que hacer, lo ejecutes con suma discreción.

_ No hace falta que me lo digas, sé como moverme en lo prohibido _ con movimientos elegantes se sirvió otra copa de jerez y le ofreció otra a su hermana _ Brindemos, que nuestros deseos más profundos se cumplan. Los hermanos chocaron sus copas, cómplices en un plan maquiavélico que pondría en jaque a muchos.

Por la tarde, el tibio sol de otoño, fue testigo de un encuentro inesperado en la Alameda.

Amelia y Rafael caminaban del brazo entretenidos en una conversación trivial cuando de repente una niña los atropelló.

_ Pequeña, ¿qué haces? ¡Deja de llorar! _ gritó disgustada por la interrupción Amelia.

_ ¿Alba?, ¿qué te ocurre? _ Rafael reconoció a la hija de Lourdes que a pesar de llorar desconsoladamente sentada en la tierra, continuaba chupando su pirulín.

_ Miguelito me quiere robar mi pirulín. ¡Es mío!, me lo compró el tío Lorenzo _ con inocencia se limpió la nariz en la falda de organza de Amelia.

_ ¡Niña asquerosa! _ y con fuerza la apartó de su vestido.

_ ¡Alba!, ¡Alba! _ Lourdes apareció ante ellos con las mejillas arreboladas por la carrera persiguiendo a su hija. Detrás de ella, Miguelito riéndose de su hermanita, en la mano sostenía la sombrilla de su madre.

_ ¡Tú, otra vez! _ se fastidió Amelia.

_ Perdón, no es mi intención molestar _ contestó irritada, ver a Rafael con la morena le hervía la sangre _ Alba, ¿cuántas veces te dije que no tienes que apartarte de mí? ¡Que desastre!, tu vestido nuevo manchado de barro y caramelo _ levantó a la niña del suelo y le limpió la carita con su mantilla. En ese instante se le ocurrió una idea _ Señor Bautista, aprovecho esta oportunidad para invitarlo al teatro de "La Victoria" el próximo sábado. Es el debut de la ópera "Rigoletto" del maestro Verdi. Será un gran acontecimiento _ Lourdes no podía creer su desparpajo, "estoy dispuesta a todo por recuperarlo".

_ Muchas gracias por la invitación, Lourdes, con mucho gusto asistiré _ sin comprender por qué, Rafael amó pronunciar el nombre de la mujer

_ Asistiremos _ retrucó Amelia decidida a dar batalla.

Capítulo 7

"Alguna vez, de un costado de la luna
verás caer los besos que brillan en mí.
Más allá del olvido".

Alejandra Pizarnik

La noche anterior a la Opera, Joaquín llegó a tiempo para la cena. Entró en la cocina silbando un valsecito criollo asombrando a una Candelaria que cortaba carne y hortalizas con rapidez y precisión.

_ Muchacho, cómo se nota que está enamorado _ rió con ganas sin apartar la mirada de su tarea.

_ Así es, mi negra linda. Clarita es el sol que iluminó mi tristeza _ Joaquín, desde la muerte de sus padres en alta mar, vivía acosado por la sombra de la melancolía y la nostalgia. Sólo Candelaria con su inmenso amor pudo contener al pequeño signado por la desgracia.

_ ¿Y qué hay de mí? ¿Sólo sirvo para cocinar y limpiar? ¡Yo también lo hago reír, carancho! _ exclamó herida.

_ Mirá que sos celosa _ la abrazó por detrás y le dio un sonoro beso en la mejilla regordeta.

_ ¡Salga, salga! A mí no me engaña, me adula para que le prepare la ambrosía que tanto le gusta. Vamo a ver si la señorita Clara sabe hacerla tan rica como yo.

_ La ambrosía de mi Candelaria es única _ rió mientras la obligaba a bailar un vals con él.

_ ¿Qué es este desbarajuste? _ se escandalizó Amelia que en ese instante entraba en la cocina buscando una manzana.

_ Estamos festejando que soy feliz, muy feliz, primita _ contestó Joaquín sin dejar de hacer girar a Candelaria que gozaba sin importarle la cara avinagrada de Amelia.

_ Te espero en el comedor y tú, Candelaria, apresura la comida, estoy famélica _ ladró ofuscada.

Cuando desapareció, Joaquín y Candelaria continuaron alegres con su baile sin hacer caso al desplante de Amelia.

Imanol y Rafael estaban sentados a la mesa esperando a Joaquín. Amelia ocupó su lugar junto a Rafael. Distraídamente rozó su pierna con la del hombre, él al darse cuenta, lo disfrutó. Le gustaba la forma desprejuiciada y desenvuelta de Amelia. Las pacatas lo aburrían tremendamente. Por eso mismo, se sorprendió gratamente cuando Lourdes lo invitó a la Opera. Las mujeres nunca tomaban la iniciativa.

_ ¡Joaquín!, ¡hombre!, ven, prueba este vino tinto. Es excelente, me ha dicho Bautista que lo han traído desde Mendoza _ Imanol saboreaba encantado un vino de gran reserva.

Todos llenaron sus copas de fino cristal con el vino rojo de mucho cuerpo.

_ Con razón se dice que el vino es la bebida de los dioses. ¡Humm!,

carnoso...Amelia siente esa intensa sensación física al pasarlo por la boca...¡Humm! _ Imanol alabó gratamente sorprendido las propiedades del vino, los demás sonreían.

_ Imanol, me han comentado que el vino beneficia la salud, ¿es eso cierto? _ preguntó Rafael interesado.

_ Claro que sí, el consumo moderado del vino ayuda a contrarrestar diversas enfermedades, como por ejemplo, las coronarias. Esto me lo ha enseñado un médico moro que conocí en Andalucía. _ dijo circunspecto. El aroma del locro los distrajo del tema. Candelaria les sirvió con elegancia y orgullo, provocando desconcierto en Amelia.

_ Bautista, ¿irás a la Opera? Clarita me contó que Lourdes te invitó _ preguntó Joaquín entre bocado y bocado.

"Esa puta descarada lo persigue como una gata en celo. ¡Cuánto la odio!"

_ Sí _ respondió de manera sucinta.

Joaquín levantó una ceja expresando extrañeza. "Bautista esconde algo...¿habrá comenzado a recordarla?", ese pensamiento le produjo alegría por su amigo.

_ Así que la bella señora Cané asistirá a la función de Rigoletto...

_ ¿Acaso te interesa? _ Amelia interrumpió a su hermano esperanzada.

"¡Ojalá le interese esa mujer!", deseó.

_ Tiene dos hijos, ¿verdad? _ continuó Imanol sin prestar atención a su hermana. Amelia al escucharlo, tembló.

_ Un niño y una niña _ Bautista sonrió al recordar a Alba limpiándose la nariz en la falda de Amelia y a Miguelito tirando de las trenzas doradas de la pequeña.

_ Imanol, mañana por la noche será una buena oportunidad para que encares a Lorenzo Escalante. Pueden tratar el tema de los cueros y, además, puedes pedirle que te asesore en el tema de los campos que tu padre quiere comprar _ le aconsejó Joaquín mientras pasaba un trozo de pan por su plato. Amelia lo observaba escandalizada, "¡Que modales tiene, por Dios!", pensó.

_ Brindo por esa idea, primo _ levantó la copa de vino y la vació de un solo trago _ Delicioso _ elogió. "Dos niños, ¡que maravillosas sorpresas me depara la vida!", concluyó para sí Imanol.

El canto del gallo la despertó. Abridada con su poncho rojo, regalo de un abuelo que nunca conoció, caminó con paso rápido hacia el tercer patio.

Allí la esperaba, como todas las mañanas, un amigo entrañable.

Entró en el establo tiritando. "Este otoño se presagia muy frío", pensó mientras se agachaba para recoger un puñado de alfalfa, el bocado predilecto de él.

_ Buenos días dormilón.

Un relincho de bienvenida le robó una sonrisa. Moro, el caballo de su Rafael, le arrebató el alimento de la mano.

Con cariño, Lourdes le acarició la testuz, suave como el terciopelo. El caballo apareció una noche en la antigua casa de Rafael, la que compartía con su padrino y su abuela, los dos ya fallecidos. Fueron los nuevos propietarios del lugar, conocedores de la trágica historia, los que se lo

trajeron provocando una inesperada alegría en ella y los niños.

_ Lo extrañas tanto como yo, ¿verdad amigo? _ y como todas las mañanas, lágrimas caprichosas rodaron por sus mejillas.

_ No llores, por favor _ la vocecita la sobresaltó. Giró con brusquedad y se topó con la mirada triste de su hijo.

_ Me asustaste Miguelito, ¿por qué me seguiste?, ¡hace mucho frío! _ inmediatamente se despojó del poncho de vicuña para abrigar al pequeño.

_ ¡Mamá!, la lana del poncho me hace cosquillas en la nariz _ protestó.

Lourdes lo abrazó y besó la cabecita de rizos oscuros. Ambos rieron divertidos. Moro, sin hacer caso de la escena de amor maternal, continuó devorando su desayuno.

_ Así me gusta verte mamita, contenta y sin lágrimas. No estés triste por papá, él desde el cielo nos cuida _ Lourdes se sintió fatal por ocultar a sus hijos la verdad. "Es preferible que aún no sepan que está vivo, ellos no comprenderían la amnesia de su padre", trató de consolarse. Los niños no lo habían reconocido cuando se presentó como Bautista, debía aprovechar la situación en favor de la recuperación de su marido.

_ Te prometo que esta noche no me voy a enojar cuando vayas al teatro _ dijo con seriedad.

Lourdes se impresionó por la madurez de ese muchachito de seis años, tan parecido a Rafael.

Volvió a abrazarlo, esta vez con más fuerza.

_ ¡Me ahogas mamá! _ chilló fingiendo toser para divertir a su madre _ ¡Te quiero mamita!

Moro relinchó, protestando por marginarlo de la conversación.

Madre e hijo estallaron en carcajadas. Miguelito tomó un cepillo y comenzó a pasarlo rítmicamente por el lomo del animal, que complacido, disfrutó de los masajes.

La mañana y la tarde pasaron en un suspiro. La noche la sorprendió ansiosa por encontrarse nuevamente con su amor. "Me acercaré a él y entablaré conversación. ¿De qué le hablaré? ¡Ay, no sé! Bueno no importa, ya veré...Espero que esa tal Amelia no aparezca, siempre pegada a él como un parásito", bufó malhumorada. "¿Dónde se habrá metido Lola?, ¡cada vez que la necesito, desaparece! Odio el corset y odio ponérmelo".

_ ¡Lola, Lola! _ gritó exasperada.

_ ¿La ayudo amita? _ preguntó asomando la cabeza por la puerta.

_ Pasá, pasá, y dejá de llamarme "amita", ¡cuántas veces te lo tengo que repetir, maldita sea! _ se encabritó descargando en la negra su furia.

_ Ta ' güeno, no se me enoje. Deje que yo le ajusto el corsé. ¡Ya está! Y aura, el vestido _ lo sacó del ropero, era de muselina verde agua con mangas en forma de campana; una faja bordo marcaba su estrecha cintura, y un profundo escote volvía su apariencia sensual y provocativa. Completó su vestimenta con una mantilla de encaje bordo, un pequeño bolso de terciopelo también bordo y el infaltable abanico. Llevaba el cabello recogido en un rodete adornado con pequeñas flores de azahar. Unos aros de esmeralda resaltaban el color de sus ojos dándole un toque

de misterio.

_ Quedó muy linda, pué!. No se mire tanto en el espejo y apúrese que en la sala la esperan doña Mercedes y don Lorenzo emperifollados _ la vapuleó Lola.

_ ¡Impertinente! _ lo dijo con una sonrisa suavizando todo encono. Lourdes encontró a su abuela y a su tío enfrascados en un caluroso diálogo.

_ ¿Y cuándo fue el grato acontecimiento? _ Mercedes estaba radiante por la novedad.

_ Mujer, no entiendo porque estás tan emocionada por el nacimiento de tu peor enemigo _ Lorenzo se mostró perplejo.

_ Es que Juan Manuel de Rosas, ese viejo maldito, dejó de ser el dueño absoluto de la pobre Manuelita. Bastante sufrió la pobre cuando lo enfrentó por primera y única vez para defender su amor por Terrero...

_ Rosas se opuso con fiereza al matrimonio, icuánto rabió el maldito! _ exclamó con satisfacción.

_ Sí, pero de nada le sirvió, Manuela se salió con la suya y me alegro por ella...¡y ahora es madre!, brindo por eso _ con elegancia levantó la copa de cristal que contenía un exquisito licor de naranja, su debilidad.

_ ¿Por qué brindan? _ preguntó Lourdes al entrar en el comedor soberbiamente engalanada.

_ Por Máximo, el primer nieto de Rosas, y que el diablo tenga al Dictador bien sujeto allá en Inglaterra _ se rió Lorenzo levantando él también su copa.

_ Me alegro por Manuelita, siempre sometida por ese padre déspota _ suspiró Lourdes.

_ Bueno, bueno, no perdamos más tiempo o llegaremos al teatro ya empezada la función _ les reclamó Lorenzo empujándolas hacia la puerta. El carruaje los esperaba.

_ Tranquilo hermanito que no somos ganado de tu pastizal _ lo reprendió Mercedes.

La ocurrencia de su abuela la distendió y con esperanzas renovadas subió al coche de su tío tirado por dos portentosos zainos.

Ya en el teatro, se ubicaron en uno de los palcos cercanos al escenario luego de saludar a algunas de sus amistades.

El bullicio que precedió a la subida del telón, enloqueció a Lourdes. Todos conversaban, criticaban, reían. Las mujeres, con sus mejores galas y las joyas más deslumbrantes; los hombres, apuestos con sus trajes oscuros, cortejaban con descaro a tímidas señoritas que ruborizadas se ocultaban tras sus abanicos de nácar. Lourdes odiaba ese circo, sin embargo, sus ojos como espadas atravesaban el lugar buscando a Rafael. "¿Habrás venido? No lo veo. No, no vino", temió.

_ ¡Qué cara hija!, una sonrisa no estaría mal..._ la animó Lorenzo.

_ Lo intentaré, pero estos espectáculos no me agradan.

_ ¿Cómo es eso? ¿Acaso ya no te gusta la ópera? Dicen que la voz del tenor que interpreta al jorobado es espléndida.

_ No me refiero a "Rigoletto", me refiero a este otro espectáculo _ y con un movimiento del brazo abarcó toda la sala _ tanta hipocresí... _ la frase

quedó inconclusa, congelada en sus labios al descubrirlo sentado en una de las primeras butacas.

Rafael tenía la mirada fija en ella. La saludó con un leve movimiento de cabeza. Ella hizo lo mismo e inmediatamente ocultó su rostro detrás de su abanico imitando a las ridículas damiselas que momento antes se ufanaba en criticar.

_ Lourdes, Rafael está aquí.

_ Sí abuela, y esa arpía está con él _ esa víbora le hablaba al oído a Rafael y él asentía perdido en los ojos oscuros de ella. "¿Me dejaste de amar Rafa?", pensó herida.

_ También está el doctor Imanol Pacheco del Prado _ agregó Mercedes. Como adivinando que lo observaban, Imanol levantó la vista y las saludó con cortesía.

_ ¿A quién saludas Imanol? _ Amelia volteó la mirada y la cólera la invadió _ ¿Qué quiere esa zorra?

_ ¡Amelia! _ Rafael no daba crédito a la reacción de la mujer.

_ Perdona, pero me enerva que te persiga. Mi hermano ya le ha dejado bien claro que tú no tienes ninguna relación con ella _ protestó Amelia pasando una mano enguantada por la solapa de su saco.

_ Ella me invitó y me pareció caballeroso de mi parte asistir. No tengo por qué negarle mi amistad _ le aclaró con suavidad pero rotundo en su decisión.

_ Es muy bella, en el entre acto iré al palco a saludarla _ los sorprendió Imanol.

_ ¿Te gusta la viudita? _ Amelia aguijoneó a su hermano. "Buena idea hermano, sácala del medio".

Rafael esperó la respuesta con cierto disgusto.

_ Me atrae sobremanera. Quizás tenga alguna posibilidad de franquear su corazón. ¿A ti que te parece Bautista? _ dijo simulando interés.

_ No me parece, ella aún llora a su marido _ respondió de mala manera.

_ Ya es tiempo de que lo olvide y yo me encargaré de ello _ resolvió Imanol inquietando a Rafael y alegrando la noche a Amelia.

Las luces se apagaron lentamente alertando al público sobre el inicio del segundo acto. Las voces se acallaron y todos fijaron la mirada en el escenario, todos salvo Rafael que buscó en la oscuridad el brillo de unos ojos esmeralda que encendían incomprensiblemente su alma.

"Toda la noche la has estado mirando. ¡Maldito! ¿Es que yo no existo para ti? ¿Cuánto más tendré que hacer para ganarme tu amor, tan siquiera tu atención? ¿Qué debo hacer para calmar este fuego que me devora? Sueño con tocarte, tu boca me tienta, tu cuerpo me hace temblar. No permitiré que esa puta se interponga entre nosotros. Si es necesario, la mataré. Amo ver la sangre corriendo entre mis manos, sangre de mis adversarios.

Bautista, tesoro mío, no me abandones en la gélida muerte, regálame una caricia, tan solo una, que haga vibrar mi cuerpo".

Capítulo 8

"Yo abrazo, delicia pura,
tu cara desconocida,
idéntica a mi alma". Marguerite Yourcenar

Lourdes se mantuvo silenciosa durante el trayecto del teatro Victoria hasta su casa. El monótono traqueteo del carruaje exasperó sus nervios. "¡Maldita arpía!, siempre interponiéndose. Y él, tan tranquilo, dejándose llevar de las narices por ella. ¡Te odio Rafa, te odio! Cuando recuperes la memoria, te juro que me las pagarás". Cada tanto asestaba con furia un golpe al delicado bolso de encaje bordó que descansaba sobre su falda. Mercedes la observaba y sufría por ella.

— ¿Pero qué le sucede a Rafael? — se crispó Lorenzo — Si, si, ya sé mujer, está amnésico — le contestó a Mercedes que lo fulminó con la mirada — Es que se comporta como un pelele... ¡esa mujer lo manipula a su antojo! — estalló iracundo.

— ¡Lorenzo, más control, por favor! No te das cuenta que alteras a Lourdes aún más de lo que ya está — lo instó a serenarse por el bien de la muchacha.

Lorenzo masculló improperios en voz baja mientras atusaba con los dedos manchados de nicotina su bigote.

Lourdes, concentrada en sus oscuros pensamientos, apenas lo escuchó. Sólo era consciente de las calles empedradas, de las casas silentes que se sucedían a medida que el coche avanzaba y de los faroles que iluminaban el paso.

Al llegar, se encerró en su dormitorio. Tina la vio pasar a su lado cabizbaja.

— ¿Qué sucedió? — preguntó preocupada a Mercedes que entraba con el cansancio reflejado en sus movimientos. Arrojó los guantes de seda negros, el abanico y la mantilla sobre un sillón y se desplomó en otro.

— ¡Un verdadero desastre, Tina, un espantoso desastre! — se lamentó Lorenzo — Por favor, sírvame algo fuerte que me reanime... una ginebra sería ideal.

— Para mí lo mismo Tina, estoy extenuada — Mercedes secundó a su hermano en la petición, experimentó un sofocón y comenzó a abanicarse con nerviosismo.

Tina les sirvió con prontitud deseosa de conocer las novedades, al parecer, calamitosas novedades.

— ¡Cuenten, cuenten!, estoy en ascuas — Tina se acomodó en una poltrona de terciopelo verde muy cerca de ellos.

— ¡Resulta que el imbécil de tu hijo en ningún momento trató de trabar conversación con Lourdes! — ladró Lorenzo, ya entonado con la ginebra.

— ¡Lorenzo!, por favor. No le hagas caso Tina, ya sabes como reacciona cuando ve sufrir a Lourdes — Tina asintió con los ojos llorosos. A ella

también le dolía ver a las dos personas que amaba pasar por tan aflictivo trance.

_ En el entreacto _ comenzó Mercedes con calma _ Rafael, Imanol y su hermana Amelia, creo que así se llama, aparecieron en nuestro palco. El rostro de Lourdes brilló al toparse con el de Rafa, pero él no apartó su mirada de esa mujer...de Amelia. El doctor Imanol no cesaba de hablar, me puso la cabeza como un gallinero atiborrado de gallinas cluecas...

_ Comparación muy acertada hermanita, brindo por tu ingenio _ la interrumpió Lorenzo sirviéndose otra ginebra.

Mercedes le echó una mirada siniestra y continuó.

_ En medio de su desmesurada cháchara comprendí que quiere emprender negocios con Lorenzo, algo sobre cueros y campos...

_ Sí, me pidió consejo porque es su intención adquirir terrenos en Buenos Aires y su padre, un duque español, está entusiasmado con la cría de ganado vacuno _ intervino Lorenzo sosteniendo en una mano la botella de ginebra por la mitad.

_ ¡Qué interesante! _ dijo con ironía Mercedes _ Lo cierto es que mientras el doctor Imanol le daba a la lengua, Rafael se mantenía en silencio. Lourdes, para romper el hielo, le pidió su opinión sobre la puesta en escena de la ópera y sobre la voz de los intérpretes, pero la que contestaba era Amelia.

_ ¡Mala pécora! _ se descargó Tina, harta de esa Amelia.

_ Se fueron minutos antes de subir el telón dejando a Lourdes desolada y furiosa. Rafael sólo le hizo una simple reverencia y desapareció detrás de la bruja. El doctor Imanol tampoco me gusta...

_ Coincido con vos Mercedes _ Lorenzo fumaba un cigarro cubano _ Ese doctor Imanol es mala faria. Es un hombre intrigante y no me agrada como mira a Lourdes, veo lujuria en sus ojos. Le daré los consejos que me pide y nada más. No quiero tratos con él por muy conde o duque que sea _ grandes y aromáticas volutas de humo sellaron su decisión.

_ La cuestión es que Rafa ni se inmutó ante la presencia de Lourdes _ terminó Mercedes apenada.

_ No lo creo Mercedes, Rafa ama intensamente a Lourdes, ni la amnesia más profunda puede borrar ese sentimiento de su corazón, estoy segura. Mi hijo sigue reconociendo ese amor en Lourdes y la bruja está tratando de impedir el acercamiento _ declaró con seguridad Tina _ Debemos hacer algo.

_ ¿Qué podemos hacer para ayudarlos?, ¿qué? _ Mercedes se paseó por la sala conjeturando soluciones para tremendo entuerto.

Lourdes, daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Las facciones duras de Rafael la torturaban.

"Ni siquiera me miró, sólo tenía ojos para ella. ¿Tan frágil fue tu amor Rafa? No me recuerda, pero el amor que nos unía, ¿también? Me niego a aceptarlo. No me importa que le sea indiferente, iré a la casa de Joaquín y lo enfrentaré...con mucho tacto lo llevaré por senderos que lo conduzcan hacia mí. ¡Lo recuperaré! No permitiré que esa malnacida lo aparte de mí. Mañana mismo iré". Y así, con esa seguridad que nace de un espíritu combativo, cayó en un sueño abismal.

Rafael, sólo en su dormitorio, sentado en un sillón a la luz de una vela, rememoraba el bello rostro de Lourdes.

"¿Por qué tiemblo cuando la veo? Despierta en mí sentimientos que me inquietan. ¿Por qué?, ¿qué me sucede?".

Amelia, antes de acostarse, prefirió pasear por el jardín. La noche estaba fresca, pero ella debía sosegar el ardor de su cuerpo.

"Esa perra poniendo cara de alma en pena. ¡Jamás, jamás, lo tendrá! Haré lo imposible por apartarlo de su lado. Algo se le ocurrirá a Imanol... un viaje...quizá una enfermedad grave. ¡Eso es! Fingiré estar enferma y le pediré que me acompañe a España". La inesperada idea la regocijó, se arrebujo en su mantón bordado con hilos de seda y le sonrió a la luna que la observaba impávida.

Imanol, por su parte, dormía plácidamente. Su sueño era aberrante, pero él lo disfrutaba. Una sórdida sonrisa cruzaba su apuesto rostro.

"Las calles solitarias y oscuras beneficiaban al hombre envuelto en su capa negra. Como un depredador hambriento, rastreaba a su presa. Al doblar una esquina la encontró temblando arrinconada en el umbral de una casa abandonada. ¡Miedo!, exquisita fragancia, pensó mientras caminaba hacia ella. El niño, uno de los tantos negros que trataban de sobrevivir a fuerza de limosna y conmiseración, lo miró aterrado. Él lo gozó. Se acercó con la lentitud de una araña en busca de su trofeo. Lo tomó del brazo y a pesar de la resistencia del niño, lo arrastró hasta su guarida. Y allí...¡comenzó la tétrica fiesta!".

Capítulo 9

"¿Por qué me convertí en un ser viviente
que soporta una sangre que es de lava
y la angustiosa oscuridad excava
sabiendo que su audacia es impotente?". Guadalupe "Pita" Amor

Amparado en las sombras de la noche, fría como una lápida, recorrió las calles porteñas tímidamente iluminadas. El sombrero negro de ala ancha y la pesada capa ocultaban su siniestra fisonomía. Su paso era rápido y decidido.

Al llegar a un callejón ubicado en los suburbios de la ciudad, ralentizó su andar. Se detuvo frente a un portón de madera maciza y pintura desconchada. Buscó con nerviosismo la llave en el bolsillo de su gabán. La habitación lo recibió con un profundo olor a moho y humedad. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, caminó con seguridad hacia el centro de la sala. El piso de madera crujió bajo sus botas de montar. Al encender una lámpara de gas, un escenario maquiavélico cobró vida para su satisfacción.

Sobre una larga mesa de roble descansaba un variopinto instrumental médico: pinzas, bisturís, ganchos separadores, tijeras, punzones, sondas, agujas, hilos para suturar, trépanos cilíndricos, gubias...

Repentinamente fue conciente del llanto queo que flotaba en la estancia perturbando el silencio que él reverenciaba.

Furioso fijo la mirada en uno de los rincones. Allí había una enorme jaula y dentro de ella un niño de unos ocho años, un esclavo.

— ¡Calla, negro inmundo! — vociferó lanzando contra los barrotes de madera una botella de vino. El llanto cesó al instante.

— Tus lágrimas no me conmueven, ya deberías saberlo — continuó clavando en el pequeño una mirada perversa.

Sin interés en el pequeño, que temblaba de miedo y frío, se despojó de la capa, del sombrero y del abrigado gabán. Se arremangó la camisa de delicada seda blanca y aflojó el corbatín. Una vez cómodo, se dispuso a preparar el brebeje: un veneno potente, capaz de matar en minutos.

Mientras machacaba en un mortero una pequeña cantidad de hojas de adelfa, sonrió con sorna. "A pesar de todo tengo buen corazón, mato a mis víctimas antes de diseccionarlas".

— ¡Come! — ordenó, y el niño agradecido, aceptó el trozo de carne asada condimentada con una salsa especial. La devoró con ansias, hacía dos días que no probaba bocado.

El se sentó frente al niño y esperó con paciencia bebiendo un brandy. El espectáculo estaba por comenzar y él, como de costumbre, lo disfrutaría. Al poco rato de terminar su festín, el pobre desgraciado, primero vomitó y luego de convulsionar atrozmente, murió.

Imanol, abrió la puerta de la jaula tirando a un costado el candado

oxidado que la mantenía cerrada. Sorteó el vómito del piso; con un trapo sucio limpió la boca de su víctima y alzándolo en los brazos, tan liviano como una pluma, lo depositó sobre la mesa.

De un clavo aferrado a una pared encalada, tomó un delantal de tela basta. Luego de ponérselo se acercó a la mesa frotándose las manos, entusiasmado con la tarea que le esperaba.

Observó con devoción el rostro desfigurado del niño. Lucía dos enormes moretones, uno en el ojo derecho y otro en el pómulo izquierdo. Sus ojos, entreabiertos, eran un mudo ruego de clemencia...un grito silencioso de terror. Sus dedos crispados, expresaban todo el horror vivido en los días pasados.

Imanol, con una de las tijeras, cortó la andrajosa camisa manchada de vómito y sangre dejando expuesto el famélico abdomen.

Con natural perversión pasó sus manos por la piel del inocente.

Inmediatamente experimentó una erección que lo hizo gemir. No tuvo necesidad de masturbarse, la extrema excitación le provocó un potente orgasmo. Se vació sobre el cadáver aullando de placer.

Una vez recuperado, limpió con delicadeza inusitada el semen derramado sobre el cuerpo. A medida que lo hacía, recordó la forma rápida y fácil con que atrapó al negrito.

Lo encontró en una de sus frecuentes recorridas nocturnas. Estaba agazapado debajo de una carreta, la del aguatero, temblando de frío.

_ ¡Niño!, ¿qué haces ahí? _ le preguntó olfateando a su víctima.

_ No me lastime señor, por favor _ apenas comprendió su respuesta por el continuo castañeteo de dientes.

_ Nada te haré pequeño, sal, iven! _ lo animó con una sonrisa embaucadora.

_ ¡No!, Su Señoría me entregará a mi amo y él me molerá a a palos.

La esclavitud encubierta seguía vigente en Buenos Aires a pesar de ser totalmente abolida por la Constitución Nacional de 1853.

_ No temas, ven conmigo. Sé de un lugar en donde estarás a salvo. Confía en mí.

Como el niño no atinaba a ceder a su protección lo tentó con un succulento plato de mazamorra y canela.

_ En ese lugar comerás cuanto quieras _ prometió saboreando su victoria al ver al negrito saliendo de su escondite.

_ Vamos, pue' _ dijo agradecido clavando sus grandes ojos negros en el extraño que le tendía la mano.

Imanol condujo al niño a su laboratorio. Las calles solitarias eran el marco perfecto para su propósito macabro.

Al llegar lo introdujo de un fuerte empujón y sin preámbulos, lo sodomizó. El pequeño intentó defenderse, pero fue en vano. Imanol estrelló dos veces su puño en el rostro desencajado de la criatura que quedó hecha un guiñapo sobre el piso de madera.

Desde aquel cruel episodio habían pasado dos días y ahora, por fin, cumpliría su segundo objetivo: estudiar los órganos humanos.

Con un bisturí cortó con destreza el cadáver del cuello a la ingle. Con sapiencia ahondó el corte hasta abrir la cavidad abdominal. Extrajo el

baso, el hígado y el estómago, y los pesó en una báscula. Luego los rebanó y colocó las muestras en el microscopio para estudiarlas con mayor detención.

Descubrió una inflamación en las paredes del estómago y una alteración en la mucosa de los intestinos.

"Gastroenteritis", diagnosticó volviendo la vista hacia el piso de la jaula impregnado de diarrea.

"Debo hallar el virus que ocasionó la enfermedad". Puso su empeño, entonces, en los pocos residuos de alimentos que encontró en el estómago...allí estaría la solución al enigma.

Con la ayuda de su libro de cabecera, " El Canon de la medicina", de Avicena, médico persa al que admiraba, investigó hasta el amanecer.

Un golpe seco en la puerta de entrada lo alertó. "Seguramente es Tadeo", se tranquilizó. Antes de hacerlo pasar, se desinfectó las manos con alcohol y ordenó el instrumental. Cambió el delantal, ahora manchado de sangre y otras sustancias orgánicas, por el gabán y la capa. Con el sombrero en la mano abrió la puerta. La incipiente luminosidad del día impactó en sus ojos. Tardó unos segundos en enfocar la anatomía obesa de Tadeo, un negro ladino que conoció en un burdel y al que contrató para deshacerse de los cadáveres.

_ Espera, como siempre, hasta que el sereno anuncie la medianoche y luego de asegurarte que las calles estén vacías lleva al niño hasta el río y lo haces desaparecer. Aquí tienes tu pago _ le dio un talego con cuatro monedas de plata _ Y recuerda que si hablas de más cortaré tu asquerosa lengua y la tiraré a los perros.

_ Por más en pedo que estea, ni una palabra saldrá de mi boca, patrón _ respondió sudando aunque el frío cuarteaba la piel.

_ Mejor para ti _ dijo, y cubriéndose con la capa desapareció como un espectro en la bruma.

Tadeo permaneció rígido observándolo. "San la Muerte me ampare de este demonio", y se santiguó tres veces.

Todos dormían aún cuando atravesó el patio de la casa. Cuando entraba a su dormitorio una voz lo detuvo.

_ ¿Dónde has estado? No es la primera vez que te ausentas durante toda la noche _ le reclamó Amelia indignada.

_ Y a ti que te importa. Sabes muy bien que detesto que me vigiles _ contestó destilando veneno.

_ Nuestro padre así me lo encomendó _ le retrucó envalentonada.

_ ¡Al carajo mi padre y tú con él! _ se abalanzó sobre ella y la tomó del cuello con ímpetu cortándole la respiración._ Yo haré lo que me plazca y nadie me detendrá, ¿has entendido?

_ S-s-sí _ balbuceó roja como la grana.

_ Así me gusta hermanita, que me comprendas y obedezcas _ dijo mientras aflojaba las manos.

_ ¡Estás loco Imanol, completamente loco! _ gritó apartándose de él y masajeándose el cuello.

_ Pero este loco es el que hará que Bautista caiga en tus brazos. La sola mención de Bautista transfiguró el semblante de Amelia.

— ¿Lo harás? — el tono de reproche cambió por uno almibarado.
— Confía en mí — dijo empleando las mismas palabras con que engatusó al pequeño esclavo — Confía en mí.

Capítulo 10

"Mi alma está grabada con tus señales
y no hay viento ni agua que pueda lavarlas
sin dejar mi nombre borroso, desteñado y sin sonrisa". Gioconda Belli

El rostro demacrado y las profundas ojeras, semejantes a dos nubes de tormenta, preocuparon a Amelia.

Eran las cinco de la tarde y Rafael regresaba de la redacción de "El Nacional". Había sido un día complicado. Faustino Sarmiento, el acérrimo opositor de Rosas, que se vio obligado a vivir en el exilio por causas políticas, había regresado al país haciéndose cargo de la dirección del diario plasmando en la editorial su propio pensamiento y estilo.

Rafael saludó distraído a Amelia. En su cabeza aún bullía el eco de las palabras de Sarmiento:

"El poder, la riqueza y la fuerza de una Nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el de aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección". Sarmiento soñaba con una unidad nacional que en ese momento parecía una utopía.

— ¡Bautista!, querido, ¡qué cara traes! ¿Malas noticias, quizás? — arriesgó temerosa de la respuesta...¿y si había recuperado la memoria?

Él, fatigado, colgó el sombrero de fieltro negro y su chaqueta en el perchero de bronce.

— ¿Malas noticias? No, sólo que fue una jornada muy ajetreada. — se guardó de confesar que hacía noches que no descansaba, la imagen de Lourdes perturbaba su sueño.

— Así que finalmente Sarmiento asumió como director del periódico, bien, muy bien — Joaquín, que en ese momento entraba en la sala, aplaudió la noticia.

— ¡Amigo, que suerte la tuya!, de licencia en medio del caos — se lamentó Rafael mientras se desplomaba en uno de los sillones y Amelia le servía con diligencia un té aromático.

— Licencia por casamiento — le aclaró con entusiasmo — En dos días me caso con la damita más linda de Buenos Aires. Pero, ¿es para tanto tu preocupación? Sarmiento es una gran persona y el periódico saldrá ganando con su ímpetu patriótico — Joaquín lo respetaba y admiraba.

— No lo dudo, Joaquín. Pero no todos piensan como tú. Algunos empleados ya han renunciado sin antes enfrentarse con violencia al nuevo director; varios de ellos, amigos nuestros — el té mágicamente lo relajó y con la mirada le pidió a Amelia que le sirviera otro.

— ¿Y Sarmiento cómo reaccionó? — quiso saber Joaquín sentado a su lado y fumando un cigarro.

— Con total tranquilidad. "Todos tenemos derecho a la libre expresión", dijo con una sonrisa y se encerró en su despacho.

— ¡No te lo dije! Es una gran persona — repitió con orgullo.

— ¿Quién es una gran persona? — Imanol se unía a la reunión luego de una siesta reparadora, últimamente se acostaba al amanecer.

— Faustino Sarmiento, el nuevo director de "El Nacional" — intervino Amelia deseosa de participar en la conversación.

— Si, escuché hablar de él. Me cae bien ese hombre, esta a favor de la inmigración, ¿no? — el pensamiento de Sarmiento fomentaba los intereses de su familia, decidida a arraigarse en esas tierras alejadas de Dios. Si eso sucedía, él volvería a España y a su estilo de vida, lejos de la vigilancia paterna.

— Estás bien informado hermanito — Amelia le sonrió con suspicacia.

— Velo por los deseos de nuestro padre, querida. Recuerda que uno de sus propósitos es comprar campos en esta región y sólo Dios sabe por qué, asentarse aquí — le retrucó con mordacidad.

— Será porque es una nación de tierra virgen que permite a la sociedad dilatarse hasta el infinito sin temor a la miseria; será por sus riquezas naturales: el hierro, el carbón de piedra y los bosques que proveen de materiales a la arquitectura naval. — saltó exaltado Rafael, ofendido por el tono despreciativo que imprimió a sus palabras Imanol.

— ¡Caramba! ¡No te enojas, hombre! — dijo palméandole la espalda afectuosamente. Rafael, con un gesto de fastidio se alejó de Imanol. Este, contrariado por la actitud del joven, se disculpó — Perdona si te he ofendido, no fue mi intención, sólo que no comprendo a mi padre. En España tiene todo para ser feliz, posesiones, afectos, dinero; ¿por qué comenzar nuevamente en un país extraño?, ¡y a su edad! — manifestó contrito.

— Nuestro padre es amante de los nuevos desafíos, encuentra placer en ellos...

— Es verdad, más placer que en las mujeres — la interrumpió con ironía.

— ¡Imanol, compórtate! — se escandalizó Amelia.

— El Duque es vigoroso, apenas pasa los sesenta, ¿verdad? Además no es comenzar de cero, llega con una fortuna y con dinero todo se logra — declaró pragmático Joaquín.

Imanol lo miró con sorna. Seguramente la intención secreta del viejo era establecerse por un tiempo y luego de realizar jugosos negocios con los estancieros y acuerdos beneficiosos para su arca con los políticos, regresar a la Madre Patria. Pero antes contrataría un esbirro para que asesinara a su hijo. "Fruto del Infierno, así solías llamarme de pequeño padre y luego, ya mayor, Belcebú. Nunca comprendiste mi genio, ni te interesó hacerlo. Nunca aceptaste mis inclinaciones. Amoral, me insultabas. Amoral eres tú, ifilicida!. Perpetrar mi asesinato enviándome lejos, apañando tu satánico fin nombrándome tu mensajero y asesor ante los ojos de los demás. Ni Amelia se imagina lo que te propones. Pero yo lo sé todo, nada escapa a mi perspicacia".

— ¡Imanol! ¡Imanol! — la urgencia en la voz de Joaquín lo sacó de su ensimismamiento — ¿Estás de acuerdo conmigo en que tu padre tiene derecho a anhelar nuevos horizontes?.

— Si, si, por supuesto — contestó en forma adusta, tomó su sombrero y su

bastón, y salió a la calle sin despedirse.

Luego de la cena, Rafael se excusó y se retiró a su habitación a pesar de los ruegos de Amelia para compartir una copa de oporto. El intenso aroma frutal lo tentó, pero resistió manteniendo su negativa. Deseaba estar solo para pensar, pensar en Lourdes. Esa mujer lo obsesionaba. Antes de acostarse corrió las cortinas permitiendo que la luna se asomara en su habitación.

Con pantalones y la camisa desabrochada se tiró sobre la cama, las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Permaneció con la mirada fija en el cielo estrellado.

Cerró los ojos y entonces la vio. Bella, serena, montaba con sernsualidad un caballo moro, de pelaje gris azulado. Tenía la pollera subida hasta las rodillas, lo que permitía apreciar la desnudez de sus pienes torneadas. Se detuvo en los pechos, turgentes, maduros... deseó mamar de ellos como si fuera un crío. La idea lo sobresaltó, pero tuvo que aceptar que lo excitaba, que lo disfrutaba.

"¿Quién eres, quién? ¿Por qué no puedo sacarte de mis pensamientos?", meditó hipnotizado por unos enormes ojos verdes y recordó un verso que alguna vez leyó:

"Tu luz entra en mi alma como el sol a un vergel".

Y al pronunciar "sol", la piel se le erizó...¿por qué?

Buenos Aires, 1856

"Mi sol, así solía llamarme. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Era la época de los abrazos y los besos, de un amor profundo capaz de enfrentar al más abominable enemigo. Mi sol, solía susurrarme con dulzura al oído y mi mundo se convertía en un caleidoscopio de colores. ¡Cuánto daría por volver a escuchar de su boca...Mi sol, te amo".

Lourdes sentada bajo la sombra del añejo naranjo, testigo de numerosos acontecimientos familiares, intentaba bordar el cuello de un vestido para Alba. Cada tanto se pinchaba un dedo y maldecía interrumpiendo sus melancólicos pensamientos.

Era una clara y tibia tarde de principios de marzo. Atrás había quedado la Navidad y las festividades de Nuevo Año. Jamás la soledad la había herido tanto. "Tan cerca de él y a la vez tan lejos", suspiró con angustia. Si no hubiera sido por sus hijos hubiera permanecido encerrada en su dormitorio, aislada de todo jolgorio.

Recordó la mañana en que se lo encontró por casualidad en la Alameda. Ella creyó ver cierta chispa de alegría en sus ojos ambarinos y eso la envalentonó para invitarlo a la cena de Nochebuena. El iba a aceptar cuando de pronto apareció Amelia cargada de paquetes.

— ¡Bautista! — las facciones de Amelia se avinagraron al ver a Lourdes — Lourdes, ¿comprando regalos como nosotros? ¿Me ayudas, querido?

Lourdes se sintió morir al escuchar ese "querido" meloso y afectado.

"¿Qué se propone esta arpía? Ella sabe que es mi marido...¡Rafa es mío maldita sea!". La situación empeoró cuando él con diligencia ayudó a Amelia a cargar los regalos.

Lourdes, parada como una estaca frente a la pareja, no supo que decir. Callada y pálida, los observaba atónita.

— Lourdes, ¿puedo llamarte así, verdad? — Amelia sin esperar su consentimiento continuó — Perdona, pero debemos seguir con nuestras compras, aún me queda pendiente el regalo de mi hermano. ¡Uf!, ¡que cansada estoy!, menos mal que pasaremos el verano en la quinta del Retiro — la miró con malicia — ¡No soporto los olores de la ciudad, tan nauseabundos durante la época de estío! ¿Nos vamos querido?

— Amelia, Lourdes me ha invitado a la cena de Nochebuena — le informó.

— ¡Que bonito detalle!, pero lamentablemente no podremos asistir. El director de "El Nacional", el señor Faustino Sarmiento nos honrará con su presencia justamente en Nochebuena. Lo siento, querida — afirmó con aire de superioridad.

— En realidad la invitación era sólo para Bautista — dijo cortante.

— ¡Ay, lo siento!, pensé que mi hermano y yo estábamos incluidos — contrita bajó la mirada y con nervosismo retorció los pliegues de su pollera de muselina floreada. La mascarada le dio resultado porque Bautista, afligido, la consoló pasando el brazo libre sobre sus hombros. Lourdes, al ver la reacción de él, reprimió un estallido de cólera que casi la delata. En ese momento deseó asesinar a Amelia. "¡Bruja!", bramó en su interior.

— Lourdes, con pesar debo declinar la invitación. Como bien dijo Amelia ya nos hemos comprometido con el señor Sarmiento. Otra vez será — Lourdes percibió cierta desilusión en Rafael y eso la consoló.

— Entonces, otra vez será — respondió ella con triste serenidad. El se inclinó, le tomó la mano y la besó.

Era la primera vez, desde su sorpresivo encuentro en el compromiso de su amiga Clarita, que él la tocaba.

Ese beso quedó grabado en su mano y en su alma.

Los vio alejarse tomados del brazo y lloró sin temor a que las chismosas de siempre la vieran.

— ¡Lourdes!, ¡Lourdes!, Clarita está aquí — los gritos de Tina la arrancaron de aquel día gris.

— ¿Clarita? — con rapidez se secó las lágrimas en el ruedo del delantal y corrió a la sala dejando el bordado y los hilos desparramados sobre el piso de laja.

Se abrazaron entre risas.

— Amiga, ¡que felicidad! ¡Estás radiante! ¿Cuándo regresaron? — preguntó ansiosa a Clara Mendez, novel esposa de Joaquín Insúa y recién llegada al país luego de su viaje de bodas por Italia.

— Anoche. Me moría por verte — juntas se sentaron en un mullido sillón de dos cuerpos, deseosas de compartir secretos y confidencias. Clara era su única amiga, la había conocido poco después de la supuesta muerte de Rafael, surgiendo entre ellas una amistad leal e incondicional.

Tina apareció con una fuente de pastelitos de membrillo que depositó sobre una mesita cercana a las muchachas para que pudieran servirse con comodidad.

A Tina la siguió Lola con la pava y el mate.

_ Con cascaritas de naranja. Como a usted le gusta, mi niña _ dijo la negra con una sonrisa franca.

_ Gracias Lola, puedes retirarte, yo cebo _ Tina ya había desaparecido, sospechaba que las jóvenes tenían que ponerse al día y que deseaban hacerlo a solas.

_ No, no, deje niña, yo les cebo _ insistió Lola.

_ ¡No!, quiero que nos dejes solas Lola. Preocupate mejor en cuidar a Alba y Miguelito que se están peleando en la cocina. Desde acá escucho sus gritos. Y, por favor, por un buen rato no nos molesten. Y ahora, ¡desaparece! _ la regañó.

La negrita dio media vuelta y salió disparada como una flecha hacia la cocina.

_ Esta Lola es un encanto _ dijo Clara mientras se deleitaba con un pastelito.

_ Si, pero muy metida _ las amigas rieron, y enseguida Lourdes preguntó con picardía

_ ¿Y qué tal la noche de bodas?

_ Mejor que cualquier cuento de hadas. Vos tenías razón, si hay amor, nada hay que temer. Mi pobre madre me aturulló de consejos que me asustaron y cohibieron. Debo confesarte que si le hubiese hecho caso, hoy estaría llorando por la desilusión. Sin embargo, gracias a todo lo que conversamos el día anterior a mi casamiento pude entregarme a mi Joaquín sin vergüenza y sin miedo. Fue dulce y amoroso, respetando mis tiempos... ¡soy feliz Lourdes, inmensamente feliz! _ exclamó con las mejillas sonrojadas. Comenzó a abanicarse con fuerza.

_ Me alegro Clara, me alegro _ a pesar de sentirse feliz por su amiga comenzó a llorar. No quiso, pero no lo pudo evitar.

_ Querida, ¿qué te sucede? Pero que tonta soy, yo hablándote de mi felicidad y tú sufriendo por ese bellaco desmemoriado _ la salida de Clara logró que Lourdes sonriera.

_ Perdón Clarita, no es mi intención empañar tu felicidad, pero...pero esta incertidumbre me supera. Disimulo delante de los niños, disimulo delante de la abuela, de Tina y del tío Lorenzo...no quiero angustiarlos. Pero ya no aguanto más... _ se cubrió el rostro con las manos y lloró desconsoladamente.

Clarita dejó el mate a un lado y la abrazó, la consoló con ternura.

_ Lourdes, vas a ver como todo se encamina. Bautista, digo, Rafael...o como se llame, recuperará la memoria, te buscará y nadie los separará.

_ Es que esa horrible mujer, Amelia, siempre está interponiéndose. ¡Me lo quiere robar, Clara! ¡Esa arpía me lo quiere robar! Y él...él...está embobado con ella. Ya no me quiere, Clarita, ya no.

_ No digas eso Lourdes. Estoy segura que él sigue amándote. ¡Confía! _ la animó.

_ ¿Hasta cuándo debo esperar? Ya pasó casi un año y ¡nada! _ gimió hipando.

_ No lo sé, querida, no lo sé _ se lamentó deseando tener la respuesta que reconfortara a su amiga.

Capítulo 11

"Llorar a lágrima viva, llorar a chorros...

Lloraralo todo, pero llorarlo bien...

Llorar de amor, de hastío, de alegría..." Oliverio Girondo

Lola le ajustó el corsé según ella le indicó. Deseaba resaltar sus curvas, reduciendo la cintura y marcando el busto y las caderas. Debía impresionar, ese era su objetivo.

— Niña, ¿está segura que va a poder respirar? Está muy aprietado — temió la negra.

— ¡Claro que voy a poder! Alcánzame la crinolina — Lourdes levantó los brazos y Lola le pasó por la cabeza la enagua con aros de acero flexible. Fue hasta el inmenso ropero de algarrobo y se sumergió en él buscando el vestido adecuado. Revolvió, descartó y volvió a revolver hasta que lo encontró: un vestido de muselina verde oscuro de pollera vaporosa y con mangas campana que resaltaban sobre otras de encaje negro.

Se miró en el espejo de cuerpo entero y se gustó. Coqueta, se colocó una faja angosta de terciopelo negro que enfatizó su estrecha cintura; la puntilla de los calzones largos apenas asomaban por el ruedo de la amplia pollera. Giró sobre sí misma varias veces, se gustó.

Lola peinó su largo cabello formando un rodete bajo.

— No me gusta, lo llevaré suelto — le indicó decidida. "Cuando nos amábamos el solía soltar mi cabello y enredar sus dedos en él", añoró nostálgica.

— ¡Ta' güeno niña — obedeció con una sonrisa cómplice, ella sabía cuanto le gustaba a don Rafael ver a su mujer con el cabello suelto. Muchas veces los había espiado cuando, a la luz de la luna y creyéndose a solas en el jardín, se besaban con pasión bajo el naranjo y él, poseído por la pasión, acariciaba los salvajes rizos de su mujer.

— Ahora me parezco a aquella Lourdes, ¿no Lola? — al comprender el desasosiego de la negra le explicó — Aquella Lourdes que esperaba ansiosa la llegada del hombre que la hacía volar hasta las nubes.

— Si, niña. Está igualita — asintió aunque sin entender. Lo importante era que veía a su niña feliz y eso hacía que su corazón brincara de alegría.

— Ahora un poco de carmín en los labios y, por último, unas gotitas de perfume aquí y aquí — Lola observaba embelesada el ritual de belleza mientras las fragancias de ámbar y jazmines inundaban la habitación. En medio del revoltijo, encontró la mantilla y el bolso que completaban su atuendo.

— Gracias Lola, busca tu rebozo que me acompañarás a la casa de Rafael — le reveló.

— ¿En dónde vamos a ir? — gritó sorprendida la negra.

— A la casa de Rafael — le repitió con tranquilidad aunque en realidad el cuerpo le hormigueaba por los nervios.

_ ¡Usté está loca! ¿Y a qué va? _ preguntó con recelo.

_ ¡Confianzuda!, ¡a vos que te importa! Haz lo que te digo, y ¡calladita! _ explotó contrariada.

Lola, con "el rabo entres las patas", desapareció sin retrucar.

Mercedes estaba en la sala saboreando un licor de mandarina y hojeando una revista de moda llegada de España cuando irrumpió Lourdes malhumorada.

_ Querida, ¡que cara! _ exclamó cerrando la revista.

_ Es Lola, se empecina en sacarme de quicio. En fin, ya tendría que estar acostumbrada a sus tonterías _ más relajada se sentó junto a su abuela y se sirvió una copa de licor. _ ¡Humm!, está exquisito.

_ ¿Piensas salir Lourdes? _ se alegró al verla arreglada, bella como una rosa.

_ Voy de visita... ¿Miguelito y Alba? Supuse que estaban con usted _ intentó cambiar de tema distrayendo a Mercedes con los niños.

_ Están con Tina tomando un chocolate, los muy golosos apenas se despertaron de la siesta corrieron a la cocina a importunar a la pobre Tomasa. Pero, ¿a quién visitarás?, ¿te acompaño?.

_ No, gracias abuela. Llevo a Lola.

_ Como quieras, ¿a dónde vas? _ se empecinó en averiguar.

_ A la casa de Joaquín Insúa.

_ ¿Vas a devolver la visita a Clara? _ Mercedes se extrañó, hacía sólo tres días que las amigas se habían reunido para compartir confidencias.

_ A la antigua casa de Joaquín, a su casa de soltero donde viven sus primos y... Rafael _ esto último lo dijo en voz baja temiendo la reacción de su abuela.

_ ¡Estás loca, Lourdes! ¿A qué vas? _ por el impacto de la revelación se levantó de un salto y a consecuencia del movimiento brusco empujó con una mano la botella de licor que cayó al piso haciéndose añicos.

Lourdes se apresuró a juntar los trozos de cristal y a secar con una servilleta el líquido derramado.

_ ¡Deja eso!, te vas a cortar criatura. _ preocupada por las ideas absurdas de su nieta, la tomó del brazo y la sentó a su lado _ Lourdes, ¿cómo se te ocurre hacer semejante locura?! ¿Qué pretexto utilizarás para explicar tu visita? Allí estará Amelia, no lo dudes.

_ Abuela, se parece a Lola. ¡Siempre metiéndose en mi vida! _ se paró abruptamente dejando a Mercedes con el corazón oprimido.

Lourdes caminó hacia la puerta que daba al jardín y allí se quedó, perdida en sus pensamientos. Cuando volvió la vista hacia su abuela, notó que lloraba. Avergonzada por su proceder, voló hacia ella y la abrazó.

_ Perdón abuelita, tiene razón, estoy loca, completamente loca. Loca de dolor, loca de hastío... me lastima ver a Rafa del brazo de esa mujer, me mata que no me recuerde... ¡no lo soporto! _ y en ese momento Mercedes recordó a Consuelo, aquella hija que una vez se postró sobre su regazo con idéntica amargura.

_ Lourdes, mi tesoro, ¡cómo no comprender tu pena! _ sus lágrimas caían en cascada humedeciendo el cabello de su nieta _ Todas las noches le rezo a tu madre rogándole que acuda en tu auxilio. Ella es tu ángel

guardián, Lourdes. Confía, deja que ella te guíe.

La joven se incorporó lentamente. Su rostro revelaba congoja, arrepentimiento y amor hacia esa anciana dama que siempre fue su baluarte en las batallas que le tocó vivir, su roca en la tormenta.

— Eso haré abuela. Pero quiero que entienda que necesito hablar con él, necesito enfrentarme a Amelia...dejar en claro que no me quedaré con los brazos cruzados mientras ella trata de arrebatármelo. Sé que lo desea, lo he visto en sus ojos. Y él...él está confundido, pero yo sabré conducirlo hacia mí — lo expresó con calma y decisión, aferrando con fuerza las manos frágiles de su abuela.

— Entonces no tengo nada más que agregar, querida. Mientras estés allí, yo estaré rezando — la besó con ternura en ambas mejillas humedecidas por el llanto.

Con el espíritu ligero, luego de hacer las paces con Mercedes, Lourdes subió al carruaje con Lola.

Luego de veinte minutos de viaje, los caballos se detuvieron frente a un caserón de paredes encaladas con un gran ventanal al frente en el que asomaban una gran variedad de helechos.

Domingo, el cochero, diligentemente, la ayudó a bajar del carruaje. Lola la siguió cabizbaja y, milagrosamente, en silencio.

Con mano firme tomó la aldaba que remedaba a una cabeza de león y la hizo sonar dos veces.

— Soy Lourdes Aguirrezabala de Cané, ¿está doña Amelia? — se presentó con voz severa y sin titubeos a la negra que le abrió estudiándola con ojos de lechuza.

Lourdes notó que la criada temblaba, indecisa ante la posibilidad de permitirle el paso. La advertencia de Amelia golpeaba la cabeza de la flacucha sirvienta : "Si una tal Lourdes se presenta algún día, iciérrale la puerta en las narices!".

La negra optó por obedecer, pero Lourdes captó su intención y de un empujón la echó a un lado pasando con porte regio hacia el zaguán. La negra, una vez recobrada, comenzó a protestar. Lola, pasó a su lado imitando la elegancia de su niña y con un gesto la hizo callar.

Amelia, intrigada por el vocerío, se asomó por la puerta del salón comedor. Palideció al descubrir a Lourdes erguida frente a ella. Enseguida se recuperó cobrando fuerzas para el combate que estaba en ciernes.

— ¿Qué busca en mi casa? ¡Nunca la invité! — soltó sin diplomacia — Y tú, negra estúpida, ¡desaparece! Más tarde me encargaré de ti — arremetió descargando todo su odio en la infeliz.

— Busco a Rafael, mi marido. Pero antes, quisiera mantener una pequeña charla de amigas con usted — ironizó.

— ¡Que remedio me queda! Adelante — la sangre de Amelia era fuego que corría por sus venas. "Me encantaría retorcerle el cuello como a una gallina", deseó al tiempo que tomaban asiento en unas espléndidos sillones importados de Francia cerca de la chimenea que permanecía sin fuego. A pesar de estar en otoño, el clima continuaba cálido.

— ¿Un té?, será de algún yuyo de estos lares porque mi preferido, el té inglés, se nos terminó — mintió, nunca se lo ofrecería a esa perra

entrometida _ Y mate nosotros no acostumbramos tomar, nos parece una costumbre vulgar _ lo expresó con una sonrisa sardónica imprimiendo superioridad a sus dichos.

_ No, gracias _ Lourdes fingió no acusar a los desplantes de Amelia y contraatacó_ Sólo quiero hacerte una advertencia _ la tuteó a sabiendas _ Rafael sigue siendo "mi" marido y tú no tienes ningún derecho sobre él, ¿entendido!?. En consecuencia, no te atrevas a separarlo de mí o sino... _ Sino, ¿qué?! _ se puso de pie bruscamente, un latido delirante se vislumbró en su sien derecha.

Lourdes, también se puso de pie. Parecían dos guerreras. Ninguna de las dos dispuesta a retroceder.

_ Sino sabrás de lo que es capaz una mujer por su hombre _ escupió con rabia.

_ ¿Y eso es? _ la agujoneó con sorna.

_ Te arrancaré uno a uno esos pelos de alambre que adornan tu vacía cabeza, luego te ataré a mi caballo, me montaré en él y te arrastraré por todas las calles de Buenos Aires hasta que se te vean cada uno de tus miserables huesos. Te voy a despellejar viva. ¡Eso es lo que haré! _ bramó fuera de sí.

Amelia se quedó momificada, no podía creer la transformación de esa mujer. De mosquita muerta a un volcán en erupción. Quiso replicar, pero las palabras se le quedaron atoradas en la garganta. Entonces el rostro de su hermano se dibujó en sus pensamientos. "Imanol sí es un demente, y él se encargará de ti, tonta ramera".

De repente la incredulidad y el asombro se borró del semblante, blanco como la cera de Amelia. Sus labios esbozaron una sonrisa siniestra que desconcertó a Lourdes.

_ Haz lo que quieras, no te temo en absoluto. Además recuerda que si le dices la verdad intempestivamente puedes provocarle un infarto cerebral _ exageró para amedrentarla.

_ Lo ayudaré a recordar con cautela, con todo mi amor _ le respondió sin miedo, con intrepidez.

Amelia se disponía a replicar cuando la aparición de Rafael la detuvo.

_ ¡Lourdes!, ¡que agradable sorpresa! _ Llegaba de la redacción luego de una jornada intensa.

Pasó delante de Amelia y con placer le besó la mano a Lourdes. Luego se volvió a Amelia y repitió el gesto, esta vez por simple costumbre. Al notar la diferencia, Amelia se sintió morir.

Lourdes aprovechó el desconcierto de Amelia para hacerle una invitación atrevida.

_ Bautista, me gustaría dar un paseo por la Alameda. ¿Me acompañarías?

_ y mientras lo decía entornó los ojos con coquetería simulando timidez.

_ Encantado. Vamos entonces _ respondió radiante, actitud que enfermó a Amelia.

La tarde moría cuando comenzaron a recorrer el romántico sendero de "la Alameda". La tibieza del sol los abandonó, pero ellos no lo sintieron.

Rafael y Lourdes caminaron en silencio un buen trayecto. Ella, ansiosa. Él, expectante.

Una brisa fría la hizo temblar y Rafael, solícito, le acomodó la mantilla sobre los hombros. Al rozarla experimentó una sacudida, como si un rayo lo atravesara. Perturbado y confundido, se alejó de ella.

_ Gracias por haber aceptado mi invitación _ Lourdes rompió el hermetismo. Rafael no podía apartar la mirada de esa boca que lo atraía y tentaba.

_ Es un placer, en su compañía...¿cómo decirlo?, me siento en paz _ una sonrisa franca iluminó su rostro. Acto seguido tomó la mano de Lourdes y le besó la palma. Fue un beso sorpresivo, íntimo.

_ Sus palabras me halagan _ susurró sonrojada Lourdes.

_ Debo confesar que cuando la conocí en el compromiso de Joaquín me resultó chocante su comportamiento. Pero luego, al conocer su triste historia, me sentí culpable.

_ ¿Culpable?

_ Culpable por ser tan grosero. Usted necesitaba en ese momento contención y yo, egoístamente, me negué a dársela _ dijo avergonzado. Caminaban a paso lento, deteniéndose por momentos. Al llegar a un banco de piedra, Rafael la invitó a sentarse.

_ Desde que perdí la memoria vivo en un mundo de pesadilla y eso me aleja de los demás. Pero, perdone, no es mi intención abrumentarla con mis problemas _ se disculpó enfadado consigo mismo por abrir su corazón ante una extraña. ¿Qué sentimientos dormidos en su alma despertaba esa mujer?

_ ¿Por qué no me cuenta que le sucedió? _ le preguntó deseosa por compartir su dolor _ Usted conoce mi historia y yo nada sé de usted, sólo lo poco que me contó Imanol. Estoy en desventaja, ¿no le parece? _ Lourdes lo dijo con tanta gracia que hizo reír a Rafael

_ Lo ve, usted tiene un don, la capacidad de calmar un alma atormentada...mi alma. Es usted cálida como el sol _ reflexionó mirándola fijamente. El verde de sus ojos le oprimió el corazón y en su memoria extraviada resonaron unos versos que le erizaron la piel: "...en mi vergel eres tú la flor..."

_ ¿El sol? _ Rafael la conmocionó. Volvía a decirle que era su "sol" como en los tiempos felices, aquellos tiempos "de los abrazos y de las horas de amor profundo. Juntos ayer, parecía siempre".

_ Perdone mi atrevimiento, pero usted, Lourdes, es una persona luminosa _ volvió a fijar sus ojos en ella, buscando una respuesta, quizá...una confirmación. Ella le sostuvo la mirada queriendo penetrar en su memoria traicionera con la intención de arrancar el velo que los separaba.

_ Gracias, Bautista, no ha sido un atrevimiento, ha sido una galantería que me honra. Pero, cuénteme, ¿cómo fue que perdió la memoria?

_ Fue en la batalla de Caseros. Lo único que recuerdo es que en medio de la lucha, al caer del caballo me golpeé la cabeza contra una piedra. Luego todo se volvió negro hasta el momento que abrí los ojos y me vi rodeado de cadáveres. Mi caballo había desaparecido y tenía la chaqueta empapada de sangre. Una punzada atroz me taladraba la cabeza. Caminé

sin dirección hasta llegar a un campamento. Alguien reconoció mi uniforme como leal a Urquiza y me condujo a la carpa sanitaria. Allí me cosieron el tajo _ instintivamente se tocó el costado derecho de su cabeza _ El láudano alivió el dolor físico pero no el espiritual. No podía recordar quién era y me desesperé. Por suerte conocí a Joaquín, si no hubiese sido por su amistad me hubiese pegado un tiro _ expresó con amargura. El corazón de Lourdes se detuvo por instante al escuchar la terrible confesión. Sin meditarlo, lo abrazó.

_ ¡Bautista!, confío en que pronto recuperará sus recuerdos. Imanol me lo ha asegurado. El está tratando su dolencia, ¿verdad? Debe ser paciente _ le pedía algo que ella no estaba dispuesta a aceptar: paciencia. "¡Maldita palabra!", pensó.

_ ¡Paciencia, paciencia! Estoy harto de ser paciente. Si Imanol piensa que con sus malditos menjunjes va a devolverme mi vida, está equivocado. Hace meses que los tomo y inada!, ¡absolutamente nada! _ estalló descargando toda su impotencia.

Lourdes lo miraba con tanto amor que a Rafael se le hizo un nudo en el estómago. Cuando estaba con ella, algo se removía en su interior, pero...¿qué? Quiso decírselo, pero optó por callar. "Estoy alucinando", se dijo.

_ Bautista, no está solo. Tiene la amistad de Joaquín, de Imanol, de Amelia _ le costó nombrarla _ Y yo le ofrezco la mía y la de mi familia. Lo ayudaremos... lo ayudaré _ se animó a decir.

_ No estoy equivocado, usted es un sol Lourdes. Usted me infunde esperanza, gracias _ besó nuevamente su mano pero esta vez había pasión y Lourdes lo advirtió.

_ ¿Le agradaría cenar con nosotros, Bautista? Mi abuela y los niños estarán encantados de recibirlo _ lo invitó ilusionada.

_ Será un placer _ aceptó gustoso olvidando las recomendaciones de Amelia. "Regresa para la cena, querido. Te estaré esperando".

Amelia le agradaba, le estaba agradecido por sus cuidados, por el afecto que le brindaba; aunque por momentos sentía que lo ahogaba, que lo empujaba hacia una relación que él no estaba dispuesto a establecer. Amelia era una buena amiga, sólo eso, nada más. En cambio Lourdes, "mejor no pensar en Lourdes, no por el momento, no hasta que sepa quién soy realmente", se propuso con firmeza.

Tomados del brazo caminaron distendidos hasta la casa de los Aguirrezabala. Charlaron trivialidades, rieron de vanalidades y sobre todo, se disfrutaron mutuamente.

Al llegar encontraron a Mercedes en el salón enseñando a bordar a Alba. A la niña se la veía compenetrada, esforzándose por seguir las indicaciones de su bisabuela.

_ Abuela, ¿no te parece que Alba es muy pequeña para comenzar a torturarla con el bendito bordado? _ la voz risueña de Lourdes sorprendió a Mercedes y a Alba, que al ver a su madre tiró el bastidor al suelo y corrió hacia ella dando grititos de alegría.

_ Lo que me parece es que... _ Mercedes se interrumpió atónita al toparse con la sonrisa de Rafael. _ ¡Bautista!. ¡que agradable sorpresa! _

inmediatamente se paró dejando los ovillos de hilos sobre el sillón. Se adelantó hasta la pareja y Rafael la saludó gentilmente.

_ Su nieta insistió en que las acompañara durante la cena. Espero no ser una molestia _ se excusó.

_ Todo lo contrario, es un placer que haya aceptado la invitación.

Justamente hoy Tomasa, nuestra cocinera, preparó carbonada. Ya verá, se "chupará los dedos" _ vaticinó Mercedes eufórica, que Rafael estuviera allí, reunido con su familia era un milagro digno de celebrar.

En ese momento apareció Tina.

_ La cena ya está lista, ¿pasamos al come..._ como le sucedió a Mercedes, Tina también se paralizó ante la presencia de Rafael _ Ra...Bautista, ¡que alegría! No sabía que vendría a visitarnos _ comenzó a titubear conmovida.

_ Ni yo, Tina. Es toda una sorpresa, ¿verdad? Hace un instante ha llegado con Lourdes. Nos hará el honor de cenar con nosotras _ Mercedes salió en auxilio de Tina antes de que cometiera un error irremediable.

_ El honor es mío doña Mechu _ al llamarla de esa manera, como solía hacerlo años atrás, impactó a las tres mujeres que lo miraron impresionadas.

"Está empezando a recordar", se ilusionó al borde de las lágrimas Lourdes.

_ Perdón, ¿dije algo inconveniente? _ ni el mismo Rafael cayó en la cuenta del diminutivo cariñoso que había empleado para nombrar a Mercedes.

_ Nada, nada, muchacho _ exclamó Mercedes ya recuperada _ ¿vamos?, la mesa está servida.

Rafael sintió que alguien le tiraba de la chaqueta. Bajó la vista y descubrió a Alba extendiéndole los brazos.

_ Me haces upa _ le pidió con una sonrisa pícaro que mostraba que la falta de dos dientes.

_Claro muñequita _ su mirada se cruzó con la de Lourdes y por primera vez después de mucho tiempo se sintió en paz.

Alba, con sus manitos regordetas le atrapó el rostro a Rafael y muy seriamente le dijo:

_ Esta noche, el hada de los dientes vendrá por los dientes que se me cayeron.

_ ¡Pobrecita! ¿Te dolió? _ le preguntó con ternura.

Alba se acercó al oído de Rafael y le dijo en secreto:

_ Sí, mucho...hasta me salió sangre. Me asusté mucho, pero mamita me dijo que el hada de los dientes me traería un hermoso regalo a cambio de mis dientitos. Además, a pesar de las burlas de Miguelito, no lloré.

_ Eres una niña muy valiente _ la besó y al hacerlo algo dentro de él estalló. No supo explicar que le ocurrió, solo que estaba complacido de estar entre aquella gente. Era como estar en... ¿su hogar?.

La cena transcurrió placenteramente. Los niños, en contradicción a las reglas de la época, comieron con los adultos. Siempre lo hacían y siempre se comportaban con corrección.

Luego de la deliciosa carbonada y del postre, una sabrosa natilla, tomaron café en la sala.

Miguelito, que al principio miraba a Rafael con desconfianza, terminó por aceptarlo, sobre todo después de prometerle que lo llevaría a conocer la redacción del periódico en el que escribía.

Lourdes se despidió de Rafael en el zaguán.

_ Has sido maravilloso con los niños, gracias.

_ Me imagino que extrañan a su padre.

_ Mucho _ bajó la cabeza ocultando la angustia que le oprimía el alma.

_ Lourdes, disfruté muchísimo de esta noche. Espero que volvamos a vernos pronto_ y esta vez no besó su mano sino que besó su mejilla.

El corazón de Lourdes aleteó con la fuerza de un pájaro que recupera la libertad.

Mientras Lourdes y Rafael afianzaban su relación, Amelia echaba chispas. Hacía rato que lo esperaba, las horas pasaban lentamente y él no regresaba.

Imanol fumaba un cigarro y tomaba un té digestivo. La cena le había caído pesada gracias a los lamentos de su hermana.

_ Seguro que está fregándose con esa ramera _ despotricó venenosa.

_ Seguro, y lo está gozando también _ la aguijoneó con malicia.

_ ¡Imanol!, mira que eres pérfido. ¡Haz algo! Me prometiste que Lourdes dejaría de interponerse _ Amelia se plantó delante de él con los brazos en jarra y la mirada fiera.

_ Si hay algo que no te describe es la paciencia, hermanita. Ten fe, Bautista será tuyo. Déjalo en mis manos_ Imanol ya estaba harto de los reclamos de Amelia. Fue hasta el aparador y se sirvió una copa de jerez. Debía aplacar su furia, él también odiaba que Rafael estuviera con Lourdes, pero debía disimular. Mientras bebía, pensó:

"Nací con el demonio como mi ángel guardián y ha estado desde entonces conmigo. Él me brindará su ayuda en el momento oportuno. Brindo por eso". Y, satisfecho, se sirvió otro jerez.

Capítulo 12

"¿No estás de acuerdo en que hasta la venganza más terrible empieza con una simple pregunta?".

John Katzenbach

Esa noche, en su dormitorio, Lourdes dormitaba y revivía cada caricia furtiva, cada beso, cada mirada compartida...revivía a su Rafael. Luego se sentó frente al espejo y comenzó a peinar sus rizos, tan rebeldes como siempre. Sin embargo, en esta ocasión no renegaba, al contrario, tarareaba una dulce canción de amor, una romanza que interpretaban los juglares en su paso por los castillos medievales, una canción que su abuela le había enseñado cuando era niña.

_"Quiero dormir y no puedo...Que el amor me quita el sueño" _ repetía Lourdes sonriendo al espejo.

Unos suaves toquecitos a su puerta detuvieron la melodía.

_ Lourdes, ¿puedo pasar? _ la voz de Mercedes sonaba alegre, esperanzada.

_ Por supuesto abuelita, pase, pase _ Lourdes dejó el cepillo sobre el tocador y abrazó a su abuela que la miraba sorprendida.

_ ¡Cuánto me alegra querida que rías, que cantes! La visita de Rafael es prometedora. ¿Has oído como me llamó durante la cena?

_ "Doña Mechu", la llamó doña Mechu como él acostumbraba hacerlo.

¡Está empezando a recordar, abuela! _ celebró entusiasmada.

_ ¿Se puede? _ Tina asomó la cabeza por la puerta.

_ Claro Tina, pasa _ Mercedes la invitó a sentarse junto a ellas en la cama.

_ Lourdes, doña Mercedes, me parece un sueño lo que sucedió hoy. Rafael sentado a la mesa con nosotras, ¡un milagro!. Y los niños, ¿notaron cómo disfrutaron de la compañía de su padre? Siento que vuelvo a la vida.

_ ¡Ay Tina!, creo que Rafa empezó a recordar. Hoy, cuando lo despedí en el zaguán, me miró de la misma manera que lo hacía cuando me amaba...

_ No digas "cuando me amaba", él te ama Lourdes, nunca dejó de amarte. Su mente es como un cielo encapotado; los oscuros nubarrones ahogan al sol, pero poco a poco, el cielo se despejará y el sol brillará nuevamente _ la alentó Mercedes.

_ Todas las noches le enciendo una vela a la Virgen de Luján. Ella mejor que nadie comprende el dolor de una madre. Ella nos devolverá a Rafael _ exclamó optimista Tina.

Las tres se abrazaron ilusionadas. El futuro les sonreía.

Rafael llegó a su casa radiante, con la imagen de Lourdes impregnada en todos sus sentidos. Por eso cuando se encontró con el ceño fruncido de Amelia, se turbó.

_ ¿Dónde has estado? Los nervios me han consumido _ el mal talante de la mujer le molestó.

_ En la casa de los Aguirrezabala. Sabías que estaba con Lourdes, no veo por qué tanta preocupación _ contestó alterado. "¿Qué derecho tiene para controlarme?", pensó irritado.

_ Ya conoces a Amelia, Bautista. Vive pendiente de ti, teme por tu seguridad _ intervino Imanol interrumpiendo la lectura del periódico.

_ ¿Seguridad? _ se extrañó.

_ Querido, ya es muy tarde y las calles están llenas de delincuentes.

¿Acaso no te has enterado de ese loco que asesina niños? Tú eres periodista, debes haberte enterado _ Amelia se acercó a Rafael fingiendo docilidad cuando en realidad quería retorcerle el cuello. Tomó su sombrero y lo ayudó a quitarse el gabán.

_ No soy un niño Amelia, sé cuidarme. Y sí, estoy enterado de las felonías de ese animal. Precisamente ayer, en la redacción me encargaron que escriba un artículo sobre el caso. Mañana tengo una entrevista con el jefe de policía para que me asesore _ Rafael se sentó en un sillón junto a Imanol y aceptó gustoso una copa de cognac.

_ Has dicho bien Bautista. Ese demente no es un hombre, es un animal. ¿Qué bajos instintos llevan a una persona a cometer semejante infamia con esas inocentes criaturas? ¡Incomprensible! _ comentó escandalizado Imanol mientras encendía un cigarro y se acercaba a la ventana que daba al jardín. La noche estaba estrellada y él disfrutó de la brisa fresca que rozó su rostro. "Excelente noche para salir de cacería", sonrió bajo las volutas de humo que dibujaba concentrado en sus siniestros planes.

_ Por favor, terminemos con el tema, es espeluznante. ¿Quieres un café Bautista? Candelaria lo tiene preparado _ dijo zalamera, no podía permitir que Rafael se enfadara...debía amarla, sólo a ella!

_ No, gracias. Estoy muy cansado. Me retiro. Buenas noches _ se despidió de Amelia con una simple y convencional reverencia y palmeó la espalda de Imanol antes de encerrarse en su dormitorio.

_ Bautista no nos has contado como estuvo la cena en casa de Lourdes _ la voz grave de Imanol detuvo sus pasos.

Rafael dio media vuelta y lo enfrentó sonriente.

_ Perfecto. Es una familia cálida y divertida. Me sentí muy cómodo _ a Amelia, las palabras de Rafael le provocaron náuseas.

_ Es verdad, doña Mercedes es una estupenda anfitriona. En las diferentes ocasiones en que las he visitado ha sido sumamente atenta, al igual que su hermosa nieta _ Imanol vio como Rafael perdía la sonrisa ante su comentario _ ¿Has visto a los niños? _ dijo de forma distraída mientras hojeaba un libro de la frondosa biblioteca.

_ Por supuesto, cenaron con nosotros. Son adorables _ afirmó recordando la picardía de Alba y la solemnidad de Miguelito.

_ El niño es muy maduro. Miguel creo que se llama. ¿Cuántos años tiene? _ se interesó Imanol

_ Siete años, es todo un hombrecito. Al principio fue huraño, pero luego supe ganarme su confianza. Lo invité a la redacción y eso lo entusiasmó _ sonrió al recordar la carita de asombro ante su sugerencia _ Lourdes me

comentó que le encanta leer y escribir _ agregó.

_ ¡Que interesante! _ exclamó Imanol cerrando de golpe el libro

_ Seguro que esa tal Lourdes está a la caza de un nuevo marido _ murmuró Amelia sin poder ocultar el veneno que le corroía los huesos.

"Esa zorra, con sus maneras dulces y su sonrisa ladina, busca embaucarlo, atraparlo en su red de seducción. Lo lamento querida Lourdes, no tendrás éxito. ¡Bautista será mío! ¡Nunca recuperará la memoria! ¡Nunca!".

_ Estás equivocada Amelia. Ni Lourdes busca un marido, ni yo soy una presa de caza _ las reacciones posesivas de Amelia estaban hartando Rafael. Ya era hora de buscar otra casa donde hospedarse, la convivencia con los primos de Joaquín había empezado a incomodarlo.

_ Perdona, ha sido sólo una chanza _ se rió Amelia tratando de resolver la situación embarazosa que ella misma había creado a causa de sus celos.

_ No me pareció gracioso en absoluto y si ahora me perdonan... _ tratando de alejarse lo más pronto posible de los hermanos casi se lleva por delante a Candelaria. La negra traía una bandeja con tacitas de porcelana y una cafetera de cobre.

_ ¡Epa! ¡Señor Bautista!, ¿dónde va con tanto apuro? ¿Y el café? Mire que está como a usted le gusta, bien calentito y dulce.

_ Gracias Cande, pero esta noche no me apetece. Mañana en el desayuno prometo tomar una gran taza de tu inigualable café _ y para sorpresa de la negra, Rafael le dio un beso en la mejilla.

_ ¡Salga de acá lisonjero! _ se rió maravillada viéndolo desaparecer por el corredor que daba a los dormitorios.

_ ¿Vas a quedarte ahí parada toda la noche? ¡Negra torpe, sírvenos de una buena vez! _ se exasperó Amelia.

Más tarde, ya solos, Amelia, completamente enervada, comenzó a llorar.

_ ¡Amelia!, basta de llanto. No lo soporto _ explotó Imanol aplastando con furia el cigarro en un cenicero de plata.

_ Soy yo la que no soporta la manera en que se están acercando esos dos. Imanol, prometiste que Bautista sería mío, sin embargo ...

_ Sin embargo, inada! Debes ser paciente. El té de cinchona y quinina que le suministramos después del almuerzo y la cena está surtiendo efecto. El proceso es lento, pero efectivo. Lourdes quedará atrapada en las tinieblas y tú, hermanita serás la luz de nuestro Bautista. ¿Candelaria no sospecha, verdad? Esa negra es muy ladina, parece estar espiando siempre _ en su última salida nocturna, Imanol la sorprendió observándolo desde la ventana de la sala. Lo miró fijamente sin amedrentarse, desafiándolo.

_ ¡Que va a sospechar esa negra ignorante! Le di la mezcla de hierbas y le indiqué como prepararlas. Le dije que era un té beneficioso para recuperar la memoria que tú habías traído de Inglaterra. Me miró como una estúpida y asintió _ Amelia, más calmada, tomó un sorbo de agua del vaso que su hermano le sirvió de una jarra de cristal.

_ Debemos estar atentos Amelia, esa negra no es estúpida, todo lo contrario. ¡Vigílala más! _ la previno sin perder la serenidad. A Imanol nada lo alteraba, sólo la presencia de su padre, el Duque de Nájera.

_ Imanol, casi olvidaba... hoy recibí una carta de nuestro padre _ expresó

con fingida ingenuidad.

_ ¡Maldito sea!, ¿otra?, ¿y ahora qué quiere? _ masculló frenando cientos de insultos hacia el hombre que siempre lo despreció.

_ Nada importante. Ha suspendido el viaje al Río de La Plata _ insidiosa, rozó la pechera de la camisa de Imanol con la carta. Disfrutaba haciéndolo sufrir, sólo ella conocía el talón de Aquiles de su hermano.

_ ¿Por qué? _ una súbita taquicardia aceleró los latidos de su corazón. "El viejo no viene, ino viene!"

_ La bendita gota lo ha atacado nuevamente. En su carta te pide que suspendas la compra de terrenos, ha desistido en su deseo de radicarse en América. Y...

_ ¿Qué más? _ Imanol no podía creer en su buena suerte. Por fin se había liberado de esa mierda castradora.

_ Te sugiere _ remarcó con ironía _ que permanezcas en estas tierras durante un tiempo más sin olvidar la honorabilidad de nuestro apellido.

"El viejo ruin está feliz sin mi. Cuanto más lejos esté, más tranquilo está.

Si supiera de mis recientes investigaciones reventaría como un sapo.

Muero por que se entere. Le escribiré contándoselas, deteniéndome en cada macabro detalle. Lo odio, lo odio por excluirme. Estoy lleno de odio y me encanta".

Imanol estalló en caracajadas desorientando a Amelia.

_ ¿De qué te ríes?

_ De las sorpresas de la vida. Brindo por eso _ y de un solo trago vació su cuarta copa de cognac.

_ Me alegro que las novedades sean de tu agrado. Yo también tengo instrucciones de nuestro padre. En un corto plazo debo regresar a España, claro que lo haré con Bautista.

_ ¿Y que te hace creer que él querrá acompañarte? _ Imanol casi se atraganta con el cognac al escuchar a su hermana.

_ Tú

_ ¿Yo? ¿Cómo?

_ Le harás tomar unos de tus mágicos preparados, uno que le hará perder la conciencia y cuando la recupere ya estaremos en alta mar y yo metida en su cama. Al llegar a España le haré creer que estoy en estado de buena esperanza. Entonces él no me abandonará. Además para esa época ya se habrá olvidado de Lourdes gracias al té que toma todos los días y a mi infinito amor _ concluyó satisfecha.

_ Muy ingeniosa hermanita, veo que lo tienes todo perfectamente planeado _ " Que pena que yo no moveré ni un pelo por ayudarte, aunque por el momento no te lo diré. Bautista permanecerá conmigo".

Capítulo 13

"La tibia fragancia de su alcoba encendía en mí,
como una tortura, la voluptuosa memoria de los sentidos".
Ramón del Valle-Inclán

"Me sumerjo en un mar de sedas y encajes. Buceo, impertinente, a través de una piel prístina y fragante que enloquece mis sentidos. Huelo, saboreo, acaricio. Todo es perfecto. Ella jadea, grita mi nombre y yo me disuelvo en su interior. Ardiente, escudriño su rostro. Las sombras lo ocultan. Desesperado tanteo en las tinieblas buscando una lumbre. Ella detiene mi mano y la lleva a su boca. Besa cada uno de mis dedos, los acaricia con su lengua aterciopelada y yo estallo en mil pedazos. La pasión me consume, me tritura, me devora. Cabalgamos descontrolados, arrebatados por un fuego fatuo que nos envuelve sin herirnos. Me tortura el secreto de su rostro, necesito descubrirlo. Un rayo de luna viene en mi auxilio y el brillo de dos esmeraldas me enceguece..."

"Esos ojos, esos ojos...es Lourdes, la mujer que me atormenta en sueños es ella. Lourdes, mi dulce tormento". Rafael, sentado en su cama en medio de la noche, despertó alarmado. Se sirvió una copa de agua fresca de la jarra que Candelaria acostumbraba poner para él sobre la cómoda. Necesitaba aclarar las ideas.

"¿Por qué no puedo sacar de mi cabeza a esa mujer? ¿Qué significa para mí?", se preguntó aunque él ya conocía la respuesta: amaba a Lourdes. Sin embargo, presentía que ese sentimiento no era nuevo, que yacía dentro de su corazón desde siempre.

"Basta de mentirme, la amo y estoy seguro que ella también me ama. Lo veo en sus ojos, en sus gestos. El perfume de su piel me perturba. Debo hablar seriamente con ella. Debemos sincerarnos, sé que algo me oculta y debo saber qué es".

La repentina decisión lo tranquilizó. Apoyó la cabeza sobre la almohada y esta vez pudo conciliar el sueño, un sueño sereno que lo distendió.

Por la mañana, Rafael despertó de buen ánimo.

Pensó en compartir su descubrimiento con Imanol y Amelia, pero luego desistió. En parte se sintió culpable de no hacerlo ya que gracias a las infusiones recetadas por Imanol estaba recuperando de a poco la memoria. Sin embargo había algo en el médico que no le agradaba. La forma en que lo miraba por momentos lo exasperaba, en los ojos almendrados del hombre había deseo. Al principio no le dio importancia, pero como la situación se volvió recurrente se preocupó y comenzó a evitarlo.

Y por otra parte, Amelia se estaba volviendo insoportable. Le fastidiaba que fuera tan absorbente, tan celosa. "No la comprendo. Nunca alenté entre nosotros algo más que no fuera una buena amistad".

Luego de acicalarse fue hasta la cocina a desayunar. Allí encontró a

Candelaria preparando la masa de unos buñuelitos de naranja. Sobre el fogón, en una gran olla de cobre bullía un aromático chocolate.

_ Buenos días Candelaria _ Rafael la sorprendió.

_ Bautista, ¿qué hacé levantao' tan tempranito? ¡Ah! ya sé, no queré encontrarte con los copetudos. Hace bien, esa Amelia es insoportable. Hay veces que me gustaría agarrarla de los pelos y arrastrarla por tuita la casa. No pongás esa cara Bautista, como tengo confianza con vo' te digo lo que siento. Si sigo en esta casa es por el Joaquín que me pidió que te cuidara, que si no ya me habría mudado pa' las casas del Joaquín y la Clarita, que es una alma de Dios _ Candelaria despotricaba y al mismo tiempo freía los buñuelos en una sartén de hierro. Una vez hechos, los depositaba en una fuente de losa azul.

_ Así que sólo estás acá porque te lo pidió Joaquín. Yo pensaba que algo me querías, negra linda _ le dijo Rafael con picardía mientras engullía los buñuelos calientes.

_ ¡Cuidao' que se va a quemá! Pucha que te quiero Bautista, si tuititas las noches le prendo una vela a San la Muerte pa' que te ricuerde de todo _ Candelaria se apartó del fogón, se acercó al hombre y con afecto maternal le acarició la cabeza.

_ Gracias Cande, sos un amor.

_ Y ahora tomate este rico chocolate. Basta de esos yuyos ajquerosos que le da el dotor Imanol, otro que no es santo de mi devoción _ lo que no mencionó Candelaria fue que hacía tiempo que no obedecía las órdenes ni de Imanol ni de Amelia. Ella, por decisión propia, había dejado de darle las infusiones prescritas. Sus espíritus le habían susurrado que los hermanos buscaban dañar a Bautista y ella no lo iba a permitir.

Dos horas más tarde, Imanol y Amelia, disfrutaban su café en la sala.

_ Estos buñuelos son un verdadero manjar Candelaria _ la felicitó Imanol.

_ Si, están buenos aunque demasiado dulces _ objetó displicente Amelia. Candelaria se mordió la lengua para no retrucar. "La próxima vez los voy a espolvorear con veneno, maldita perra".

_ Un poco más de café, Candelaria _ pidió Imanol.

_ ¡Por Dios!, ¿cómo puedes repetir? ¡Está horrible!, demasiado fuerte y tibio. ¿Cuándo aprenderás negra tonta? _ Amelia desquitó su malhumor por la ausencia de Rafael en el desayuno con la pobre Candelaria _ ¡Retírate! _ la despidió tajante. Candelaria, agradecida por no tener que soportarla más, huyó a la cocina.

_ Yo también me retiro _ dijo sonriente Imanol levantándose de la mesa.

_ ¿Dónde vas? Si puede saberse, claro _ preguntó con suspicacia Amelia elevando una de sus cejas prolijamente delineada.

_ A la casa de los Aguirrezabala.

_ ¿Y para qué? _ se alteró _ Estoy harta de Lourdes y toda su familia. Por mí que se la lleve el mismísimo diablo.

_ No lo invoques hermanita que puede hacerte caso.

_ ¡Ojalá! Cualquier ayuda me vendrá bien _ con furia tiró la servilleta de lino sobre la mesa. Imanol, caballerosamente, le corrió la silla y ella lo acompañó hasta el zaguán luego de alcanzarle el sombrero de copa y el bastón con mango de oro.

_ No me has dicho para qué vas a esa casa _ le remarcó con voz acre.

_ No seas tan curiosa, a su debido tiempo lo sabrás. Pero quédate tranquila, todo lo que hago es para lograr nuestro propósito: separar a Lourdes de Bautista. Hasta la noche, hermanita _ y rompiendo su costumbre la besó en la mejilla dejándola anonadada.

Al doblar la esquina, Imanol perdió de vista a su hermana. "Ya veré cómo librarme de ti también", masculló.

Caminó dos cuadras. Detuvo un coche de alquiler y le indicó que lo llevara a los suburbios de la ciudad.

Media hora después se cercioraba que todo estuviese en orden en su guarida. El negro Tadeo había hecho bien su trabajo: ningún indicio de muerte reciente. Manchas de sangre, ninguna; la jaula donde encerraba a sus víctimas, perfectamente limpia; ambiente impecable, libre de olor a heces y orines.

Satisfecho cerró con doble llave la puerta del galpón y se encaminó con buen ánimo hacia la casa de Lourdes.

_ Hasta la calle de la Santísima Trinidad, rápido _ le dijo al cochero que lo esperó paciente por las dos monedas de oro prometidas.

"Y ahora a entablar amistad con el pequeño Miguel. Hermanita invocaste al demonio, ya verás como no te decepciona. Hermanita, yo soy el demonio".

Cerró con dos vueltas de llave la puerta del galpón y comenzó a caminar por las calles de tierra observando con curiosidad a las personas que transitaban por el lugar. Muchos negros harapientos, algunos gauchos con aspecto ladino, varios indios desarrapados.

Él era el extraño, "el bicho raro". Nadie parecía prestarle atención. Sin embargo, lo conocían y le temían. Para esa gente ignorante y supersticiosa, él era Mandinga. Al pasar a su lado se santiguaban invocando la protección de sus santos patronos. "Cruz diablo", murmuraban en voz baja.

Se detuvo ante un grupo de mulatas que venían del matadero.

Arrastraban las entrañas de un animal, de una vaca quizá...Sus ropas manchadas de sangre.

El olor a sangre despertó su apetito. Buscó una fonda en los alrededores.

Al entrar, eligió una mesa ubicada en un rincón oscuro. Se sentó en un banco tosco y llamó al mesero.

El hombre se acercó arrastrando los pies, las alpargatas agujereadas dejaban al descubierto el dedo gordo. Su aspecto era repulsivo: el cabello, largo y grasoso, lo llevaba atado en una coleta con un trozo de cuero; manchas de aceite resaltaban en su camisa ordinaria que, incapaz de cubrir su prominente vientre, se abría a la altura del ombligo dejándolo expuesto a las miradas.

_ ¿Qué va a comer su señoría? _ un fuerte aliento a cebolla impactó en el olfato de Imanol _ Tenemos guiso de mondongo y puchero.

_ Puchero y una botella de vino carlón _ respondió contando mentalmente el número de dientes podridos que se asomaban en la boca del hombre.

_ Ta' güeno, enseguidita le traigo la orden, su señoría.

Un rato después, un chiquillo de unos diez años, descalzo y con la ropa mugrienta, limpió la mesa con un trapo descolorido. Luego colocó delante de Imanol un plato hondo, una cuchara de madera, una hogaza de pan casero y una botella de gres.

_ ¿Cómo te llamas? _ preguntó Imanol con simpatía.

_ Me dicen "Gorrión" _ respondió sorbiéndose los mocos. El apodo hacía honor a su aspecto: delgado como una rama raquítica a punto de quebrarse...frágil y vulnerable, el perfil que subyugaba a Imanol.

_ "Gorrión", muy interesante, y dime Gorrión, ¿tu madre trabaja aquí también? _ se interesó.

_ No, don. Nunca conocí a mi máma. Hace unos años me escapé del convento de los dominicos. Ahí me abandonaron y los curas me cuidaron _ explicó sin levantar la vista mientras se rascaba los testículos.

_ ¿Y por qué te escapaste? _ Imanol quería ganarse la confianza del niño.

_ Porque eran unos hijos de puta. Me hacían trabajar día y noche, y si no los obedecía, me pegaban con un rebenque. Así que me escapé y don Nicanor me dio este trabajo a cambio de un techo y comida.

_ Yo también puedo darte trabajo y a cambio de unas monedas de plata _ lo tentó con astucia.

_ ¿De en serio, don? ¿Y qué tengo que hacer? _ se interesó. "¡Por fin me vaa poder comprar un barrilete pa' hacerlo volar cerca del río!", se ilusionó.

_ A unas cuadras de aquí está mi laboratorio. Soy médico, ¿sabes? Allí realizo investigaciones, por eso es necesario que el lugar esté inmaculado, es decir, debe estar bien limpio, ¿entiendes?

_ Usté quiere que yo lo limpie _ Gorrión no daba crédito a su buena suerte. Con gusto limpiaría el mismo infierno con tal de tener su soñado barrilete.

_ Exacto. Pero, atención, debes tener mucho cuidado. Mi instrumental es muy valioso y si llegara a romperse...

_ No se preocupe don, yo soy muy pero muy cuidadoso _ prometió con el corazón desbocado.

_ Perfecto, entonces comienzas mañana por la noche cuando termines aquí. Toma esta moneda, es un adelanto _ lo miró con intensidad y apetencia, saboreando un bocado exquisito de antemano.

_ Gracias don _ el niño estaba extasiado, jamás había tenido en sus manos semejante tesoro.

_ Y esta es la llave, no la pierdas. Estarás solo, así que, te repito, sé prudente y responsable _ ni la mirada severa ni el rictus adusto dibujado en la boca de Imanol, hizo que Gorrión se amedrentara. Tenía una moneda de plata y eso era la gloria para él.

_ Ya va a ver lo limpiito que le dejo todo, don. Y ahora le traigo el puchero que está para chuparse los dedos, enseguidita vuelvo _ desapareció como una exhalación para regresar con un plato humeante.

_ Pa' usté don. ¡Coma, coma!, va a ver lo rico que está. _ dijo con una amplia sonrisa de satisfacción. _ Si necesita algoito más me chifla _ y después de desearle buen provecho se puso a barrer el frente de la fonda.

Imanol se deleitó con el plato criollo, una mezcla de carne de vaca hervida con papa, zapallo, choclo, acelga y cebolla.

Al terminar, pagó con generosidad dejando tras de sí a Don Nicanor, el propietario, de parabienes.

En la puerta se encontró nuevamente con Gorrión. Aprovechó entonces para señalarle su "laboratorio".

_ Recuerda, mañana por la noche _ simulando afecto le revolvió el cabello, irsuto como púas de erizo.

_ Me voy a recordar, don, quedese tranquilo _ contestó risueño.

Y mientras Gorrión barría cantando una alegre copla, Imanol se dirigió hacia la casa de los Aguirrezabala.

El golpe seco de la aldaba anunció su llegada. Lo recibió Lola de mala manera, Imanol le resultaba antipático.

_ ¿Se encuentra tu ama? _ le preguntó con aire de superioridad.

_ Yo no tengo "ama". Hace rato que se termino la esclavitú señor...

_ Para ti, su Excelencia, Conde de Treviño _ la miró displicente empujándola hacia un lado. Con paso rápido atravesó el zaguán y entró en la sala. Lola corrió detrás de él gritando:

_ Don, digo señor, digo ecelencia...iespere! _ con furia sujetó el faldón del saco para detenerlo, pero Imanol giró con rapidez y le golpeó la cabeza con el bastón.

_ ¡Impertinente!, ¿cómo te atreves a poner tus sucias manos en mí? _ se encolerizó.

_ ¡Y usted no sea atrevido! _ le respondió con altivez.

_ ¿Qué sucede? Lola, ¿qué es este alboroto? Doctor Imanol, ¡que sorpresa!, ¿acaso Lola lo importunó? _ Mercedes, en ese preciso momento, entraba en la sala por otra puerta.

_ Lamento decirle doña Mercedes que su esclava es sumamente grosera _ manifestó con fastidio.

_ Discúlpela doctor Imanol, está con nosotros desde que era una niña y a veces se toma atribuciones que no le corresponden _ Mercedes trató de calmar los ánimos aunque a ella también le importunaba la visita del hombre.

_ ¡Yo no soy una esclava! _ repitió la negrita con terquedad y provocando el asombro de Imanol que la miró con desprecio.

_ ¡Lola!, ya basta. Ve a la cocina y prepara el mate.

_ Yo no bebo mate, es una costumbre insalubre _ Mercedes y Lola quedaron petrificadas y boquiabiertas. "Mucho título y poca educación", pensó Mercedes apabullada por el desaire.

_ Si no es molestia prefiero un té inglés, si es que tienen, claro _ recalcó tratando de parecer amable aunque no lo consiguió.

_ Lola prepara un té para el Conde. ¡Vamos, muévete de una buena vez! _ la apuró Mercedes. La presencia de ese hombre la enojaba, cuanto antes se fuera mejor.

_ Por favor, doctor...o prefiere que lo llame Conde _ Mercedes ya estaba mareada con tanto título.

_ Doctor está bien doña Mercedes. Y la señora Lourdes, sería un placer

presentarle mis respetos _ dijo más calmo tratando de recuperar su máscara de hombría de bien.

_ Lourdes acaba de salir. Fue a visitar a su amiga Clara Insúa.

_ ¡Que pena!, ¿y los niños?, ¿fueron con ella? _ preguntó como al pasar mientras apoyaba el bastón y el sombrero sobre uno de los sillones. La pregunta extrañó a Mercedes.

_ Los niños están con Tina. Es su hora de estudio. Tina, la madre de Rafael, estuvo casada con un maestro y durante mucho tiempo lo ayudó en la tarea de enseñar, de manera que ella se ocupa de instruir a los pequeños y ellos lo disfrutan _ Mercedes se sentía incómoda, Imanol la ponía nerviosa.

_ Me ha dicho Bautista, es decir, Rafael _ sonrió forzosamente _ que a Miguelito le apasiona la lectura. Por eso me tomé el atrevimiento de traerle un obsequio. Una historia de caballeros del escritor escocés Walter Scott. ¿Cree que le gustará? _ Imanol, actor consumado en el arte de la simulación, buscó congraciarse con la anfitriona.

_ Seguro, Miguelito es un apasionado de las historias medievales. Se pondrá feliz _ la conversación se interrumpió al llegar Lola con una enorme fuente de plata. La depositó con cuidado sobre una mesa que acercó al invitado. Cuando se disponía a servir, Mercedes la detuvo.

_ Yo sirvo el té Lola, podés irte, gracias _ Mercedes no deseaba más enfrentamientos entre la negra y el Conde, no era bueno para sus nervios que estaban a punto de estallar.

Con elegancia tomó la tetera y sirvió la infusión comprobando que estaba en la temperatura ideal. Imanol saboreó el té y dio su visto bueno.

Mercedes respiró aliviada.

Unos gritos de algarabía provenientes del patio los alertaron de la finalización de la hora de estudio. Mercedes se asomó por la puerta y llamó a los niños que jugaban al gallito ciego con su abuela Tina.

Mercedes sonrió al verlos, Tina era otra desde la aparición de Rafael, si hasta parecía más joven. Ya no lloraba por los rincones, dejó de ser pesimista y su amargura se transformó en dulzura.

_ ¡Miguelito! _ lo llamó _ el doctor Imanol tiene un presente para ti.

El niño dejó de perseguir a su hermanita y corrió hacia su abuela

Mercedes. Alba quiso acompañar a su hermano pero Tina la detuvo.

_ Yo también quiero ir. ¿Por qué a mí nadie me hace regalos? ¡Siempre a Miguelito! _ se quejó enfadada.

_ Basta de caprichitos. Vamos a la cocina a tomar un rico chocolate _ la tentó Tina.

Mercedes y Miguel las vieron alejarse, Alba brincando y Tina tarareando una alegre melodía.

_ ¿Un regalo para mí? _ preguntó vivaz. Mercedes lo tomó de la mano y le presentó a Imanol.

_ Este señor es un buen amigo de tu tío Lorenzo y de Bautista.

_ ¿Bautista? Prometió llevarme a la redacción del diario en el que trabaja.

No veo la hora de ir _ dijo ilusionado. Imanol se impresionó por el gran parecido con Bautista. "El mismo cabello, los mismos ojos...ojos en los que me gustaría perderme". Reprimió el impulso de acariciar la carita

arrebolada que lo observaba expectante. "Ya tendré tiempo para eso y mucho más".

_ Miguelito, como Bautista me ha dicho que te encanta leer, te he traído este libro que narra las aventuras de un caballero medieval, Ivanhoe _ y ante los ojos desorbitados del niño desenvolvió un exquisito ejemplar de tapas de cuero repujado _ Ivanhoe era un joven y valeroso caballero que luchó a muerte en un sin fin de combates en defensa del honor, escaló muros de castillos, fue herido, capturado por sus enemigos y liberado más tarde y hasta lidió con el amor de dos mujeres : la judía Rebeca y la aristócrata lady Rowena _ Imanol logró su cometido, capturar la atención y la confianza del niño.

_ Muchas gracias señor, ya mismo lo voy a empezar a leer _ expresó con alegría.

_ Hazlo y dentro de unos días volveré así comentamos la historia, ¿quieres? Claro está, si a tu madre y a tu abuela les parece correcto _ se corrigió al notar el semblante severo de Mercedes.

_ Me parece bien doctor. Conozco la historia y es sumamente educativa, resalta los valores morales que lamentablemente muchas veces los hombres olvidan y menosprecian _ Imanol sintió que Mercedes lo involucraba en aquel comentario pero, ¿por qué? ¿Es que sospechaba? ¡Imposible! Ella era un pobre vieja y él, un lobo astuto y sanguinario.

_ Ahora me retiro doña Mercedes. Muchas gracias por el té, estaba delicioso. Mis saludos a Lourdes, espero verla en mi próxima visita. Hasta entonces Miguelito _ Imanol le dio un apretón de manos al niño y besó la mano de Mercedes. " Todo un caballero, aunque... Coincido con Lorenzo, el Conde de Treviño es un personaje siniestro. No lo quiero en mi casa".

Capítulo 14

"No brillaba ninguna chispa de locura en sus ojos ni desfiguraba su rostro ninguna mueca de demencia. Su estado de ánimo era claro y alegre... Parecía muy inocente, como cualquier hombre feliz". Patrick Süskind

Amelia, desde la ventana que daba a la calle, lo vio llegar. Se lo veía radiante, apuesto...imponente. El tibio sol de otoño resaltaba sus recias facciones; los ojos, como dos carbones encendidos, transmitían satisfacción. Por un breve instante lo deseó. Su pensamiento la escandalizó. "Estás loca", se censuró aunque un hormigueo febril le recorrió el vientre intensificándose en su sexo.

Un recuerdo lejano tomó cuerpo en su memoria. Una noche, cuando estaba despertando a la sexualidad, entró a hurtadillas en la alcoba de su hermano. Era verano y él dormía desnudo. Se detuvo junto a la cama y lo observó con curiosidad. Imanol estaba de costado, su sexo oculto; pero de repente se puso de espaldas y ella pudo admirar el pene erecto en toda su majestuosidad. Anonadada no podía despegar la mirada. Un cosquilleo ardiente anidó entre sus piernas experimentando la apremiante necesidad de tocar, de frotar su vulva. Así lo hizo hasta lograr un orgasmo. Ahogó, por miedo y vergüenza, el grito culminante. Se retiró lentamente, evitando hacer ruido; su hermano no debía despertar...y no despertó. Al menos así lo creía ella. Amelia, en la prisa por abandonar el dormitorio, no vio la sonrisa socarrona que se dibujó en el rostro de Imanol.

— ¡Amelia!, ¿dónde estás? — la voz grave de Imanol zamarreó sus devaneos volviéndola a la realidad.

— Aquí, en la sala — Amelia se asomó al zaguán, parecía agitada.

— ¿Te sientes bien? ¿Tienes fiebre? — Imanol le tocó la frente.

— ¡Claro que no!, ibasta de exagerar! — nerviosa se apartó de él. ¿Tanto evidenciaba su cuerpo los pensamientos que la atormentaban?

— Dile a Candelaria que te prepare una infusión de valeriana. Te calmará — expresó molesto. Amelia tenía la virtud de crísparlo, aunque al verla con ese vestido rojo pegado a sus generosas curvas sintió que la sangre le hervía. ¿Qué importancia tenía el incesto? Para su tía, la mojigata hermana de su padre, no era un problema, la maldita lo visitaba con frecuencia por las noches. Caricias lujuriosas, exigentes...besos escabrosos, amargos. Disfrutó envenenándola lentamente hasta la muerte. Nadie lo descubrió. Tomó la mano de su hermana con ternura. Si tan solo le gustaran las mujeres...pero no. Su apetencia estaba dirigida hacia otra dirección.

— ¿Cómo te fue con Lourdes? — la curiosidad la estaba carcomiendo.

— Perfecto, aunque Lourdes no estaba — acarició con dulzura la mano tersa y perfumada — Conversé amenamente con Miguelito, un niño inteligente y vivaz — respondió paseándose por la sala. Buscaba la pitillera, necesitaba

fumar, le urgía fumar. Pensar en ese niño lo excitaba..."Tan parecido a él".

_ Y ese mocoso, ¿de qué manera interviene en nuestro plan para destrozar a esa zorra?, ¿cómo nos ayudará para apartarla de Bautista? ¡El debe decepcionarse de Lourdes, sólo así será mío! Yo seré su consuelo _ una vez más Amelia perdía el control exasperando a Imanol. "Esta tonta lo arruinará todo".

_ No te lo diré. Sé paciente y contrólate _ Imanol encendió un cigarro, aspiró con urgencia experimentando inmediatamente placer y relax.

_ ¡Imanol!, te exijo que me cuentes que harás con Miguelito _ exigió con los brazos en jarra y echando chispas por los ojos.

_ ¿Que sucede con Miguelito? _ en ese momento apareció Rafael con unos papeles en las manos. Le disgustó que esos dos mencionaran al niño.

_ ¡Bautista!, ¿tomas el té con nosotros? Candelaria ha preparado una torta de ciruelas que te encantará _ Amelia se colgó del brazo de Rafael forzando una sonrisa seductora. Debía desviar la conversación.

_ No Amelia, tengo una cita con el jefe de policía. ¿Ocurre algo malo con Miguelito? _ se inquietó al notar que los hermanos trataban de evadir su pregunta.

_ Nada, nada, Bautista _ Imanol agitó la mano sacándole importancia al tema _ Le estaba comentando a Amelia que hoy fui a casa de Lourdes y como tú me habías dicho que al niño le gustan las historias medievales, le he obsequiado Ivanhoe. Ni te imaginas lo feliz que se puso _ manifestó con indiferencia.

La explicación no tranquilizó a Rafael, no le agradaba que Imanol se acercara al niño. Ni él ni Amelia.

Pronto se iría de esa casa. Pronto los apartaría de su vida.

_ A propósito Bautista, ¿cómo te sientes últimamente? Hace tiempo que no conversamos. ¿Qué opinas si hoy después de cenar hacemos una sesión de hipnosis? _ propuso Imanol de buen talante. Amelia se sobresaltó, "¿Qué pretende ahora mi hermano?".

_ ¿Hipnosis?, ¿y con qué objeto? _ Rafael estaba apurado, el jefe de policía lo aguardaba y a él le disgustaba ser impuntual, pero la propuesta de Imanol lo sedujo. "¿Y si me ayudara?"

_ Como he notado que mis brebajes naturales no están dando los resultados que esperaba, considero que es oportuno recurrir a esta innovadora técnica. En Francia tuve el honor de estudiar con Franz Mesmer, el precursor de la hipnosis. El sostiene que si la luna ejerce un poder sobre los mares, también puede influir en los fluidos del cuerpo humano y de hecho restablecer la salud. Mesmer es el descubridor de esta espectacular manera de curar la amnesia, como también de muchas enfermedades. ¿Te animas a que te hipnotice? Es una alternativa esperanzadora para tu mal, ¿qué dices? _ Imanol trató de controlar su ansiedad, si Rafael se sometía a la hipnosis él podría manipularlo a su antojo gracias al poder de la sugestión.

_ No puedo negar que me tienta hacerlo... lo pensaré, Imanol, lo pensaré. Me gustaría quedarme y continuar con tan interesante charla pero no deseo impacientar a don Esteban Salguero, el jefe de policía _ se disculpó.

_ ¿Lo entrevistarás por ese asunto de los asesinatos de niños? _ se interesó Amelia._ Deben detener a ese virulento homicida antes de que comience a matar niños de la sociedad patricia _ dijo alarmada.

_ Amelia, todos los niños son importantes, sin distinción _ la reprendió ofuscado_ El director del periódico, don Faustino Sarmiento, está empeñado en que se atrape a este sujeto. Por eso iniciaremos una campaña para presionar al gobierno y a la policía. Buscaremos testigos, seguiremos pistas, todas las pistas que se presenten, tanto en la redacción como en la comisaría. Publicaremos siempre en primera página todo lo relacionado con el caso. Hasta nuestro caricaturista se ha ofrecido para realizar dibujos del rostro del asesino con los datos que aporten los testigos. Es primordial que lo arresten _ concluyó irritado.

_ ¿Acaso lo han visto?, ¿se sospecha de alguien? _ Imanol se mostró interesado.

_ Lamentablemente no _ respondió consternado.

_ No hay que desmoralizarse. Verás como la policía lo atrapa, es inaudito que este personaje siniestro continúe matando criaturas inocentes, ¡que horror! _ Imanol se mostró indignado. "Nadie interrumpirá mi obra maestra. Estos ignorantes no comprenden que mato en favor de la vida. No sólo estudio el interior del cuerpo humano que es deslumbrante sino que satisfago mis acuciantes necesidades físicas. ¿Qué significa un niño piojoso menos en la faz de la tierra? Además, yo no quiero hacerles daño, sólo quiero matarlos".

Al quedarse solos, Amelia explotó contra Imanol.

_ ¿Qué te propones con eso de la hipnosis?

_ A su tiempo lo sabrás _ Imanol cortó un trozo de torta de ciruelas que Candelaria había dispuesto sobre la mesa junto al servicio del té _ Esta torta está deliciosa, prueba hermana.

_ ¡Déjate de sandeces y explícate! _ Amelia, furiosa, le quitó de un golpe la porción de torta que en ese momento Imanol se llevaba a la boca arrojándola al piso.

_ ¡Hermanita! Creo que voy a recetarte unas píldoras para los nervios y no te preocupes que son de mi invención _ se rió alterando aún más a la mujer.

_ ¿Qué es lo que te divierte? _ Amelia se paseaba de un lado a otro en el amplio salón, tropezando con las sillas y sillones que encontraba a su paso.

_ Querida, cálmate _ Imanol la tomó del brazo con delicadeza deteniendo su marcha descontrolada y juntos se sentaron en un sofá de suave terciopelo azul _ Déjalo todo en mis manos. ¿No confías en mí? _ Amelia a duras penas afirmó con la cabeza _ Mira, a través de la hipnosis se puede influir en el sujeto a hipnotizar, ¿entiendes? Estando Bautista en trance puedo sugerirle que tú eres el amor de su vida, puedo hacer que se obsesione contigo. ¿Contenta? _ dar explicaciones a un retrasado mental era más fácil que dárselas a su hermana.

_ Mucho, ¿crees que dará resultado? _ se exaltó.

_ Por supuesto, ¿dudas de mí? Estoy sumamente capacitado, durante tres

años estudié con Mesmer y leí todo sobre las técnicas de hipnosis de Johann Gassner, maestro de la sugestión _ recitó orgulloso.

_ Muy bien, lo dejo todo en tus manos. Ahora me voy a recostar, se me parte la cabeza. Por favor dile a esa negra haragana que me prepare un té de tilo _ Amelia se retiró a su alcoba con el corazón ligero, su hermano pondría las cosas en su lugar, es decir, a Bautista en sus manos.

Imanol se sentó plácidamente a la mesa, se sirvió una taza de té al que agregó un chorrito de crema. Lo saboreó complacido. Luego encendió un cigarro y se repatingó en la silla. "Estos son los grandes pequeños placeres de la vida. ¡Cuánto los disfruto! ¡Si señor!, matar es una experiencia entretenida".

Capítulo 15

"Al principio sintió tristeza...Después experimentó inseguridad, y la inseguridad se convirtió en temor..."
Spencer Jhonson

Rafael abandonó su casa con la mente confusa. Por momentos la amistad que le brindaban Imanol y Amelia lo confortaba, pero otros lo sofocaba. Por momentos lo ayudaban, y otros parecían querer someterlo. De algo estaba seguro, cada vez que conversaba con ellos, un sabor amargo y siniestro le recorría el cuerpo.

¿A que se debía? No podía explicarlo, pero lo inquietaba sobremanera. Y ahora, la hipnosis. Una idea innovadora que Imanol deseaba aplicar en él para lograr su recuperación. ¿Qué hacer? Se sentía tentado en aceptar, pero...no, no confiaba en Imanol. Esa era la verdad y no estaba dispuesto a mostrarse vulnerable ante él, porque ese sería su estado durante la hipnosis. No lo haría.

Un carruaje de alquiler pasó delante suyo interrumpiendo sus cavilaciones. Corrió una pequeña distancia gritando al cochero cuando sus silbidos no surtieron efecto. Finalmente el hombre lo escuchó y se detuvo.

— Al Departamento de Policía ubicado en la calle De la Merced — especificó con la voz entrecortada por la inesperada carrera.

La monótona marcha sobre las calles empedradas lo distrajo de sus pensamientos anteriores enfocando su preocupación en el asesinato de niños y en su entrevista con el Jefe de Policía.

Don Esteban Salguero. Poco sabía de él, sólo que hacía unos meses había llegado de Cochabamba instalándose en una casona sobre la calle de La Piedad, a pocas cuadras de la residencia de Lourdes. De ideas unitarias, durante la dictadura de Rosas huyó a Córdoba con su familia para salvar su vida, y de allí se exilió en Bolivia. Un amigo en común se refirió a él como un hombre sombrío y taciturno, que cargaba una culpa secreta desde su juventud. Su mujer murió al nacer el tercer hijo, quién también murió; y sus dos hijos mayores, ambos militares, decidieron permanecer en Bolivia.

Con aire reticente saludó al oficial que estaba apostado en la doble puerta del edificio de frente encalado.

En el hall principal, un uniformado le preguntó con amabilidad el motivo de su presencia. Al revelar su nombre, el policía lo acompañó hasta la oficina de don Esteban Salguero.

— Jefe, don Bautista Roldán del periódico "El Nacional" lo busca — luego de anunciarlo lo hizo pasar a una habitación pequeña iluminada por dos lámparas de gas. Detrás de un escritorio repleto de carpetas, un hombre de pie, alto y delgado, lo observó con interés.

— Adelante, adelante, por favor. Puede retirarse López — Esteban Salgado, de porte gallardo, lucía vital, aunque sus ojos eran el espejo de una pena

honda...profunda. Rafael calculó que rondaría los cincuenta años _ Tome asiento. Faustino ya me adelantó el tema del reportaje, está muy interesado en que se capture al depravado.

_ Como todos los ciudadanos, don Salguero. El miedo corre como un reguero de pólvora por los barrios de Buenos Aires. Si bien hasta ahora ha secuestrado a niños esclavos y de las clases más humildes, toda mujer que es madre sin importar la clase social a la que pertenezca, vive con el corazón en la boca. Es imperativo que se lo descubra y arreste _ manifestó indignado.

_ Y en eso estamos abocados, amigo _ Esteban se atusó con parsimonia el bigote apenas encanecido.

_ Creo que deberían poner más ahínco en la búsqueda. Mientras nosotros conversamos, ese loco puede estar tras su siguiente víctima o quizá ya la ha capturado _ explotó Rafael ante la tranquilidad del Jefe de Policía.

_ No se exalte mi amigo, nosotros sabemos hacer nuestro trabajo. ¿Gusta un mate? No puedo ofrecerle algo más fuerte porque estoy en horario laboral _ Salguero caminó hacia la puerta con la intención de ordenar que algún cabo les cebara unos amargos, pero Rafael lo detuvo.

_ No quiero nada señor. Lo único que deseo es que el cuerpo policial se esfuerce para detener esta pesadilla. ¿Qué es lo que se sabe hasta ahora?

_ "¡Este hombre es un inepto! Su desidia desencadenará una tragedia mayor", pensó enfurecido.

_ Muy poco. No encontramos testigos, y si los hay, callan por temor. Lamentablemente la gente no quiere enredarse en estos asuntos, más aún siendo niños de poca importancia, pobres negros y escuálidos vagabundos. Si estamos enterados de lo sucedido es porque los dueños y patrones denunciaron la desaparición deseosos de recuperarlos cuanto antes. No lo hicieron preocupados por la suerte de los niños sino porque su ausencia les provocaba pérdidas económicas. Bautista, la práctica de valores, vital para la mejor convivencia social, parece ser parte del pasado. El respeto a la persona es un término prácticamente desconocido. La pérdida de valores morales termina en la insensibilidad, en la falta de respeto a la vida del otro, en la ausencia de honestidad y en la falta de justicia. Yo dejé este país en un momento de caos absoluto. Juan Manuel de Rosas persiguió a mi familia con saña por oponernos a su pensamiento. El miedo, la violencia, la corrupción, la mentira, la hipocresía, eran moneda corriente. Aunque quizá no lo comprenda, mi sentido del honor me llevó al exilio para luchar desde allí por mi Patria y su salvación. Y ahora, que nuevamente estoy en mi país bregaré con todas mis fuerzas para imponer justicia y defender la vida y la libertad _ afirmó alzando la voz por primera vez.

_ Y si esos niños son de tan poca valía , ¿cómo es que este suceso ha tomado estado público causando temor y preocupación? _ dijo obnubilado por la fuerte exposición de Salguero, declaración que echó por tierra todos los juicios que se había formado del hombre.

_ Muy simple, uno de mis cabos es el tío de uno de los niños desaparecidos. El pequeño trabajaba cargando bolsas en el puerto. Con esa changa ganaba unas monedas que llevaba a su madre viuda y a sus

cinco hermanitos. Una noche no regresó. La madre desesperada recurrió a su cuñado que hizo la denuncia. Enterados sus compañeros, la noticia explotó divulgándose por todos los barrios periféricos de la capital.

Todos en este Departamento estamos empeñados en llegar al quid de esta cuestión siniestra. Y si ahora me permite, necesito tomar unos mates. Necesito calmarme, si me altero pierdo lucidez y en este momento me es imprescindible _ dejó la habitación unos minutos y regresó con una pava de aluminio y un mate de calabaza. Apoyó la pava sobre el escritorio, acercó una silla de cuero gastado a Rafael y comenzó a cebar.

_ Si no encontraron testigos, ¿dónde se origina la pista que afirma que es un hombre el que los secuestra para luego asesinarlos? _ Rafael saboreó el mate y un gusto a menta le inundó la boca.

_ En realidad, sí hay un testigo, pero su credibilidad está en duda _ suspiró fatigado.

_ ¿Qué quiere decir?

_ Su nombre es Chinga, es una india vieja que vive en los portales de las iglesias. Los que la conocen cuentan que desde que su marido y su hijo murieron por los fusiles militares durante un malón en la zona de Azul, quedó mal de la cabeza. Abandonó a su pueblo y desde entonces recorre las calles porteñas entonando canciones fúnebres, potentes y emotivas. Ella contó que una noche le llamó la atención ver a un negro fornido caminando en dirección al río con un bulto sobre la espalda.

Repentinamente la manta que cubría el bulto se deslizó dejando a la vista la cabeza de un niño y la mitad de su rostro manchado de sangre.

Espantada, se ocultó en las sombras y permaneció así, temblando hasta el amanecer. A la mañana siguiente, como todas las mañanas, se presentó en la parroquia de San Ignacio donde el cura le sirve un frugal desayuno. La india le contó lo sucedido al párroco y el párroco me lo contó a mí.

Es poco sustentable, pero es la única pista que tenemos. Que se propone este maníaco es un misterio. _ recibió el mate de Rafael y se cebó otro para él, caliente y amargo, así le gustaba.

_ Algo es algo. Y, ¿cuáles son sus planes? Me gustaría participar, si usted me lo permite, claro.

_ Lo tendré en cuenta. En este mismo instante el oficial Saturnino Robles está al frente del cuerpo de Vigilantes a pie que recorren la zona de la parroquia de San Ignacio y sus alrededores. Por otra parte, el oficial Manuel Tejedor y un grupo de Vigiladores a caballo rastrillan la región ribereña. Si bien nuestra estructura es insuficiente, nuestro ánimo y las ansias de capturar a este monstruo compensa cualquier deficiencia _ expresó orgulloso.

_ Le aseguro que el periódico "El Nacional" le dará todo su respaldo.

_ El respaldo del cuarto poder es importantísimo. Confío en que pronto, resolveremos este intrincado caso _ auguró confiado Salguero dándole un fuerte apretón de mano a Rafael a modo de despedida.

Eran las ocho de la noche cuando Salguero abandonó el Departamento de Policía. Montó a caballo hasta su residencia. Acostumbraba hacer un alto en la pulpería del "Chueco Gervasio" para tomar unas copitas de ginebra, pero esa noche decidió no hacerlo, se encontraba melancólico. Amarró las

riendas de su pingo en el nogal que crecía en el frente de su casa. Al entrar se encontró con Lautara, una negra regañona que lo adoraba. Diez años mayor que él, lo había cuidado desde recién nacido.

— Esteban, ¿que te anda pasando m' hijo? Te noto apagao. ¿Otra vez pensando en ella? Tantos años pasaron y no te la podes sacar de la cabeza — le dijo mientras lo ayudaba a quitarse el gabán y colgaba el sombrero en el perchero.

El no le respondió. Caminó arrastrando los pies hasta su dormitorio.

— ¿No vas a cenar? ¡Esteban!, ¡te vas a morir si no comes! — chilló con sentimiento maternal.

— ¡Ojalá! — dijo en voz baja.

Solo en su habitación, se sentó en la cama. Extendió el brazo y abrió el cajón de la mesita de luz. Con cuidado extrajo un camafeo. En el ónice, el rostro grabado de una mujer.

"Consuelo, amor de mi vida...", suspiró angustiado.

Desde su regreso a Buenos Aires vivía en la más completa apatía. Sólo lo animaba a continuar respirando su deseo de hallar el fruto del amor que una vez, hacía ya mucho tiempo, despreció.

En sus largas noches de insomnio se preguntaba que habría sido, niña o niño.

"Rondará la treintena", calculó esa noche en particular. La entrevista con el periodista de "El Nacional" una semana atrás, lo arrastró de manera inexplicable a su pasado. Cada vez que conversaba con algún joven de treinta años, veía a su hijo, y sobretodo, si ese joven revelaba valores morales altos y una personalidad temeraria. Le hubiera gustado que su hijo se pareciera a Bautista Roldán.

Y si en cambio fuera una mujer...sería igual a su madre, bella, musical. Sí, Consuelo era una como un vals que llevaba grabado en su corazón. Lo que comenzó como una aventura terminó por encadenarlo a un amor prohibido. Por su estúpida cobardía no sólo la perdió sino que la condenó a la vergüenza y al escarnio. La abandonó a su suerte y él...él huyó con pavor a las consecuencias.

Tiempo después, en una tertulia organizada por su esposa, se enteró de la muerte de Consuelo.

— ¡Un oprobio! Embarazada y de un hombre casado... ¡un verdadero escándalo! Murió dando a luz en el convento de las Carmelitas — la mujer se regodeaba con la noticia, la disfrutaba. Teresa era conocida por su lengua viperina, pero por ser su marido un respetable y encumbrado comerciante, se la invitaba a toda reunión social.

Esteban al escuchar el nombre de su víctima se acercó con aire distraído a su mujer. Enlazó su cintura y la besó tiernamente en la mejilla. No amaba a su esposa, simplemente la soportaba.

— Aldo, deberías aprender de Esteban — la mujer codeó con fuerza a su marido que casi se atraganta con el jerez que saboreaba — Mirá que cariñoso es con Sofía.

Esteban sonrió a la pareja y preguntó con interés:

_ ¿Quién ha muerto, Teresa?

_ Consuelo Aguirrezabala. Una jovencita con aires de santa que resultó ser una puta _ el marido nuevamente se atargantó con la bebida al escuchar los improperios de su mujer.

_ Perdón, pero no existe otro calificativo para su inaudita conducta.

¡Pobres padres! Mercedes estaba muerta en vida y Alonso no volvió a salir de su casa. Sólo lo hizo en el ataúd _ concluyó.

_ Y, ¿qué fue? _ preguntó Esteban con un hilo de voz.

_ ¿Que fue qué? _ Teresa lo miró intrigada. ¿Qué le sucedía a ese hombre? Estaba más blanco que la cera.

_ ¿Fue niña o niño? _ preguntó alarmando a su esposa. "¿Por qué tanto interés?", sospechó Sofía.

_ No sé. En el velatorio de Alonso no se habló del tema, y por más que traté de averiguar no conseguí saber el sexo del fruto del pecado.

Desafortunadamente, nuestro repentino viaje a Córdoba impidió que me enterara del enigma. Pero ya me enteraré a mi vuelta. Mis esclavas me notificarán _ una sonrisa ladina se formó en su boca insulsa.

¡Recuerdos infames, perturbadores! Recordar lo hería de muerte, muerte páfida que se negaba a llevarlo en su carromato hasta el mismo Infierno.

"Ese es mi lugar, allí pertenezco", gritó haciendo tronar con el puño la mesa de roble. La copa y la jarra de cristal que contenía un costoso vino español saltaron de la mesa haciéndose añicos contra el piso de madera.

_ ¡Virgen santa!, ¿qué es este desorden? _ Laureana entró corriendo a la sala alarmada por el estruendo.

_ Nada, mujer, nada _ la voz apagada y los ojos vidriosos le revelaron la verdad a la negra.

_ Otra vez los espíritus te andan atormentando, ¿no? Esteban, m' hijo, no te torturés má' _ Laureana sufría viéndolo desangrarse día a día por un dolor incurable.

_ Es tarde, vete a dormir _ gruñó malhumorado.

Al quedarse solo decidió acostarse también, estaba agotado. La búsqueda del asesino de niños lo extenuaba, lo enardecía no llegar a resultados certeros. "¡Maldito perturbado!, ¿dónde te escondes?", se alteró. Tres grupos de vigilantes removiendo cielo y tierra, y...inada!

Sin quitarse la ropa se tiró sobre la colcha. La cama crujió bajo su peso.

Apagó las velas del candelabro y cerró los ojos.

Y nuevamente las imágenes del pasado, que como una páfida obra de teatro, lo atraparon en una telaraña de recuerdos que estrujaban su alma torturada.

Se encuentran en una casona abandonada en las afueras de la ciudad.

Consuelo corre a sus brazos y llora. Sus lágrimas le queman la piel, toda ella es una brasa que lo devora. ¡Cuánto la ama!

Ella, sollozando, le revela su secreto. ¡Embarazada! Se lo cuenta con rapidez temiendo el rechazo.

Y él...él la separa con brusquedad de su cuerpo. El miedo le nubla el entendimiento, lo vuelve violento.

Consuelo cae de rodillas sobre el piso de piedra y allí permanece alelada, sus enormes ojos azules fijos en él sin comprender, ciega de dolor.

"¿Por qué Esteban, por qué me rechazas? Acaso jugaste conmigo, ¿por qué? ¿Dónde quedó tu juramento de amor?"

Su dulce voz repica en sus oídos, quiere abrazarla...besarla, pero no!, es imposible. No puede abandonar a su esposa y a sus hijos.

Huye sin dar explicaciones. Ella lo ve alejarse, permanece tirada en el suelo llorando.

Un lamento lo alcanza: "¿Por qué mi amor? No me abandones. ¡Esteban, Esteban!".

_ ¡Esteban!, ¡Esteban! _ Laureana golpeó nerviosa la puerta del dormitorio sacándolo de su pesadilla, de su infierno.

_ Ya voy, ¿qué sucede? _ abrió la puerta frotándose los ojos, amenazado por una fuerte jaqueca.

_ Un tal Bautista Roldán pide verte _ la negra retorció su delantal con nerviosismo.

_ ¿A estas horas?, ¿qué quiere? _ se molestó.

_ Está muy angustiado...¡está como loco!, ¿qué le digo? _ le gritó descontrolada.

_ Calma Laureana, ¿dónde está?

_ En la sala _ respondió con la voz estrangulada.

Lo encontraron caminando de un lado al otro como un león enjaulado.

_ Don Salguero, algo terrible sucedió. Miguelito, el hijo de doña Lourdes Aguirrezabala desapareció.

Capítulo 16

"Era el fru-frú del almidón de tus enaguas cuando las sombras de la noche empezaban en las copas de los árboles. Era el tiempo de los abrazos y de la lluvia, las horas del amor profundo en las zarzas". Marco Matos

Una semana antes del secuestro de Miguelito

La tarde plomiza acentuó la melancolía de Lourdes. Sentada cerca de la chimenea, se arrebujó en su poncho de lana morada. El calor que se desprendía del fuego no bastaba para calmar el frío de su alma. Tantos encuentros con Rafael, tantas cenas, tantas conversaciones; algunos besos furtivos, algunas tímidas caricias y ...inada! El no recordaba, no la recordaba.

Mercedes no dejaba de alentarla: "No temas preciosa, en el momento menos esperado él recordará".

Pero, ¿cuándo? Los días pasaban, los meses pasaban y él...inada! ¡Maldito destino!

No deseaba llorar, estaba harta de derramar lágrimas por el amor de un hombre. No era una mendiga, era una mujer fuerte, pero cansada de enfrentarse a tantas arbitrariedades.

"Si no me recuerda que se vaya al infierno", pensó secándose con rabia las lágrimas que juró serían las últimas.

Las hojas de papel que dormían en su regazo la llamaron con insistencia. Leer aquel diario le hería el corazón, pero malévolo, se obstinaba en reclamar su atención.

Enero de 1845

Jueves

Cabalgamos sin descanso. Montamos juntos en el mismo caballo, nuestro fiel Moro. Voy relajada, descansando sobre el pecho de Rafael. El me abraza.

No queremos detenernos en las postas que avistamos en el camino por temor a que algún espía de La Mazorca nos reconozca.

Nos detenemos en un bosque de cipreses y en un claro almorzamos lo que mi querida Tomasa nos alistó con esmero: pan, queso, panceta y duraznos jugosos. ¡Todo riquísimo!

Hasta me preparó una dulce sorpresa: un puñado de alfeñiques, mis caramelos preferidos.

De repente siento el cuerpo de Rafa aprisionándome. Deposita un reguero de besos en mi cuello y yo me estremezco. Dejo que continúe, sus caricias cada vez más insolentes, más invasivas. Gozo, me delito. Nos perdemos en una tormenta de pasión hasta que vencida me duermo saciada en sus brazos amorosos. Descansados, partimos al amanecer.

Sábado

Llegamos a Dolores a media mañana. Nos recibe una llovizna persistente. Pasamos delante de la capilla. Más tarde iremos a ver al párroco, el padre Fermín, amigo de la abuela de Rafael. .

El rancho que buscamos está lejos del pueblo. Al llegar salto de la montura y corro hacia la puerta. Está sin tranca. Abro las pequeñas ventanas y descubro un mobiliario humilde cubierto de telarañas. Caliento agua en una vasija abollada y preparo un delicioso té de menta. Bebemos la infusión riéndonos sin motivo. ¡Somos tremendamente felices!...

Lourdes interrumpió por un instante la lectura, la nostalgia es tanta que la asfixia. "Tiempos de un amor que no volverá", se repitió consternada. Con manos temblorosas vuelve a abrir el diario en el momento de su boda...

Sábado por la noche

Mientras Rafael ultima los detalles de la ceremonia con el padre Fermín, a mí me preocupa que lucir en la celebración. No es lo que soñé, pero eso es lo de menos. ¡Soy feliz!

Con sorpresa encuentro dentro de mi bolso, envuelto en papel de seda, un bellissimo vestido de tul y encaje color crema. "Fue el regalo de cumpleaños de tu madre. Ella no pudo usarlo. Ahora es tuyo Lourdes". La esquila de la abuela Mercedes me sobrecoge, sé que mi madre estará junto a mí esta noche.

El vestido me sienta a la perfección.

Alguien golpea. Es Eulogia, la mujer agradable que conocí esta tarde en la sacristía de la iglesia. Prometió ayudarme en mi arreglo y ha cumplido. Decido dejar mi cabello suelto. ¡Está terriblemente largo! Me llega hasta la cintura...

Eulogia tejió para mí una corona de margaritas. Y para completar mi atuendo me regala un ramo de anémonas y crisantemos blancos, destacándose en el centro una rosa malva.

Con una sonrisa me dice: "Las anémonas representan el amor eterno".

Tiempo después descubrí que y la rosa malva es el símbolo de las almas gemelas.

Tina, con sigilo, entró en la sala trayendo un mate para Lourdes.

_ Hace tanto frío que pensé que te vendría bien un matecito bien caliente

_ le dijo con ternura _ ¿Qué estás leyendo querida? _ preguntó con curiosidad al notarla tan absorta en la lectura.

_ Mi diario, el día de mi boda... ¡Ay Tina!, ¡qué feliz fui! _ se lamentó, su corazón herido _ Lo intenté, Tina, intenté atraerlo nuevamente hacia mí, pero fracasé y...y ¡no lo soporto! _ no pudo mantener su juramento y se deshizo en lágrimas amargas.

_ Mi querida niña _ Tina se arrodilló junto a ella y la abrazó _ no desesperes. Estoy segura que la Virgen Santa escuchará nuestras plegarias y muy pronto Rafael nos recordará. Recordará el amor profundo que se han tenido. Tengamos fe _ la besó en la frente con cariño maternal y la animó a tomar el mate que le ofrecía.

_ ¿Y los niños? No quiero que me vean llorar _ se preocupó, no deseaba

entristecerlos.

_ En la cocina con doña Mercedes. Tomasa les preparó pastelitos de membrillo y los están disfrutando _ se rió logrando arrancar una sonrisa a Lourdes.

Al quedar nuevamente sola buscó la página que regocijaba su corazón. Después de amarnos con frenesí corremos desnudos, protegidos por las sombras de la noche hasta la laguna que se esconde entre un tupido follaje detrás del rancho. Nos sumergimos en las aguas frías, pero nuestra pasión las entibia. Nos tocamos con apetito memorizando cada parte de nuestros cuerpos.

Rafael me susurra : "Te amo con cada frágil aliento, con cada sonrisa y con cada lágrima de mi ser. Y si Dios lo desea, tras la muerte te amaré aún más"...

_ ¡Mamita!, ¡mamita! _ Alba entró corriendo y llamándola a los gritos. Su aspecto dejaba mucho que desear: las trenzas deshechas, el encantador vestido de poplin celeste manchado de barro al igual que sus primorosas botitas de cuero. ¡Un verdadero desastre!

Al verla dejó a un lado el diario y la abrazó sin importarle lo sucia que estaba su niña. "El no me recuerda, pero aquí están nuestros hijos, testimonios de nuestro amor", pensó conmovida.

La niña se apartó de su madre y hurgó preocupada en su rostro.

_ Mamita, otra vez llorando...¿por qué? _ se acercó y le acarició el rostro con el ceño fruncido.

_ No llores tesoro, sólo estoy resfriada. Pero...¿qué te pasó?, ¿te caíste?, y Miguelito, ¿dónde está? _ Lourdes comenzó a examinar a su hija temiendo que estuviera lastimada.

_ Me trepé al naranjo y me caí _ Alba comenzó a lloriquear.

_ ¡Alba, cuántas veces te dije que no te trepes a los árboles! ¡Es peligroso! _ se enfadó Lourdes _ ¿Y por qué lo hiciste?

_ Para devolver a su nido al pajarito _ respondió con inocencia _ Pensé que la mamá estaría muy triste...No me regañes mamita, no me gusta que las mamás estén tristes, además sólo me raspé apenas las rodillas _ los pucheritos de la niña enternecieron a Lourdes. La sentó en su regazo mientras la colmaba de besos.

_ ¡Mamita!, me haces cosquillas _ se quejó entre risas.

_ ¿Y Miguelito?, ¿dónde estaba cuando tú trepabas al árbol? _ se inquietó. El nunca dejaba sola a su hermanita.

_ Estaba en la cocina con Lola y el señor Bautista. A Miguelito le gusta mucho conversar con el señor Bautista, pero yo me aburro...

_ ¿El señor Bautista está en casa?, ¿ahora? _ el corazón le comenzó a latir con fuerza.

_ Sí, mamita, en la cocina tomando mate y comiendo torta frita y hablando de caballeros y dragones. Los dragones echan fuego por la boca. Me asustan los dragones por eso los dejé y fui solita al jardín con "Canela"

_ Alba se refería a su perrita, compañera de juegos y travesuras _ Ella fue la que encontró al pajarito entre las hojas secas.

_ ¡Vamos Alba! Quiero hablar con el señor Bautista _ la tomó de la mano y juntas se dirigieron a la cocina, a pesar de las protestas de la niña.

"No estoy dispuesta a esperar más. No me interesa la opinión del doctor Imanol, creo que es torpe y descabellada. Tiene razón el tío Lorenzo. ¿Qué mal puede hacerle a Rafael reencontrarse con su familia? Yo asumo toda responsabilidad de las posibles consecuencias. Esta misma tarde sabrá quién es en realidad. Basta de encubrimientos", decidió sin cavilar.

Alba rezongó hasta llegar a la cocina, pero no bien traspuso la puerta corrió y se colgó del delantal multicolor de la cocinera rogándole con voz salamera una "taza gigante" de chocolate caliente con churros.

_ Y con muuuchooo dulce de leche Tomasita _ agregó guiñándole un ojo con picardía.

Rafael estalló en carcajadas y Miguelito se unió a la petición de su hermana. Juntos se sentaron en la punta opuesta de mesa en donde estaba acomodado el hombre que no sacaba su mirada de los pequeños golosos.

Lourdes se aproximó a él y se sentó a su lado. Rafael al verla intentó ponerse de pie, pero ella se lo impidió con una sonrisa que le aceleró el corazón.

_ ¡Que sorpresa Bautista!, no sabía de su visita _ el rostro de Lourdes, tan bello, tan sereno, le cortó la respiración.

_ Imanol me comentó acerca del libro que le regaló a Miguelito y quise saber si le había gustado _ inventó en ese momento. En realidad estaba preocupado por la aproximación de Imanol al niño, desconfiaba del médico. No deseaba que se relacionara con aquella familia, no deseaba que se relacionara con Lourdes. Sentía celos, era inútil que continuara mintiéndose, sí, sentía tremendos celos de saberlo cerca de ella.

_ Muy amable de tu parte. Le encantó la historia, tanto que se pasó una noche en vela leyendo. Es un apasionado de la lectura. En eso se parece a su padre _ esto último lo recalcó intencionalmente.

_ A mí también me gusta leer. Me interesan los libros sobre política _ Rafael no comprendió el cambio repentino de Lourdes, sus facciones se ensombrecieron y sus labios, que tanto lo tentaban, se volvieron rígidos. "De mí te olvidaste, pero de la maldita política...ino! Tu amor por ella nos separó", pensó encendiendo su malhumor.

_ ¿Dije algo que te disgustó? _ preguntó extrañado por el cambio de Lourdes.

_ Odio la política y todo lo relacionado a ella. A causa de la política perdí a mi marido _ concluyó exasperada.

Rafael se perdió en el rostro de la mujer: los ojos refulgían acentuando el verde de su mirada, las mejillas arreboladas por el enfado eran el marco perfecto para una boca, húmeda y carnosa, que lo invitaba a devorarla. Por un breve instante se mantuvieron en silencio. Se observaron con intensidad, tratando de entrar uno en el alma del otro procurando descubrir sus secretos más profundos.

Tomasa, se movía por la cocina ocupada en la preparación de la cena. Mientras cortaba chauchas no apartó en ningún momento su atención de ellos. Al notar que ya no conversaban, carraspeó nerviosa.

"¡Ay Diosito Santo!, la niña Lourdes se propone algo, la conozco, la conozco. No vaya a ser que le zampe la verdad a don Rafael. ¡Ay San la Muerte, no nos desampares!", dándoles la espalda se persignó tres veces, rito que hacía para alejar a los malos espíritus.

Lourdes desvió su atención hacia Tomasa y los niños que cuchicheaban entretenidos.

— ¿Me acompañas a la sala? Debo decirte algo importante — expresó con decisión y al pararse con brusquedad la silla cayó en el piso de piedra.

Tomasa pegó un salto y los niños la miraron intrigados.

— No te asustes Tomasa, sólo se cayó la silla. Por favor cuida a los niños, Tina y la abuela Mercedes fueron de visita a la casa de Laura Insúa...

— ¿A lo de la señora Laura?, ¡pobrecitas! — Tomasa sintió pena por ellas.

"Esa doña habla como una cotorra", pensó

— Tienes razón Tomasa, pero así son ellas...masoquistas — Tomasa asintió sin comprender el término empleado por su niña Lourdes, pero si ella lo decía así habría de ser.

— ¡Mamita!, nosotros vamos con ustedes. Ya terminamos de merendar — Miguelito se aproximó a Rafael — ¿Me seguirá contando la historia de sir Lancelot? Mamita, ¿sabías que cuándo sir Lancelot era un bebé su mamá lo dejó al cuidado de la Dama del Lago? — contó con precisión.

— ¿La Dama del Lago?

— Sí, mamá, un hada de las aguas. — dijo orgulloso de sus conocimientos.

— Yo también quiero que me cuente que le pasó a ese bebé señor Bautista

— intervino Alba tironeándole la manga del gabán con insistencia.

Rafael se arrodilló poniéndose a la altura de la niña y con ternura le prometió hacerlo mientras le besaba las manitos sucias de tierra y dulce de leche.

— El señor Bautista les contará todos los cuentos que se les ocurran, pero ahora no — expresó terminante.

— Mamita...¡que mala! — protestó Alba.

— No le digas mala a mamá Alba. Después de que ella hable con el señor Bautista, él nos contará la historia de sir Lancelot...

— ¿Y del hada del lago? — se entusiasmó

— También, ¿verdad mamá? — preguntó esperanzado.

— Claro mis amores, pero ahora se quedan con Tomasa — Lourdes no dejaba de maravillarse por la madurez de su hijito de ocho años.

Al llegar a la sala, Lourdes cerró la puerta y lo invitó a sentarse en el sofá. Ella, para sorpresa de Rafael, lo hizo a su lado.

Lourdes se mostraba serena, aunque en realidad era un manojo de nervios. Rafael estaba perplejo, no comprendía que estaba sucediendo. Repentinamente, Lourdes se paró y caminó hacia el ventanal que daba al jardín. Corrió la cortina de gasa y se quedó petrificada mirando hacia afuera.

— ¿Ves ese naranjo Bautista? — Rafael se estiró y asintió con la cabeza. — Ese árbol creció junto a mi madre, acompañó mi niñez y fue testigo de los momentos trascendentales de mi vida. Mi madre, Consuelo, lloró bajo su sombra el abandono del hombre que amó y que desgarró su corazón. Nunca conocí a mi padre, desapareció como lo hacen los cobardes. Mi

madre se enfrentó sola a la maledicencia y defendió la vida que llevaba en sus entrañas con coraje y orgullo. Sin embargo, la muerte fue más fuerte y se la llevó al nacer yo. Desde ese instante Tina y mi abuela Mercedes fueron todo para mí...mi madre, mi padre, mi familia! No debo olvidar al tío Lorenzo, siempre mimándome y protegiéndome. Pensé que no podría ser más feliz. Me equivoqué.

Un domingo, después de misa, un soldado federal me defendió de unos esbirros de La Mazorca que querían arruinar mi cabello con alquitrán. Yo siempre fui rebelde, odiaba la cinta color punzó que el Dictador Juan Manuel de Rosas nos obligaba lucir, de modo que nunca la usaba. Esa mañana me descubrieron e intentaron pegarla en mi cabello. Gracias a ese joven logré escapar. Escapé de esa horrible situación, pero no de él. Se metió en mis pensamientos, en mi corazón, en mi alma...lo amé sin saber quién era. Poco después, durante una procesión en honor al tirano, pasó delante de mi casa. Por insistencia de mi abuela me senté en el alfeizar de la ventana maldiciendo las imposiciones que debíamos sufrir para evitar la tortura y hasta la muerte. Recuerdo que rezongué, así como lo hizo recién Alba. "Es un circo, abuela", le dije crispada. "Shh niña, que pueden oírte. Por lo menos asómate a la ventana, así sabrán que nosotras nos unimos a ellos", pobre abuelita, ¡cuánto la hice renegar!

La gente comenzó a pasar aplaudiendo y vitoreando al Restaurador, y allí, entre esa chusma, estaba él, junto al cuadro de Rosas y de la Inmaculada. Altivo, sonriente...no podía dejar de mirarlo...y cuando sus ojos grises se toparon con los míos, me sentí morir.

Rafael la escuchaba absorto sin comprender a dónde quería llegar, qué buscaba con semejante confesión.

Lourdes controlaba las reacciones de Rafael confiando en que algo de su narración lo sacudiera. Hasta el momento, ¡nada!

— No tarde mucho en conocer su nombre. Una tarde nos encontramos en la Recova. Yo iba con Lola a la mercería por hilos de seda y él hacía su recorrida oficial por la plaza de la Victoria. "El destino está empecinado en unirnos", me dijo, "Permítame que me presente, soy Rafael Cuitiño".

Nunca imaginé que mi mazorquero fuera el ahijado de Ciriaco Cuitiño, el nefasto jefe de "La Mazorca". Saberlo me atemorizó, aunque no lo suficiente para apartarme de él. En el Paseo de la Alameda me declaró su amor, amor que yo le correspondía. Desde entonces no nos separamos más. Nuestros familiares se opusieron. Mi familia era unitaria; la suya, federal. Luego de muchas mentiras y dolor, mi abuela lo aprobó; pero su padrino, no. Huimos a Dolores donde nos casamos. ¡Que felices fuimos! Ahí no terminó nuestra odisea, debimos viajar hasta Bolivia atravesando todo el norte de nuestro país. Si los espías de Cuitiño nos hallaban tenían la orden de matarnos. Fracasaron y nosotros llegamos a salvo a nuestro destino. Por un tiempo vivimos en paz hasta que mi tío Lorenzo, a escondidas mía, le propuso por correspondencia unirse a la causa unitaria que bregaba en Montevideo para derrocar a Rosas. Rafael aceptó y yo lo seguí, a regañadientes, pero lo seguí a pesar de mi embarazo. Miguelito nació en Montevideo. Como yo siempre temí, la lucha no se limitó a artículos acusatorios publicados en los principales periódicos; pronto se

formó un ejército al mando del general Urquiza para derrocar al tirano. Rafael, a pesar de mis ruegos, se enlistó. Él debía combatir, se debía frenar tanta atropello, tantos asesinatos...se debía instaurar la paz. Primero el amor por la Patria, esa mujer egoísta que se nutre con la sangre de maridos, padres, hijos...que sacia su sed con el llanto de esposas y madres.

Rafael secó mis lágrimas, me besó largamente, acarició las mejillas regordetas de nuestro hijo y besó la frente de Alba, dormida plácidamente en su cuna. Fue la última vez que lo vi...Luego de la batalla de Caseros, hito de la caída del Dictador, un oficial me comunicó la oscura noticia: mi Rafael había muerto en batalla y yo...yo conocí la desolación del infierno.

— ¡Cuánto lo siento! — atinó a decir. Un sentimiento extraño comenzó a crecer dentro de él a medida que Lourdes avanzaba con su relato. Muchas situaciones le resultaban familiares. La imagen de una anciana enferma que lo abrazaba y besaba con cariño asaltó su mente. Se vio llorando su muerte y se angustió.

"Abuelita Pancha", repitió en silencio. Ese recuerdo fue el ariete que abrió las compuertas de su memoria y tuvo miedo de enfrentarse a la verdad. Entonces Lourdes era ...¡su mujer! Miguel y Alba...¡sus hijos! "Lourdes, mi sol, mi amor ¿Por qué me dejaste en las tinieblas?", pensó mientras ella lo escudriñaba ansiosa.

— Sólo eso — dijo decepcionada controlando el llanto que pugnaba alborotado en su pecho.

Rafael la miraba sin revelar la tempestad que se desataba en su interior. "Lourdes, te amo. Ahora comprendo esta atracción que sentí desde la primera vez que te ví. Tu fragancia a jazmines me hipnotizó, un perfume que viajó del pasado atravesando el olvido".

— ¿Qué más puedo decirte? Si me perdonas debo marcharme — "Aún no voy a decirle que recuperé la memoria, aún, no. Antes debo resolver otras cuestiones", decidió. Esas cuestiones se referían a Imanol y a Amelia. Su intuición le decía que ellos conocían la verdad, pero, ¿por qué se la ocultaron?, ¿qué se proponían?

— Quisiera mostrarte algo — Lourdes lo tomó de la mano y lo condujo al último patio.

Atado a un sauce, ramoneaba un caballo gris azulino. Al verlos llegar comenzó a relinchar como dándoles la bienvenida.

"Moro, mi fiel amigo, ¡estás vivo!", se alegró.

— Que bello ejemplar — dijo con frialdad disimulando sus sentimientos.

— Perteneció a mi marido — Lourdes, desilusionada, se dio por vencida.

Capítulo 17